

**SERVICIO NACIONAL DE ÁREAS NATURALES PROTEGIDAS**  
PROGRAMA PROTECCIÓN DE ÁREAS NATURALES – PAN-II

**MINISTERIO DE CULTURA**  
DIRECCIÓN DE SITIOS DE PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

**Consultoría: “Especialista en Recursos Culturales para la actualización  
del Plan Maestro del Parque Nacional del Río Abiseo”**

**Diagnóstico General del PNRA y Zonas de Influencia**

Dr. Marco Rosas Rintel

9 de enero de 2010

## **Contenido**

Descripción de patrimonio cultural del PNRA.....	3
1. El sector nor-occidental del PNRA.....	4
2. La zona de amortiguamiento occidental del PNRA.....	21
3. El extremo oriental del PNRA.....	29
Historia cultural del PNRA.....	34
Precerámico Temprano y Medio (10,500-3,000 a.C.).....	36
Precerámico Tardío (3,000-2,200 a.C.).....	36
Fase Lavasén (2,200-1,500 a.C.).....	37
Fase Manachaqui (1,500-800 a.C.).....	38
Fase Suitacocha (800-500 a.C.).....	39
Fase Colpar (200 a.C.-200 d.C.).....	40
Fase Empedrada (200-700 d.C.).....	40
Período Intermedio Tardío (900-1,470 d.C.).....	42
Horizonte Tardío (1,470-1,532 d.C.).....	43
Período Colonial (1,532-1,821 d.C.).....	45
Antecedentes de investigaciones arqueológicas e históricas.....	48
La etapa del descubrimiento y reconocimiento inicial.....	49
Etapa de intensificación de las investigaciones arqueológicas.....	58
Preocupación por la conservación y auge de las investigaciones en las zonas de amortiguamiento.....	69
Evaluación de la investigación arqueológica en el PNRA.....	75
1. Extensión de la ocupación humana.....	77
2. Identificación de función de sitios y estructuras.....	79
3. Antigüedad y duración de la ocupación humana.....	86
4. Origen del poblador prehispánico del Alto Montecristo.....	94
Factores que propician el deterioro de sitios arqueológicos.....	98
1. Factores intrínsecos.....	98
2. Factores externos.....	102
Referencias citadas.....	111

## **Descripción del Patrimonio Cultural del PNRA**

Considerando que el Parque Nacional del Río Abiseo cuenta con una superficie de 272,412 ha, que se amplían a 945,125 si le sumamos la extensión total de su zona de amortiguamiento, son potencialmente cientos o miles los sitios arqueológicos que están contenidos en su interior y entorno inmediato. Nuestro conocimiento acerca de estos sitios se ve limitado, sin embargo, a los resultados de las investigaciones arqueológicas que se han desarrollado en la región. Estas investigaciones generalmente han tenido un enfoque territorial muy restringido, que nos ofrece una visión distorsionada acerca de la densidad y dispersión de la ocupación humana prehispánica en la zona. Estas investigaciones representan, empero, un buen punto de partida para entender las estrategias de posicionamiento territorial de poblaciones que habitaron la gran cuenca del río Abiseo y la sierra aledaña.

Por el momento, son tres las zonas dentro y próximas al parque que han recibido la mayor atención por parte de los arqueólogos:

1. La esquina nor-occidental del PNRA, que fue intensamente investigada entre 1985 y 1990 por los miembros del “Proyecto de Investigación Parque Nacional del Río Abiseo” (PIP NRA). Esta zona es importante porque contiene una serie de sitios enclavados en el ecosistema de Bosque Húmedo Montano que justificaron la inclusión del PNRA dentro de la lista del Patrimonio Cultural de la Humanidad.
2. Un corredor altoandino que discurre de Norte a Sur bordeando el límite occidental del parque por encima de los 2,000 m.sn.m., y que está claramente asociado a un antiguo camino usado por los Incas. Este corredor fue prospectado por miembros del Proyecto “Qhapac Ñan” entre 2003 y 2005 (INC 2006, 2008). Los sitios más importantes de este corredor fueron también reconocidos por Liz Saavedra Reyes en el año 2003.
3. La parte baja de los ríos Jelache, Montecristo y Pajatén en el sector oriental del parque, que ha sido recientemente prospectada por personal de la Dirección Regional de Cultura de San Martín (García Rojas 2008, Hidalgo López y García Rojas 2010).

## **1. El Sector Nor-Occidental del PNRA**

En el año 1997, el arqueólogo norteamericano Warren Church publicó una lista de sitios arqueológicos detectados en la esquina nor-occidental del parque y valles aledaños (**Cuadro 1**). Esta lista, que incluye 40 sitios, es considerada por Church (1997: 209) como representativa del “Paisaje Prehispánico Pataz-Abiseo”. No obstante la amplitud de la designación geográfica, es preciso señalar que 31 sitios de esta lista se circunscriben a un ámbito espacial mucho más restringido. Este ámbito incluye al valle alto del río Montecristo, y las quebradas altoandinas aledañas de Chirimachay y Manachaqui. Este ámbito fue el único en ser intensamente prospectado por los miembros del Proyecto de Investigación Parque Nacional del Río Abiseo.

Los investigadores del PIPNRA detectaron en este espacio relativamente restringido evidencia de dos sistemas de asentamiento prehispánicos distintos (Lennon et al 1986: 93). Estos sistemas se circunscribían geográficamente a dos ambientes ecológicos: el Bosque Húmedo Montano y el Pajonal de Puna. Los sitios que formaron parte de ambos sistemas evidenciaban el mismo patrón de dispersión lineal, pero por razones distintas. Los del Pajonal de Puna, por estar dispuestos a lo largo de caminos prehispánicos, a los que estaban funcionalmente asociados. Los del Bosque Húmedo Montano, por hallarse inscritos dentro de un valle particularmente estrecho: el valle del río Montecristo.

### **1.1. Sitios del Pajonal de Puna**

El Pajonal de Puna se extiende sobre el fondo y laderas de los valles y quebradas más altos de la Cordillera Oriental de los Andes, por encima de los 3,200 m.s.n.m. Los sitios arqueológicos hallados en estas amplias extensiones suelen ser más simples y pequeños que los ubicados en el Boque Húmedo Montano. En términos generales, se puede decir que estos sitios pertenecen a cuatro grandes categorías (Church 1996: 184-85): a) abrigos rocosos, b) sitios arquitectónicos pequeños, c) sitios que formaron parte de la infraestructura misma de los caminos, y d) sitios ceremoniales. Otro elemento importantes del paisaje prehispánico de la región esta conformado los caminos que recorren los valles de puna.

	Código	Nombre	Categoría	Sub-categoría	Cuenca	Sub-cuenca	Valle
1	FRA-1	Los Alisos	Asentamiento?	Asentamiento?	Marañón	Francés	Francés
2	FRA-2	Cuevas de Yalén	Ceremonial	Pictografías	Marañón	Francés	Francés
3	FRA-2	Cuevas de Yalén	Funeraria	Chullpas	Marañón	Francés	Francés
4	FRA-3	Co. Alto Las Pircas	Administración	Ceremonial?	Marañón	Francés	Francés
5	FRA-4	El Ushnu	Administración	Ceremonial?	Marañón	Francés	Francés
6	FRA-5	Caruabamba	Funeraria	Desconocido	Marañón	Francés	Francés
7	FRA-6	Cerro Mangalpa	Funeraria	Desconocido	Marañón	Francés	Francés
8	LAP-1	sin nombre	Comunicación	Vigilancia	Marañón	Lavasén	La Plap
9	CHI-1	sin nombre	Administración	Desconocido	Marañón	Lavasén	Chirimachay
10	CHI-2	sin nombre	Administración	Desconocido	Marañón	Lavasén	Chirimachay
11	CHI-3	Cueva Negra	Abrigo	Paradero	Marañón	Lavasén	Chirimachay
12	CHI-4	sin nombre	Abrigo	Abrigo	Marañón	Lavasén	Chirimachay
13	CHI-5	sin nombre	Abrigo	Abrigo	Marañón	Lavasén	Chirimachay
14	CHI-6	sin nombre	Abrigo	Abrigo	Marañón	Lavasén	Chirimachay
15	CHI-7	sin nombre	Abrigo	Abrigo	Marañón	Lavasén	Chirimachay
16	CHI-8	sin nombre	Comunicación	Vigilancia	Marañón	Lavasén	Chirimachay
17	CHI-9	Frailetambo?	Comunicación	Tambo?	Marañón	Lavasén	Chirimachay
18	LAV-1	Cerro Tinajera	Asentamiento	Asentamiento	Marañón	Lavasén	Lavasén
19	MAN-1	Cueva Manachaqui	Abrigo	Paradero	Marañón	Lavasén	Manachaqui
20	MAN-2	ahora MAN-1D	Abrigo	Abrigo	Marañón	Lavasén	Manachaqui
21	MAN-3	sin nombre	Ceremonial	Ofrenda	Marañón	Lavasén	Manachaqui
22	MAN-4	sin nombre	Comunicación	Puente	Marañón	Lavasén	Manachaqui
23	MAN-5	ahora MAN-1E	Ceremonial	Huanca	Marañón	Lavasén	Manachaqui
24	MAN-6	sin nombre	Abrigo	Abrigo	Marañón	Lavasén	Manachaqui
25	MAN-7A	sin nombre	Abrigo	Abrigo	Marañón	Lavasén	Manachaqui
26	MAN-7C	sin nombre	Funeraria	Entierro	Marañón	Lavasén	Manachaqui
27	MAN-8	sin nombre	Abrigo	Abrigo	Marañón	Lavasén	Manachaqui
28	MAN-9	sin nombre	Ceremonial	Plataformas	Marañón	Lavasén	Manachaqui
29	MAN-10	sin nombre	Abrigo	Abrigo	Marañón	Lavasén	Manachaqui
30	MAN-11	sin nombre	Cantera	Cantera	Marañón	Lavasén	Manachaqui
31	MAN-12	sin nombre	Comunicación	Puente	Marañón	Lavasén	Manachaqui
32	MCT-1	Los Paredones	Comunicación	Vigilancia	Huallaga	Abiseo	Empedrada
33	MCT-2	El Mirador	Comunicación	Vigilancia	Huallaga	Abiseo	Montecristo
34	MCT-3	La Playa	Asentamiento	Asentamiento	Huallaga	Abiseo	Montecristo
35	MCT-4	El Encanto	Asentamiento	Asentamiento	Huallaga	Abiseo	Montecristo
36	MCT-5	Las Papayas	Asentamiento	Asentamiento	Huallaga	Abiseo	Montecristo
37	MCT-6	Gran Pajatén	Asentamiento	Asentamiento	Huallaga	Abiseo	Montecristo
38	MCT-7	Cerro Central	Asentamiento	Asentamiento	Huallaga	Abiseo	Montecristo
39	MCT-8	sin nombre	Asentamiento	Asentamiento	Huallaga	Abiseo	Montecristo
40	MCT-9	Los Pinchudos	Funeraria	Chullpas	Huallaga	Abiseo	Montecristo

*Cuadro 1. Sitios que componen el “Paisaje Prehispánico Pataz-Abiseo”  
(tomado de Church 1997, Cuadro 5).*

#### a) Abrigos rocosos

Los abrigos rocosos son oquedades presentes bajo grandes peñas que rodaron de las partes altas de los cerros cuando se retiraron los grandes glaciares que cubrían esta parte de la cordillera (aproximadamente 12,000 años atrás) (Church 1997: 216). Según los investigadores, estos abrigos fueron comúnmente usados como estaciones de descanso y refugio por los antiguos viandantes que transitaban por los caminos (Church 1996). Los dos abrigos más extensos detectados en las quebradas de Manachaqui y Chirimachay son Cueva Manachaqui (Fig. 1) y Cueva Negra. El primer sitio fue excavado por miembros del PIPNRA en 1988 y por Warren Church en 1990. Este último autor descubrió en el sitio una secuencia ocupacional sumamente extensa, que se podría proyectar inclusive hasta el año 10,150 a.C. (Church y von Hagen 2008: 907, APECO 2001: 141).



*Figura 1. Foto de Cueva Manachaqui.*

#### b) Sitios arquitectónicos pequeños

En el pajonal de puna también encontramos sitios arquitectónicos pequeños, generalmente conformados por cuartos cuadrangulares aislados, o pequeñas agrupaciones de cuartos, ubicados en la inmediata proximidad del camino.

Generalmente, estas estructuras de piedra se encuentran en lugares que comandan una visión privilegiada del entorno o en puntos donde el camino cambia de dirección. Esta particularidad sugeriría que estos sitios tuvieron funciones ligadas a la vigilancia y control de los viandantes (Church 1997: 216, Lennon et al 1986: 33).

El sitio más famoso de este tipo es “Los Paredones”. Este sitio está ubicado sobre la cima de una elevación natural que domina la “Pampa de Cuyes”, a 3,650 m.s.n.m. Esta pampa representa la ruta natural de entrada al valle del río Montecristo desde la puna sureña. El sitio consta de tres cuartos rectangulares, dos de los cuales tienen nichos trapezoidales en su interior (Fig. 2). Las características de la arquitectura indican que el sitio data de tiempos Inca y que, además de la vigilancia, posiblemente también cumplió funciones de puesto de descanso (Church 1997: 232).

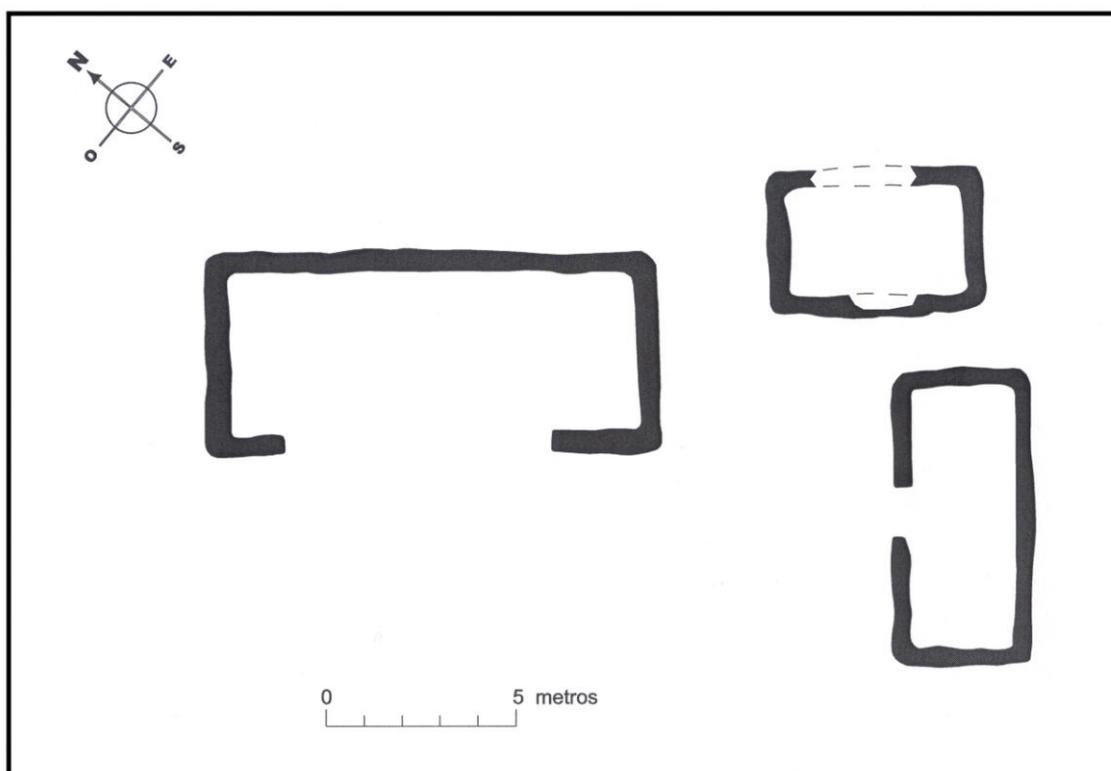


Figura 2. Plano de Los Paredones (dibujado de Lennon, Cornejo y Church 1986: 59).

La presencia Inca en la zona también es delatada por un conjunto arquitectónico ubicado en el valle de Chirimachay, que se distingue por ser el más extenso del Pajonal de Puna. Este sitio, designado con la clave CHI-1, consta de un

agrupamiento de siete cuartos rectangulares, cinco de los cuales se disponen rodeando una posible plaza (Fig. 3). Una estructura de mayor tamaño, ubicada aislada en el extremo Sur del sitio, tiene el aspecto de una “kallanca” Inca. Excavaciones desarrolladas por miembros del PIPNRA en un espacio llano que separa la posible kallanca del conjunto más cercano de cuartos detectaron una plataforma baja de piedras de forma indeterminada, que podría ser un “ushnu” Inca (Lennon et al 1989b: 45, Church 1997: 224). La presencia de un ushnu y de una kallanca indican que el CHI-1 habría sido relativamente importante, posiblemente desempeñando funciones administrativas.

#### c) Infraestructura del camino

Un tercer tipo de sitio de común ocurrencia en el Pajonal de Puna son estructuras aisladas que formaron parte de la infraestructura de los caminos empedrados. El tipo de sitio más común se refiere a plataformas de piedra ubicadas a ambos lados de un arroyo o pequeña quebrada. Estas plataformas habrían sido usadas como soportes para puentes de madera (Lennon et al 1989b: 30, 43).

#### d) Sitios ceremoniales

Los sitios ceremoniales son lugares donde la actividad predominante fue de orden ritual. Estos sitios toman gran diversidad de formas, e incluyen ofrendas aisladas de vasijas, entierros humanos en grietas que se abren entre grandes piedras, y pequeños adoratorios. Un sitio representativo de este último tipo se ubica a escasos 11 metros al Norte de Cueva Manachaqui. El adoratorio consta de dos semi-círculos concéntricos delineados con una fila de piedras, al centro de los cuales se disponía erguida una gran piedra “huanca” (Church 1996: 208).

#### Caminos prehispánicos

Otro elemento importante del paisaje cultural de los valles de puna son los caminos prehispánicos. Existe una gran vía que cruza estos valles de Norte a Sur, que habría representado la ruta principal de conexión entre los centros administrativos fronterizos Inca de Huanuco Pampa y Cochabamba (Church 1988: 63). De hecho, la gran cantidad de sitios Incas asociados al camino hacen pensar en una fecha de construcción tardía. Sin embargo, la abundancia de restos de camélidos encontrados en los niveles de ocupación correspondientes a la Fase Empedrada de Cueva Manachaqui llevaron a Church (1996: 212, 581) a proponer que el camino existió como una ruta formal por lo menos desde el año 200 d.C.

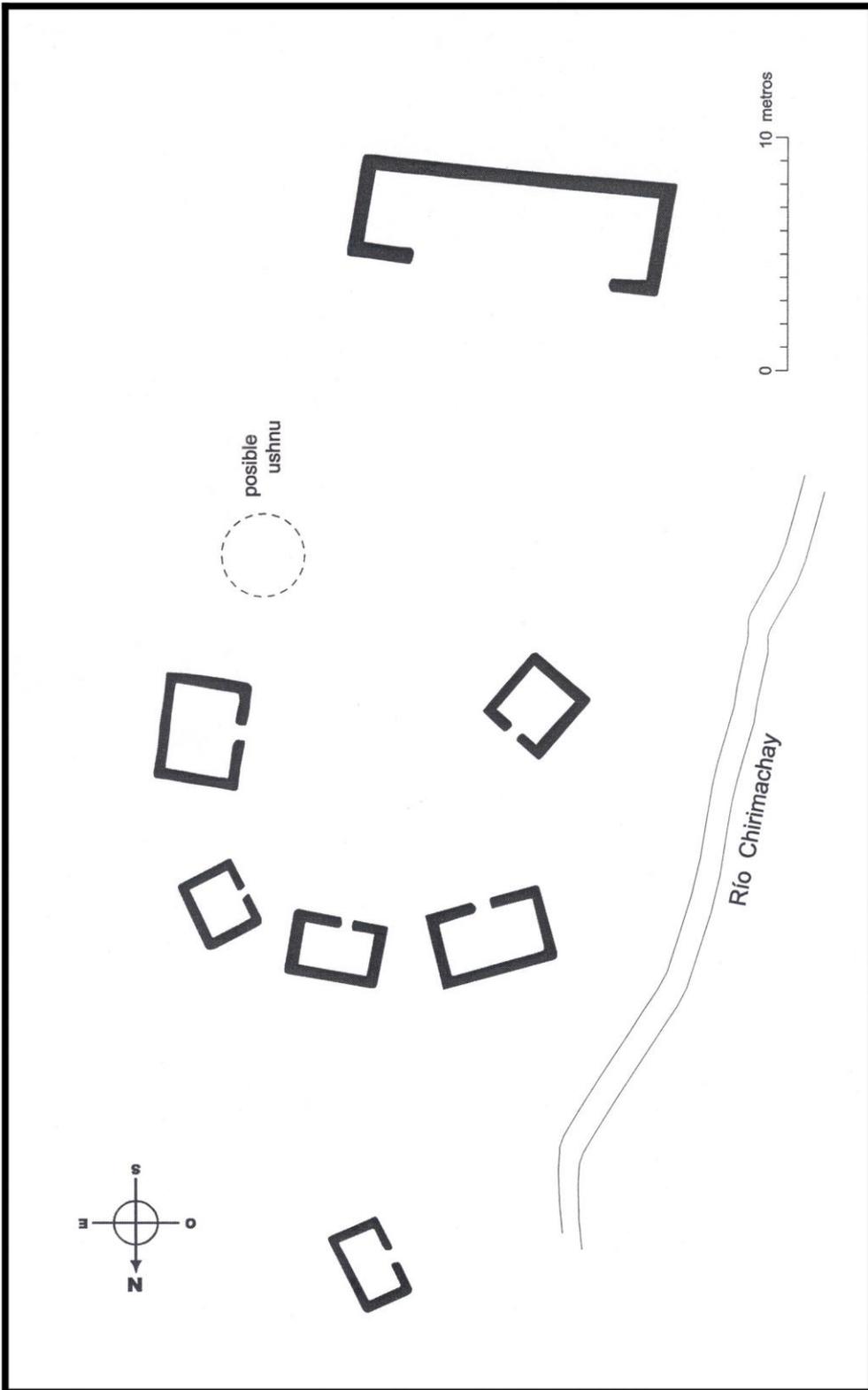


Figura 3. Plano del sitio CHI-1 (dibujado de Lennon, Vásquez y Church 1988: 44).

El camino recorre las alturas al Este de Pataz, bordeando la Pampa de La Plap a manera de una vía ancha (ca. 3 metros) parcialmente excavada en la pendiente del Cerro Colpar (Fig. 4). Cuando llega al final de esta pampa, desciende al fondo de la Quebrada de Chirimachay como una vía estrecha con pendiente controlada. Cuando el camino llega al fondo de esta quebrada se bifurca en dos ramales. El camino principal continúa hacia el Norte, ascendiendo nuevamente por la quebrada Suitacocha hasta las alturas del Cerro Pedernales. Luego bordea las lagunas Tragaplata y Catadora hasta llegar a la confluencia de las Quebradas Quishuar y Misquichilca. Ascende por ésta última quebrada para llegar al abra de San Francisco, que lo conduce al valle norteño de Condormarca (INC 2006: 111).



*Figura 4. Foto del Camino Inca en su paso por la Pampa de La Plap.*

Un camino secundario, que originalmente conducía a la naciente del río Montecristo, se desvía en Chirimachay ascendiendo lentamente las laderas del Cerro Cueva Negra. Cuando llega al punto más alto, gira bruscamente hacia el Este para descender al Valle de Manachaqui. Cuando llega al fondo de este valle, asciende nuevamente hasta alcanzar la Laguna Empedrada (3,834 m.s.n.m.). Como el nombre lo indica, el camino bordea la laguna por el Este con un cauce empedrado hasta llegar

a la base del pequeño promontorio que sostiene al sitio de “Los Paredones”. Aquí el curso del camino pierde claridad. Es evidente que un segmento habría continuado por la Pampa de Cuyes adentrándose en la selva del Montecristo. La ruta principal, sin embargo, aparentemente hacía un giro hacia el Oeste remontando la quebrada Peña Blanca hasta encontrarse con el camino principal que se dirige a Condormarca (Lennon et al 1989a: 47-48).

## **1.2. Sitios del Bosque Húmedo Montano**

Los sitios ubicados en el Bosque Húmedo Montano se circunscriben a la parte alta del valle del río Montecristo. Estos sitios son representativos de una tradición cultural conocida con el nombre de “Cultura Chachapoya” que, según distintos investigadores, se desarrolló entre los años 800 y 1532 después de Cristo (Guillén 2002: 351, Valle Álvarez y Coronado Tello 2004: 2, von Hagen 2005: 9). Los Chachapoya tuvieron un vasto territorio en la cordillera nor-oriental del Perú, al Este del río Marañón (Espinoza Soriano 1967: 231, von Hagen 2005, Fig. 44). Ocuparon altitudes que oscilan entre los 2,000 y 3,900 m.s.n.m. (Kauffmann 2009: 26, Schjellerup 2005: 426), adaptándose a los densos bosques de neblina de la vertiente oriental de los Andes e inclusive a los fríos páramos de puna de las altas cordilleras. El Parque Nacional del Río Abiseo y su zona de amortiguamiento occidental representan el extremo meridional del territorio Chachapoya conocido (Schjellerup 2005: 55).

Los sitios Chachapoya del Bosque Húmedo Montano del PNRA generalmente constan de estructuras circulares de piedra, que originalmente estuvieron cubiertas con techos cónicos hechos con material perecible. Estas estructuras se disponían en concentraciones de 20 a 100 o más edificios sobre la cima de cerros. Estas cimas fueron generalmente niveladas con grandes terrazas de contención. La ocupación Chachapoya del parque también incluye sitios funerarios, en los que encontramos entierros humanos ubicados bajo grandes peñas o en concentraciones de torres funerarias o chullpas, como es el caso de Los Pinchudos.

Son siete los sitios Chachapoya mejor conocidos del valle<sup>1</sup>. Dado a que estos sitios ostentan el título Patrimonio Cultural de la Humanidad, se presenta a continuación descripciones detalladas de los mismos. El mapa que acompaña la descripción (Fig. 5) ofrece información general acerca de la ubicación de estos sitios.

### El Gran Pajatén

El Gran Pajatén es el sitio arqueológico mejor conocido del PNRA y, posiblemente, su máximo distintivo cultural. El sitio se ubica sobre un cerro con forma de “L”, que alcanza una altura de 2,850 m.s.n.m. y se eleva 300 metros sobre el río Montecristo. Este cerro se yergue inmediatamente al Este de un enorme farallón de piedra caliza de paredes verticales, que lo supera en aproximadamente 200 metros de altura. Las construcciones más importantes del Gran Pajatén se agrupan sobre la cima del cerro, que en su parte más alta ha sido nivelada artificialmente en dos terrazas con grandes muros de contención. Un plano arquitectónico elaborado en 1966 (Pimentel 1967) ilustra un total de 18 estructuras sobre la cima, siendo la gran mayoría de ellas (16) de planta circular (Fig. 6). Inspecciones posteriores desarrolladas por miembros del PIPNRA elevan a 26 el número total de edificios en este sector (Church 1991: 10).

Los edificios circulares del Gran Pajatén muestran una gran variedad de tamaños, que oscilan entre 4 y 15 metros de diámetro interno. Cinco de los edificios más grandes presentan un tratamiento singular. Estos edificios son los únicos que tienen dos secciones: a) un terraplén inferior que funciona como base sólida del edificio, y b) una estructura superior levantada sobre los muros de soporte del terraplén. La estructura superior es alcanzada mediante una amplia escalinata, y habría representado el espacio habitado. Una cornisa de lajas de pizarra, que se proyecta 30 cms fuera del paramento exterior del terraplén, forma una línea demarcatoria horizontal que distingue las dos secciones de los edificios (Pimentel y Pimentel 1999: 85).

Todos los edificios terraplenados están decorados. La técnica decorativa empleada es la del “mosaico”, y los diseños han sido elaborados con lajas de pizarra cuidadosamente cortadas que sobresalen unos pocos centímetros de la cara de paneles decorativos. En cuatro edificios se repite el mismo diseño decorativo, que varía en los paramentos exteriores de los terraplenes y de las estructuras superiores. El terraplén muestra una secuencia de 10 figuras humanas en cuclillas (dos series de

---

<sup>1</sup> Estos sitios son: 1) el Gran Pajatén, 2) Cerro Central, 3) Los Pinchudos, 4) Las Papayas, 5) La Playa, 6) El Encanto, y 7) el sitio MTC-8.

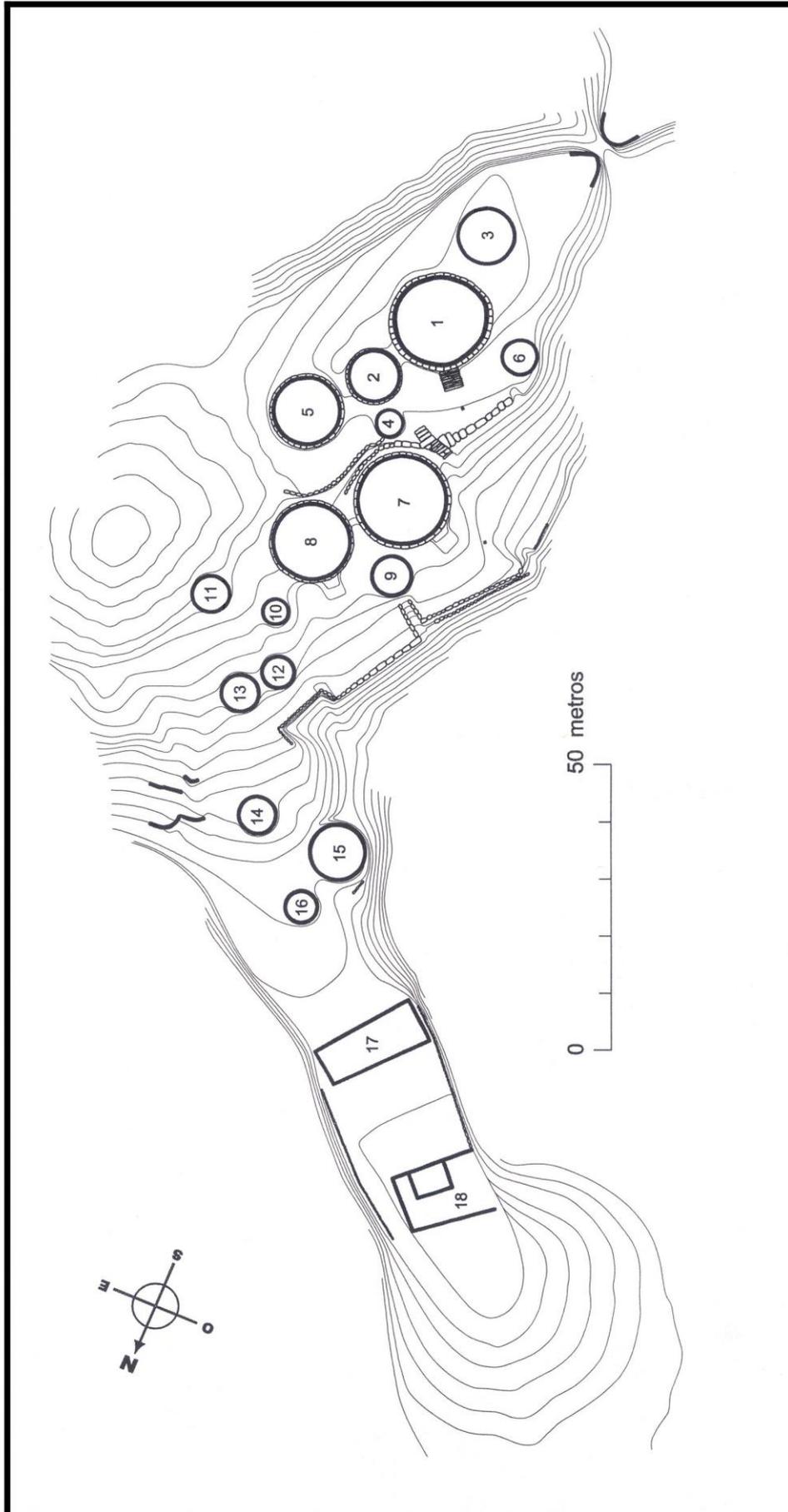


Figura 6. Plano del Gran Pajatén (dibujado de Bonavía 1968: 84).

cinco a cada lado de la escalinata). Cada figura, de aproximadamente 1.5 metros de altura, porta en su cabeza un posible adorno plumario (las figuras alternan dos tipos de tocados). Las caras de los personajes son representadas mediante cabezas-clavas talladas en bloques de arenisca roja. Las estructuras superiores, por otro lado, muestran una decoración consistente en motivos geométricos que se repiten. Una banda de grandes grecas escalonadas invertidas recorre 180° de la circunferencia frontal de las estructuras. Esta banda está enmarcada por encima y por abajo por dos bandas menores, que ilustran un diseño continuo en zig-zag que está, a su vez, delimitado por dos líneas rectas (Church 1988: 94).

El quinto edificio decorado, que es el más pequeño del conjunto, muestra una ornamentación singular. Este edificio no tiene una escalinata de acceso, y el paramento de su terraplén no presenta diseños. La decoración se restringe al paramento exterior de la estructura superior, y consiste en una secuencia de figuras de corte naturalista también ejecutadas mediante la técnica del mosaico. Estas figuras incluyen aves con alas extendidas, los clásicos individuos en cuclillas, y un curioso motivo que consiste en cuatro volutas que irradian de un rombo central. Detalles decorativos de estas figuras (como las cabezas de las aves y personajes humanos) son representados con “clavos” de piedra arenisca roja tallada.

Además de los edificios decorados y las dos grandes terrazas demarcadas con grandes muros de contención, el Gran Pajatén presenta otros detalles arquitectónicos dignos de resaltar. Entre ellos figuran escalinatas finamente acabadas conectando las terrazas, y la presencia de patios y pasajes embaldosados frente y entre los edificios. Dos de estos patios, ubicados frente al Edificio 1 y al Edificio 7, tienen una piedra “huanca” erigida aproximadamente sobre su centro. El patio embaldosado del Edificio 1 oculta también un canal subterráneo de extensión desconocida, que posiblemente cumplió la función de drenaje (Bonavía 1968: 15, Pimentel y Pimentel 1999: 87).

Al pie del cerro que sostiene al Gran Pajatén se encuentra otro núcleo arquitectónico, compuesto por grandes terrazas definidas por muros de contención bajos y de factura tosca. Algunas terrazas muestran sobre su superficie restos de recintos rectangulares contruidos con bloques de piedra caliza (Hidalgo Lopez y García Rojas 2010: 30). Este sector, conocido con el nombre de “Las Palmas”, podría corresponder al lugar de habitación de gente común (Cornejo 1992: 37).

## Cerro Central

Cerro Central es un gran cerro de forma cónica ubicado justo al frente al gran farallón de piedra caliza que colinda con el Gran Pajatén, al otro lado del río Montecristo. El cerro sostiene sobre su cima un sitio arqueológico que no ha sido investigado. Las descripciones cedidas por los exploradores que descubrieron este sitio en 1985 sugieren que es muy extenso, posiblemente el más grande del valle. El sitio es descrito como conteniendo entre 150 y 200 edificios circulares, 51 de los cuales fueron identificados por los exploradores. Por lo menos 7 de estos edificios están decorados con mosaicos al estilo de los del Gran Pajatén (Church 1988: 73, Lennon et al 1986: 54). Es preciso señalar, sin embargo, que la decoración mural que manifiestan estos edificios incluye diseños más simples y pequeños que los del Gran Pajatén (Kauffmann 2009: 95).

## Los Pinchudos

Los Pinchudos es un sitio funerario muy vistoso, posiblemente el segundo más atractivo del parque después del Gran Pajatén. El sitio consta de 8 chullpas o cámaras funerarias que fueron construidas en fila dentro de una estrecha cornisa que corta la pared vertical del gran farallón de piedra caliza. La cornisa se encuentra en el extremo Oeste del farallón, es decir, en el lado más distante del Gran Pajatén. Dado a que esta cornisa presenta un voladizo o techo natural alto de piedra, las estructuras están protegidas de la lluvia y presentan un buen estado de conservación.

Las ocho chullpas son relativamente pequeñas, con diámetros internos promedio de 2.5 metros. Fueron construidas adosadas a la pared del farallón, y presentan formas variables que oscilan de la semi-circular a la cuadrada (Fig. 7). No hay dos cámaras que sean iguales. Las más notables son la chullpa 3, que tiene dos pisos, la chullpa 5, que tiene seis esculturas de madera que cuelgan de su parte superior como aditamento decorativo, la chullpa 6, que aparenta ser un estrecho cilindro de piedras encajado en una grieta, y la chullpa 8, que fue construida sobre una plataforma rectangular alta.

Tres de estas chullpas (1, 3 y 5) presentan, sin embargo, un tratamiento decorativo similar, que cubre gran parte de su pared exterior. La decoración consiste en mosaicos elaborados con las lajas de pizarra que componen los muros de las estructuras. El diseño es el mismo que decora la estructura superior de cuatro de los edificios ornamentados del Gran Pajatén. Se trata de una banda central en la que se repite una gran greca escalonada invertida. Esta banda está flanqueada por arriba y

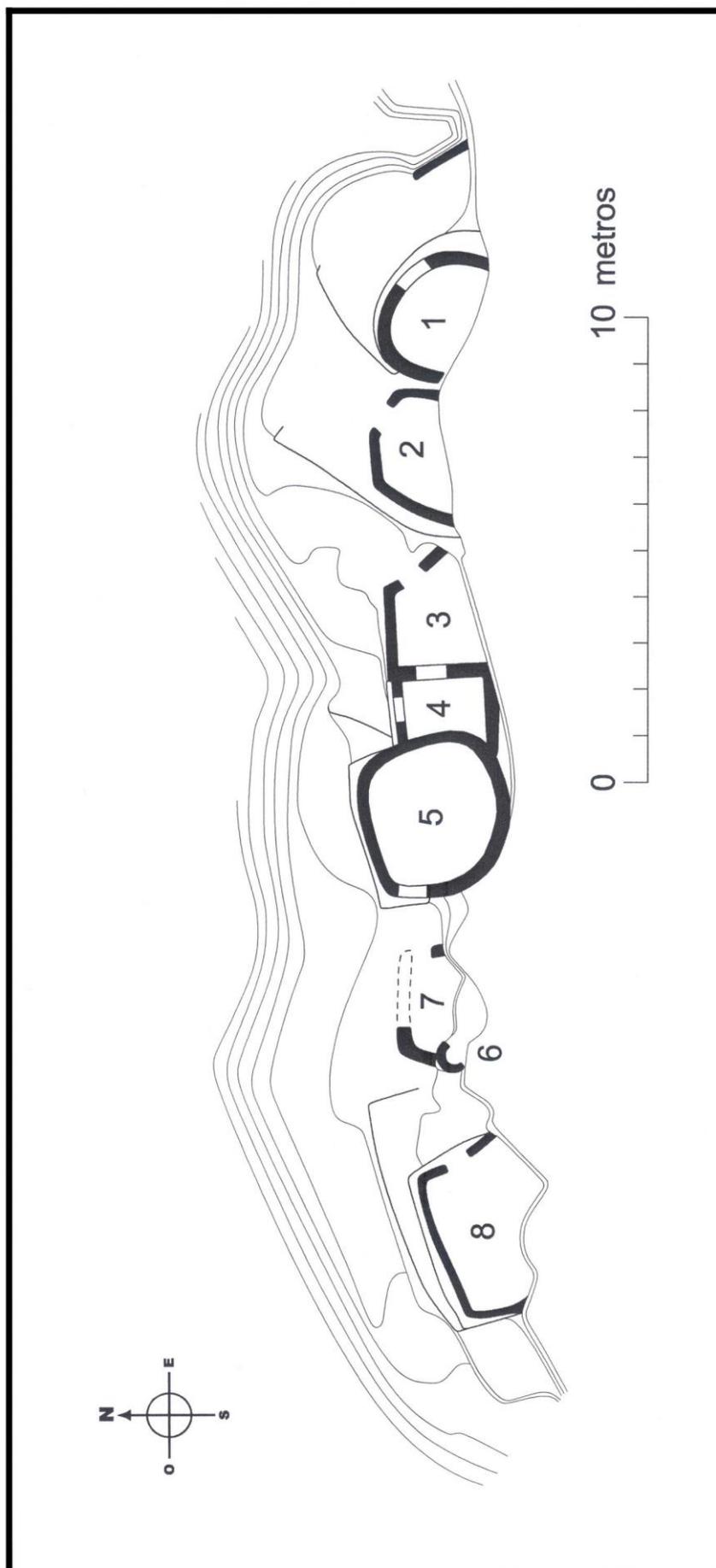


Figura 7. Plano de Los Pinchudos (dibujado de Lennon, Cornejo y Church 1986: 58).

por abajo por dos bandas menores que contienen un motivo continuo en zig-zag (Fig. 8). Apparently, the chullpa 8 presented a similar design, which has been lost in large part due to the almost total collapse of the structure. Of this design only survives the lower band with motifs in zig-zag.

Si bien la ejecución de estos diseños es muy inferior a la observada en los edificios del Gran Pajatén, las notables condiciones de conservación que rigen en Los Pinchudos han permitido que sobrevivan los enlucidos pintados que complementaban los mosaicos. Los mosaicos están decorados en tres colores: blanco, amarillo y rojo. El blanco se ubica en la parte más sobresaliente de los diseños, mientras que el rojo y amarillo cubre las partes hundidas de los mismos, buscando una alternancia de colores entre espacios decorados vecinos.



*Figura 8. Foto de la chullpa 5 de Los Pinchudos mostrando su decoración mural.*

### Las Papayas

Las Papayas es otro gran sitio en el que priman las estructuras circulares. Se ubica entre los 2,800 y 2,900 m.s.n.m. sobre la cima de un cerro que está en la ruta hacia Los Pinchudos. El sitio fue descubierto accidentalmente por un grupo de

biólogos en 1980 cuando realizaban un censo de la población local de monos choro de cola amarilla. Los biólogos reconocieron una serie de estructuras circulares dispuestas sobre 16 grandes terrazas artificiales que ascienden la cúspide del cerro. Algunos de los muros de contención de estas terrazas alcanzan los 2.5 metros de altura (Leo y Ortiz 1982: 59).

Reconocimientos posteriores desarrollados por miembros del PIPNRA concluyeron que el sitio contiene un aproximado de 100 edificios circulares, incluyendo una serie de estructuras pequeñas que posiblemente fungieron como depósitos (Lennon et al 1986: 39) (Fig. 9). Si bien ningún edificio presenta decoración, si evidencian un esmerado estilo arquitectónico que les otorga gran vistosidad (APECO 2001: 146). Otra característica interesante acerca de estas estructuras es que muchas se adosan unas con otras, sugiriendo que el sitio creció a lo largo de varias etapas (ibidem).

#### La Playa

La Playa es el sitio Chachapoya del Bosque Húmedo Montano más accesible desde la sierra vecina. Se ubica a 2,710 m.s.n.m. sobre una antigua terraza aluvial del río Montecristo. Esta terraza se levanta actualmente a aproximadamente 40 metros por encima del cauce del río. El núcleo del sitio abarca 3 hectáreas y consta de 16 edificios, la gran mayoría de los cuales (15) es circular (APECO 2001: 145). Uno de estos edificios (Edificio 14) se asemeja a los del Gran Pajatén por presentar dos secciones, una escalinata de acceso, y una cornisa decorativa (Fig. 10). Ninguna estructura del sitio presenta, sin embargo, algún tipo de decoración mural adicional. Los miembros del PIPNRA, que investigaron el sitio en 1985, reportan la existencia de cercados de piedra en la vecindad del sitio (Lennon et al 1989a: 51). Estos cercados podrían haber delimitado áreas de cultivo (ibidem), o posiblemente fueron usados como corrales para llamas (Church 1997: 233).

#### El Encanto

El Encanto es otro de los sitios Chachapoya del valle que nunca ha sido investigado. Al igual que Cerro Central, se ubica en la margen Norte del valle, en este caso al frente y ligeramente río abajo de La Playa. El sitio también se yergue sobre una antigua terraza aluvial (APECO 2001: 145). El sitio es descrito como conteniendo terrazas agrícolas y una serie de edificios circulares especialmente amplios (8 a 12 metros de diámetro) (Cornejo 1992: 36). En las inmediaciones del sitio se han detectado también entierros humanos dispuestos bajo grandes peñas (Church 1988:

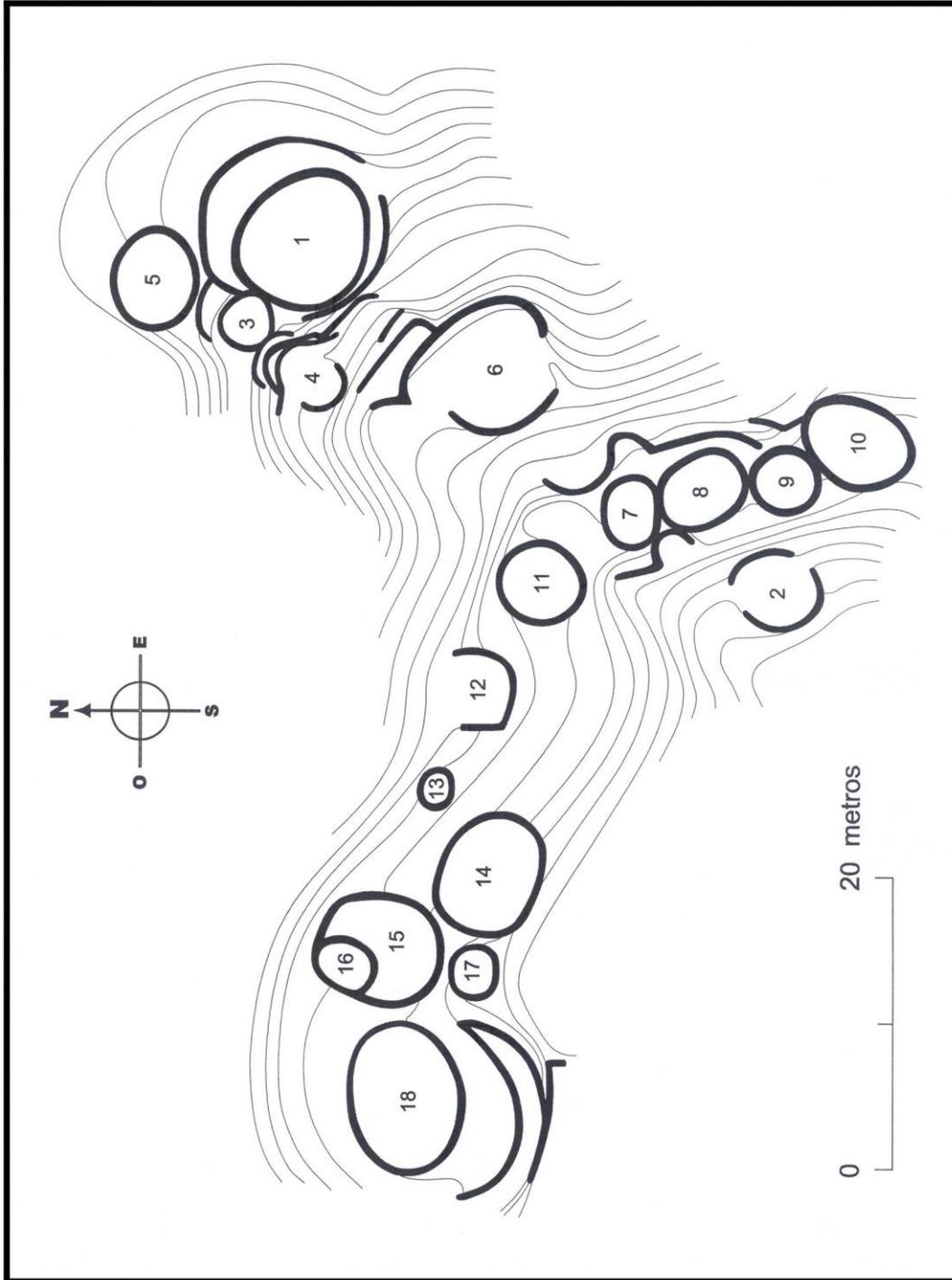


Figura 9. Plano del sitio de Las Papayas (dibujado de Lennon, Cornejo y Church 1986: 57).

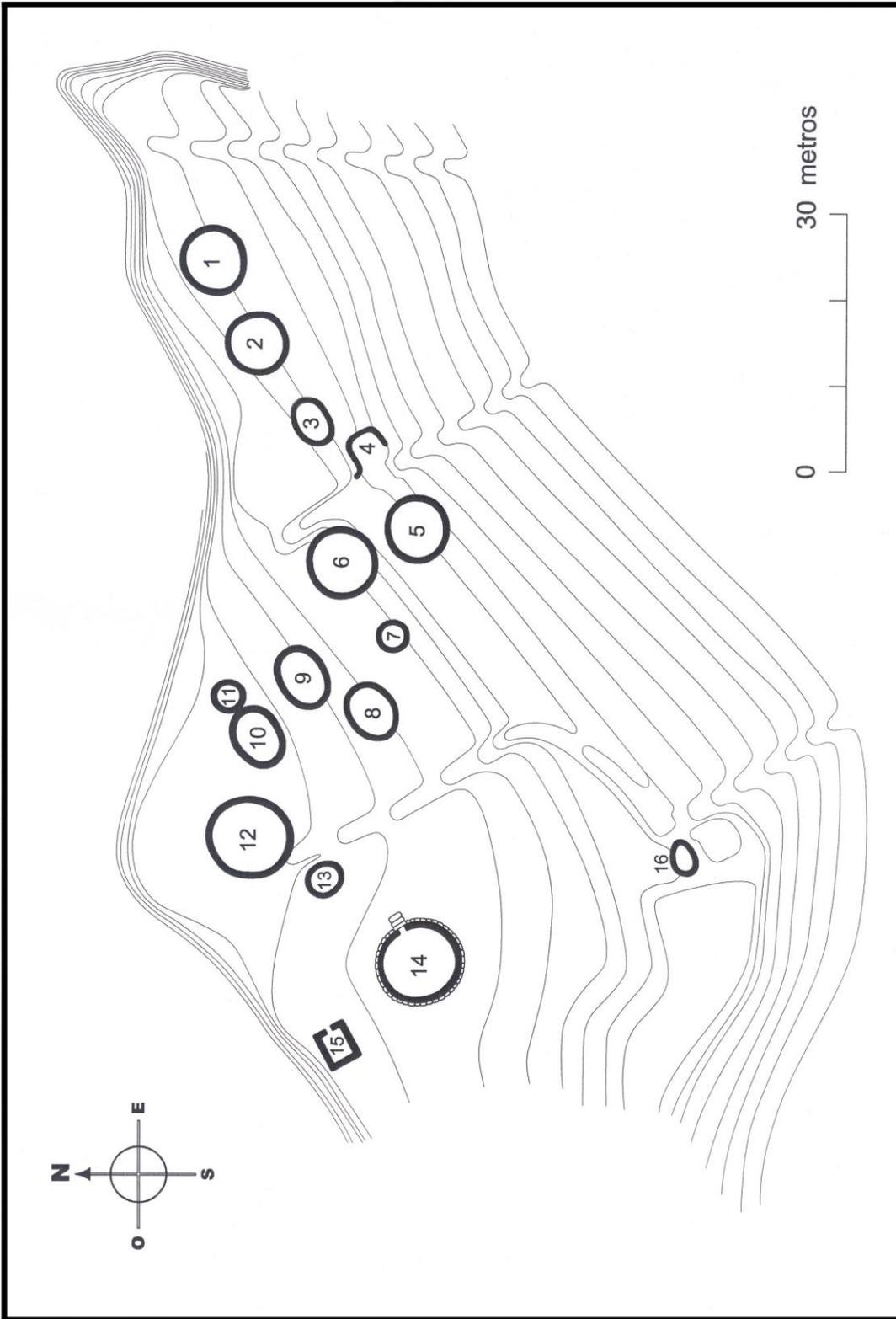


Figura 10. Plano del sitio de La Playa (dibujado de Lennon, Cornejo y Church 1986: 56).

71). La bióloga Mariella Leo (2010, comunicación personal) ha observado severos deslizamientos de tierra en la parte del cerro que ocupa el sitio, lo que sugiere que estaría en riesgo de desaparición.

#### MTC-8

El sitio designado con la clave MTC-8 es el más enigmático y distante de los que conforman el grupo de sitios Chachapoya del alto Montecristo. El sitio no ha sido reconocido por arqueólogos. Lo descubrió accidentalmente el biólogo Ken Young, quien también trabajó para el PIPNRA, sobre una loma estrecha ubicada más allá del Gran Pajatén (Church 1997: 235, APECO 2001: 148). Este sitio abarca un número de estructuras circulares que todavía no ha sido precisado.

Es importante mencionar que el paisaje cultural del valle alto del río Montecristo incluye, además de los siete sitios descritos, una serie de restos que no han sido adecuadamente documentados. Numerosos investigadores que han recorrido el valle reportan haber visto restos de muros y de posibles terrazas que podrían corresponder a antiguos campos agrícolas (Church 1988: 68, Lennon et al 1989a: 55, Savoy 1965b: 4, Weberbauer 2002[1920]: 32). Existen, además, sitios de enterramiento aislados, en los que los huesos humanos han sido depositados debajo de grandes peñas. Uno de estos sitios, llamado "Cueva de Muertos", se ubica a la vera de la trocha que conduce al Gran Pajatén. Finalmente, existe evidencia de un camino prehispánico que habría conectado los sitios mayores del valle alto del Montecristo, que más o menos están dispuestos en secuencia. El arqueólogo Warren Church (1988:67) indica que partes de este camino son todavía visibles en el terreno a manera de cortes en las laderas de los cerros.

## **2. La zona de amortiguamiento occidental del PNRA**

La parte más alta de la sierra oriental de la Región La Libertad es recorrida de Sur a Norte por un camino prehispánico, que en la época Inca habría representado la principal ruta de conexión entre los sitios administrativos de frontera de Huanuco Pampa y Cochabamba (Church 1988: 63). Un corredor de aproximadamente 5 kilómetros de ancho que recorre alturas por sobre los 2,000 m.s.n.m., y que está directamente asociado al camino, fue prospectado por miembros del Programa Qhapac Ñan entre los años 2003 y 2005 (INC 2006, 2008). Esta prospección resultó en la identificación de 23 sitios arqueológicos dentro del espacio que corresponde a la

zona de amortiguamiento occidental del PNRA (Buldibuyo a Condormarca). Durante 4 meses del año 2003, la entonces estudiante de arqueología de la Universidad Nacional de Trujillo, Liz Saavedra Reyes, reconoció algunos de estos sitios. Ella levantó planos e hizo descripciones detalladas de los más importantes, y sumó otros a la lista de sitios identificados por el personal del INC. Estas dos fuentes ofrecen la información más completa acerca de los yacimientos arqueológicos ubicados en la zona de amortiguamiento occidental del PNRA (Cuadro 2).

El catastro de sitios elaborado por estos dos proyectos es, sin embargo, notablemente incompleto. En la prospección desarrollada por el personal del Programa Qhapac Ñan, por ejemplo, observamos una tendencia por mencionar únicamente sitios ubicados en las inmediaciones de grandes centros de población (Buldibuyo, Parcoy, Piás, Pataz[Los Alisos], Condormarca). Dentro de estos sectores, sólo se han identificado los sitios más grandes y/o evidentes, cuya ubicación era evidentemente conocida por pobladores de la zona. En ningún momento, el rigor de la prospección se aproximó al desplegado por los miembros del PIPNRA en las quebradas de Chirimachay y Manachaqui. En estos dos desolados parajes de puna, los miembros del PIPNRA identificaron hasta 22 sitios arqueológicos (Church 1997, Cuadro 1), la gran mayoría de los cuales son pequeños y/o poco evidentes.

Saavedra Reyes siguió un procedimiento similar al desplegado por el personal del INC, limitando su reconocimiento a los sitios más grandes de la serranía occidental del parque. Su mérito radica, empero, en haber proporcionado las primeras descripciones detalladas y planos arquitectónicos de sitios monumentales de los que hasta entonces sólo se tenía referencias escuetas. Escudero también proporcionó las primeras fotografías y datos valiosos acerca de un conjunto de complejos funerarios Chachapoya ubicados en los alrededores de Condormarca. Estos complejos son sorprendentemente parecidos a Los Pinchudos.

A pesar de lo parcial que es el registro de sitios en la puna aledaña al PNRA, la información que nos ofrece nos permite entender algunas estrategias de posicionamiento territorial de poblaciones prehispánicas. Ahora tenemos evidencia concreta que nos permite afirmar que los habitantes Chachapoya de esta región no sólo se limitaron a ocupar el terreno húmedo y accidentado del Bosque Húmedo Montano, sino que también se extendieron hacia las zonas secas de la puna vecina. Notamos, en las regiones más altas, tres grandes focos de habitación, circunscritos a los alrededores de Condormarca, Pataz (Los Alisos) y Piás. La evidencia de ocupación

	Código	Nombre	Tipo	Filiación cultural	Ubicación	Altitud (m.s.n.m.)	Fuente
1	PQÑ/MRN-335	sin nombre	Estructuras asociadas al camino	Indeterminado	Buldibuyo	3,369	INC 2006
2	PQÑ/MRN-336	Cerro Peña Grande	Terrazas agrícolas	Indeterminado	Buldibuyo	3,816	INC 2006
3	PQÑ/MRN-1277	Plataforma Buldibuyo	Conjunto arquitectónico menor	Indeterminado	Buldibuyo	3,300	INC 2009
4	PQÑ/MRN-1284	Huaylillas 2	Canal tallado en roca	Indeterminado	Buldibuyo	2,561	INC 2009
5	PQÑ/MRN-1288	El Alto del Cerro	Conjunto arquitectónico menor	Indeterminado	Buldibuyo	3,523	INC 2009
6	PQÑ/MRN-1291	Ushukmarca	Conjunto arquitectónico menor	Indeterminado	Buldibuyo	3,275	INC 2009
7	PQÑ/MRN-1275	Ushnu	Conjunto arquitectónico menor	Indeterminado	Parcoy	3,288	INC 2009
8	PQÑ/MRN-1276	Chucaque	Conjunto arquitectónico menor	Chachapoya	Parcoy	3,533	INC 2009
9	PQÑ/MRN-1286	Plataforma "A" Santa María	Conjunto arquitectónico menor	Indeterminado	Parcoy	2,288	INC 2009
10	PQÑ/MRN-1287	Las Huacas de Santa María	Conjunto arquitectónico menor	Indeterminado	Parcoy	2,276	INC 2009
11	PQÑ/MRN-1292	Miraflores	Conjunto arquitectónico menor	Chachapoya	Parcoy	3,233	INC 2009
12	N.N.	Mirador de Alpamachay	Conjunto arquitectónico monumental	Inca	Parcoy	4,000	Saavedra R. 2003
13	PQÑ/MRN-337	Yuracyacu	Indeterminado	Indeterminado	Piás	1,990	INC 2006
14	PQÑ/MRN-338	sin nombre	Estructura circular	Chachapoya	Piás	3,379	INC 2006
15	PQÑ/MRN-339	Cerro Tamburco	Conjunto arquitectónico monumental	Chachapoya	Piás	3,428	INC 2006
16	PQÑ/MRN-340	Lan Lan	Estructuras rectangulares y circulares	Chachapoya Inca	Pataz	4,128	INC 2006
17	PQÑ/MRN-341	sin nombre	Terrazas agrícolas	Indeterminado	Pataz	4,060	INC 2006
18	PQÑ/MRN-1258	Los Alisos 1	Conjunto arquitectónico menor	Chachapoya	Pataz	2,890	INC 2009
19	PQÑ/MRN-1259	Los Alisos 2	Chullpas	Chachapoya	Pataz	3,020	INC 2009
20	PQÑ/MRN-1260	Cerro Colpar	Chullpas	Chachapoya	Pataz	3,072	INC 2009
21	PQÑ/MRN-1261	Pampa de Rosas 1	Conjunto arquitectónico menor	Inca	Pataz	2,670	INC 2009
22	PQÑ/MRN-1262	Pampa de Rosas 2	Conjunto arquitectónico menor	Indeterminado	Pataz	2,705	INC 2009

*Cuadro 2 (continúa en la página siguiente)*

	Código	Nombre	Tipo	Filiación cultural	Ubicación	Altitud (m.s.n.m.)	Fuente
23	PQÑ/MRN-342	Garungate	Estructuras rectangulares y circulares	Chachapoya Inca	Condormarca	3,577	INC 2006
24	PQÑ/MRN-343	Pueblo Viejo	Conjunto arquitectónico monumental	Chachapoya Inca Colonial	Condormarca	3,455	INC 2006
25	N.N.	Mausoleos de la Quichua	Chullpas	Chachapoya	Condormarca	3,480	Saavedra R. 2003
26	N.N.	Mausoleo Peña El Sol	Chullpa	Chachapoya	Condormarca	3,100	Saavedra R. 2003
27	N.N.	Mausoleos de Coben	Chullpas	Chachapoya	Condormarca	3,369	Saavedra R. 2003
28	N.N.	Mausoleos del Pilón	Chullpas	Chachapoya	Condormarca	3,100	Saavedra R. 2003
29	N.N.	Cueva El Coche	Cueva funeraria	Chachapoya	Condormarca	3,300	Saavedra R. 2003

*Cuadro 2. Lista de sitios arqueológicos de la zona de amortiguamiento occidental del PNRA (basado en INC 2006, 2008; Saavedra Reyes 2003).*

Chachapoya en estas zonas no sólo está representada por sitios habitacionales, sino también por complejos funerarios. El yacimiento arqueológico de Chucaque, ubicado al Sur de Parcoy sobre la cima de un cerro a 3,533 m.s.n.m., puede ser el sitio Chachapoya de altura más meridional conocido (Tandaypan Villacorta y Alemán Castillo 2008: 56-57). Los conjuntos arquitectónicos identificados por el personal del INC en regiones más al Sur no presentan estructuras circulares que son típicas de la tradición Chachapoya<sup>2</sup>. Como dato curioso, el sitio de Chucaque se ubica en la misma latitud que la naciente del río Abiseo, pero en el lado opuesto de la cordillera.

Finalmente, es también importante el reconocimiento del sitio de “Mirador de Alpamachay” como un gran centro administrativo Inca (Saavedra Reyes 2003: 32). Este sitio, ubicado sobre una cumbre que domina las nacientes del río Abiseo, bien pudo ser el sitio político Inca más importante de la región, teniendo posiblemente funciones análogas al de los emplazamientos estatales norteños de Condormarca y Cajamarquilla (Church 1996: 155, Espinoza Soriano 1967: 237). Ahora podemos postular que el sitio CHI-1, reconocido por los miembros del PIPNRA y que aparecía como un componente administrativo Inca aislado, bien pudo constituir un pequeño anexo logístico septentrional de este gran centro político.

<sup>2</sup> Esta evidencia parece entrar en conflicto con la información etnohistórica. Espinoza Soriano (1967: 233) fija el límite meridional de la Provincia Inca de Chachapoya en el poblado de Huancaspata, ubicado aproximadamente a 45 km al Sur de Buldibuyo y a 55 km de Parcoy.

Los principales sitios arqueológicos que dominan el paisaje cultural de la zona de amortiguamiento occidental del PNRA son los siguientes:

#### Pueblo Viejo de Condormarca

El sitio se ubica a 5.5 km al Este de la comunidad de Buenos Aires de Condormarca, en una explanada al Norte del cerro Huanllita, a 3,450 m.s.n.m. El sitio reporta tres ocupaciones: Chachapoya, Inca y Colonial, que se manifiestan en 22 edificios dispersos en un área de 4 hectáreas. La ocupación Chachapoya está representada por 7 edificios circulares dispuestos en la mitad Sur del sitio. De estas siete estructuras, 3 se distinguen por su gran tamaño, alcanzando diámetros de 11.2, 13.6 y 15.6 metros. La estructura más grande se distingue además por presentar decoración mural interior y exterior ejecutada con la técnica del mosaico. El paramento interno muestra una banda en la que se repite el motivo de grecas entrelazadas escalonadas, mientras que el paramento externo muestra un diseño continuo de zig-zag enmarcado por dos líneas rectas (Saavedra Reyes 2003).

La ocupación Inca está dispersa a lo largo y ancho de todo el sitio, y está representada por edificios rectangulares de piedra con largos típicos que oscilan entre 5 y 7 metros. Dos edificios rectangulares singularmente grandes están ubicados en los márgenes Norte y este del sitio, y alcanzan medidas de 40 y 43 metros de largo. Finalmente, la ocupación Colonial se concentra en el margen Norte del sitio. Esta ocupación está representada por edificios rectangulares pequeños con astiales, lo que indica que soportaron techos a dos aguas. Estos edificios se distinguen por estar hechos de tapia y adobes (Saavedra Reyes 2003).

Como dato interesante, Saavedra Reyes (2003) reporta cinco complejos funerarios en los alrededores del cerro Huanllita. Uno es una cueva con restos humanos (Cueva El Coche) y cuatro corresponden al típico patrón Chachapoya de chullpas enclavadas en paredes verticales de abismos (Mausoleos de la Quichua, Mausoleo Peña El Sol, Mausoleos del Pilón y Mausoleos de Cobén). Entre estos últimos sitios destacan los Mausoleos del Pilón, que incluyen una chullpa intacta de dos pisos decorada en su parte superior con un motivo en zig-zag, y los Mausoleos de Cobén, que presentan una chullpa de tres niveles decorada con un mosaico de rombos continuos también en su parte superior (Saavedra Reyes 2003).

### Sitio Los Alisos 1

Se trata de un pequeño conjunto arquitectónico ubicado en la margen izquierda de la Quebrada de Chigualén, entre los poblados de Yalén y Los Alisos, a 2,890 m.s.n.m. El sitio consta de un conjunto de estructuras circulares que ocupan un área aproximada de 400 m<sup>2</sup>. Estas estructuras, que corresponden al patrón arquitectónico Chachapoya, tienen un diámetro promedio de 4 metros y denotan un mal estado de conservación (Tandaypan Villacorta y Alemán Castillo 2008: 41).

Un dato interesante sobre este sitio habitacional es que presenta dos complejos funerarios en sus inmediaciones. Por un lado, el sitio “Los Alisos 2”, que consta de dos estructuras rectangulares de piedra encajadas en un abrigo rocoso, ubicado también en la Quebrada de Chigualén. Por otro, el sitio “Cerro Colpar”, que consta de una estructura también rectangular ubicada al pie de una pared de rocas, en la Quebrada de Yalén. Ambos sitios funerarios presentan pinturas rupestres que ilustran un diseño de círculos concéntricos (Tandaypan Villacorta y Alemán Castillo 2008: 42-43). Un diseño similar se encuentra ubicado por encima de la chullpa 5 de Los Pinchudos (Fig. 11).



*Figura 11. Comparación de las pinturas rupestres presentes en los mausoleos de Chigualén (izquierda) y Los Pinchudos (derecha).*

### Cerro Tamburco

Este importante sitio arqueológico se ubica sobre la cima del Cerro Tamburco, a 3,410 m.s.n.m., y a sólo 1 km al Norte del poblado de Piás. El sitio se extiende sobre

2.5 hectáreas y presenta dos sectores (Este y Oeste). El sector Oeste incluye 11 estructuras circulares con dimensiones típicas de 4 a 7 metros de diámetro. Estos edificios fueron construidos sobre y alrededor de dos grandes lomas que han sido aterrazadas de manera artificial. Una estructura circular de gran tamaño (16 metros de diámetro) corona la loma más grande. En este sector encontramos hasta 6 pequeños pozos revestidos de piedras, que Saavedra Reyes (2003: 19) piensa fueron utilizados para almacenar agua de lluvia.

El sector Este, por otro lado, concentra 18 edificios circulares de dimensiones similares a las del sector Oeste. Entre ellas se ubican 5 estructuras rectangulares, la más grande de las cuales tiene 21 X 12 metros de área. En el sector Este no se han detectado pozos de piedra (Saavedra Reyes 2003).

En general, los edificios de cerro Tamburco evidencian un estilo de cantería simple y un mal estado de conservación. No se ha detectado ningún tipo de decoración mural en el sitio (Saavedra Reyes 2003).

#### El Mirador de Alpamachay

El sitio de El Mirador de Alpamachay, también conocido con el nombre de “Cerro de los Gentiles”, se ubica en la esquina sur-occidental del PNRA, a sólo 5 kms de distancia del puesto de control de Ventanas. El sitio se levanta sobre un cerro que domina las elevaciones que circundan la naciente del río Abiseo, a una altura máxima de 4,000 m.s.n.m. (Saavedra Reyes 2003).

El sitio en si consta de dos grandes núcleos arquitectónicos. El núcleo principal tiene dimensiones aproximadas de 120 metros de largo por 40 de ancho y se dispone sobre la cima del cerro. Esta cima ha sido totalmente nivelada en una serie de amplias terrazas por medio de muros de contención bajos. Las terrazas ascienden la cima de manera ordenada en dirección Norte a Sur. La parte central y extremo Norte de este núcleo están ocupadas por dos agrupamientos de cuartos rectangulares dispuestos alrededor de sendas plazas. Al Oeste del conjunto central hay una fila adicional de cuartos orientada de manera perpendicular al mismo. El extremo Sur del núcleo principal presenta una fila central de cuartos alineados transversalmente a las terrazas ascendentes. El límite meridional de este núcleo está definido por una gruesa muralla perimétrica que bordea un abismo. Esta muralla alcanza 7.3 metros de altura en sus partes más altas (Saavedra Reyes 2003) (Fig. 12).

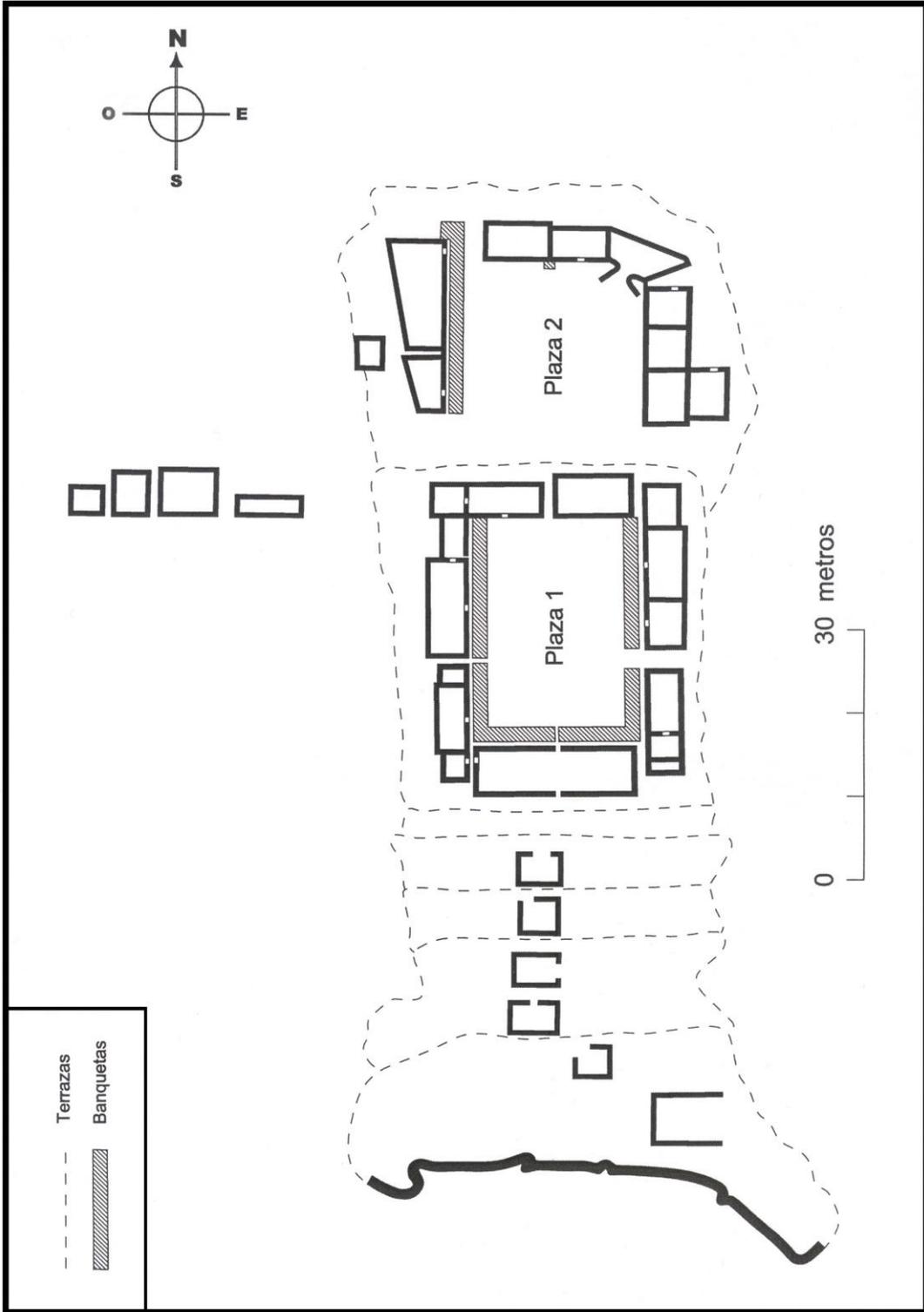


Figura 12. Plano del núcleo principal del sitio Mirador de Alpamachay (dibujado de Saavedra Reyes 2003, Plano 10).

El segundo núcleo arquitectónico se ubica sobre una pequeña explanada que se abre en la falda Norte del cerro, aproximadamente 30 metros por debajo del núcleo principal. Este núcleo, que tiene dimensiones aproximadas de 40 X 30 metros, está compuesto por una serie de cuartos que rodean una plaza rectangular por el Sur, Norte y Oeste. Un canal de drenaje bordea el conjunto por el Sur y el Oeste. Su función aparente fue evacuar lejos del área habitada las aguas de lluvia que habrían discurrido por la pendiente del cerro (Saavedra Reyes 2003).

Además de su elaborado diseño, este sitio presenta otras particularidades arquitectónicas que son dignas de resaltar. En primer lugar, llama la atención la presencia de varios canales techados y revestidos con lajas, que aparentemente funcionaron como ductos de drenaje. Estos canales se adaptan a la topografía accidentada del terreno con fondos escalonados. En segundo lugar, las dos plazas del núcleo principal presentan banquetas laterales. En el caso del conjunto central, las banquetas bordean tres de los lados de la plaza. En el conjunto septentrional, sólo el lado Oeste. Finalmente, las jambas de los vanos de acceso de varios recintos están conformadas por lozas de granito finamente talladas, lo que le da a estos accesos un aspecto muy llamativo (Saavedra Reyes 2003).

Las características de la arquitectura de El Mirador de Alpamachay sugieren que el sitio data del Horizonte Tardío. La monumentalidad y trazo singularmente ordenado de sus construcciones indican que el sitio detentó gran importancia en la región, posiblemente desempeñando las funciones de centro político (Saavedra Reyes 2003: 32).

### **3. El extremo oriental del PNRA**

El extremo oriental del PNRA ha sido objeto de investigaciones arqueológicas recientemente (años 2007 a 2009), dirigidas por arqueólogos de la Dirección Regional de Cultura de San Martín. Esta zona alberga una serie de sitios arqueológicos enclavados principalmente dentro de ecosistemas de Bosque Muy Húmedo Premontano Tropical (bmh-PT) y Bosque Pluvial Premontano Tropical (bp-PT), que se extienden entre los 600 y 2000 m.s.n.m. (INRENA 2003: 35-36, 38). Estos ambientes están caracterizados por altas temperaturas a lo largo de todo el año (18.5° a 25.6° C), fuertes precipitaciones (2,000 a 5,000 mm/año), y por la espesura del bosque de selva (ibidem).

Los sitios detectados en esta región se ubican en la parte baja del río Jelache, el río Pajatén, y la parte baja del río Montecristo. La lista de sitios registrados asciende a 20. La gran mayoría de estos sitios no corresponden a la cultura Chachapoya, sino a poblaciones amazónicas que ocuparon las pequeñas elevaciones y valles de la cuenca de los ríos Huallabamba y Huallaga. Estas poblaciones son referidas en la literatura etnohistórica con los nombres de Hivitos y Cholones (Pimentel 1998: 19). También encontramos entre estos sitios reducciones coloniales del siglo XVII creadas por religiosos franciscanos (ibidem) (Cuadro 3).

En general, el registro de estos sitios de selva es muy impreciso dadas las dificultades que impone el denso crecimiento vegetal. En todos los casos resulta muy difícil precisar características básicas de estos yacimientos, incluyendo su extensión total. Solo uno de estos sitios (Ochanache) ha sido objeto de un levantamiento arquitectónico (García Rojas 2008). El plano existente, sin embargo, fue hecho usando métodos rudimentarios y está claramente incompleto. Este plano sólo puede considerarse, por lo tanto, como muy preliminar. Los demás sitios de la lista sólo cuentan con descripciones básicas.

Los principales sitios arqueológicos de la zona oriental del PNRA son Jesús de Pajatén y Ochanache.

#### Jesús de Pajatén

Jesús de Pajatén fue una reducción de indios Hivitos fundada por el clérigo franciscano Juan de Campos en 1673 (ANDESTUDIO 1999: 77). El sitio se ubica a 600 m.s.n.m., sobre una pequeña loma cercana al río Pajatén, a aproximadamente 2 km de su desembocadura en el río Jelache. El sitio cobró notoriedad en 1801 al ser incendiado por orden de un cura de la localidad de Pachiza, quien se indignó por la actitud rebelde de sus moradores (Pimentel 1998: 19).

Dado a que el sitio no ha sido investigado, carecemos de información acerca de sus características básicas. Por un lado, se tiene noticias de que el sitio tiene una longitud de 150 metros (ANDESTUDIO 1999: 236). Los guarda parques del puesto de control de "Pajatén", que dista a escasos 500 metros del sitio, sugieren que su extensión alcanza 2 hectáreas. Gene Savoy (citado en Church 1996: 190) indica haber observado estructuras circulares en el sitio. Nuestros propios reconocimientos de campo sólo detectaron muros rectilíneos. Entre los restos arquitectónicos que pudimos

	Código	Nombre	Tipo	Filiación cultural	Ubicación	Altitud (m.s.n.m.)	Fuente
1	N.N.	Jesús de Pajatén	Conjunto arquitectónico menor	Hivito Colonial	Río Pajatén	600	ANDESTUDIO 1999
2	N.N.	Ochanache	Conjunto arquitectónico menor	Hivito Colonial	Río Pajatén	930	García R. 2008
3	PI-MC-001	Las Terrazas	Conjunto arquitectónico menor	Chachapoya	Río Montecristo	1,540	Hidalgo L. y García R. 2010
4	PI-MC-002	Las Palmas	Conjunto arquitectónico menor	Chachapoya	Río Montecristo	2,314	Hidalgo L. y García R. 2010
5	PI-MC-003	El Papal	Plataforma constructiva	Hivito ?	Río Montecristo	1,233	Hidalgo L. y García R. 2010
6	PI-MC-004	La Zata	Plataforma constructiva	Hivito ?	Río Montecristo	1,832	Hidalgo L. y García R. 2010
7	PI-MC-005	Las Caobas	Plataforma constructiva	Hivito ?	Río Montecristo	1,637	Hidalgo L. y García R. 2010
8	PI-MC-006	Los Shimbillos	Conjunto arquitectónico menor	Hivito ?	Río Montecristo	1,351	Hidalgo L. y García R. 2010
9	PI-MC-007	Chupo Sacha	Plataforma constructiva	Hivito ?	Río Montecristo	2,347	Hidalgo L. y García R. 2010
10	PI-MC-008	Traga Agua	Cueva	Hivito ?	Río Montecristo	1,289	Hidalgo L. y García R. 2010
11	PI-MC-009	El Otorongo	Cueva	Hivito ?	Río Montecristo	1,294	Hidalgo L. y García R. 2010
12	PI-MC-010	El Nicho	Cueva	Hivito ?	Río Montecristo	1,234	Hidalgo L. y García R. 2010
13	PI-MC-011	El Oso	Cueva	Hivito ?	Río Montecristo	1,289	Hidalgo L. y García R. 2010
14	PI-MC-012	El Campamento	Cueva	Hivito ?	Río Montecristo	1,123	Hidalgo L. y García R. 2010
15	PI-MC-015	Los Bambus	Campos de cultivo	Hivito ?	Río Montecristo	1,248	Hidalgo L. y García R. 2010
16	PI-MC-016	Los Papales de la Catagua	Campos de cultivo	Hivito ?	Río Montecristo	1,233	Hidalgo L. y García R. 2010
17	PI-MC-017	Los Papales de Jultón	Campos de cultivo	Hivito ?	Río Montecristo	1,252	Hidalgo L. y García R. 2010
18	PI-MC-018	La Zata	Campos de cultivo	Hivito ?	Río Montecristo	1,862	Hidalgo L. y García R. 2010
19	PI-MC-019	Terrazas agrícolas	Campos de cultivo	Hivito ?	Río Montecristo	1,248	Hidalgo L. y García R. 2010
20	PI-MC-020	Mausoleo Cerro Picudo	Chullpas	Chachapoya	Río Montecristo	2,364	Hidalgo L. y García R. 2010

*Cuadro 3. Lista de sitios arqueológicos del extremo oriental del PNRA (basado en ANDESTUDIO 1999; García Rojas 2008, e Hidalgo López y García Rojas 2010)).*

identificar en la espesura del bosque figura la base elevada de un edificio rectangular de piedra que tiene una escalinata frontal de tres peldaños bien conservada (Fig. 14).



*Figura 14. Escalinata de piedra de una antigua vivienda de la reducción colonial de Jesús de Pajatén.*

#### Ochanache

Ochanache es el sitio arqueológico más extenso del sector oriental del parque. El sitio se ubica a poca distancia del límite noreste del PNRA, en la confluencia de los ríos Ochanache y Pajatén, a 930 m.s.n.m. (Hidalgo Lopez y García Rojas 2010: 26). El sitio fue excavado por el arqueólogo Fabián Esteban García Rojas entre noviembre de 2007 y febrero de 2008. Este investigador también levantó un plano preliminar del sitio, en el que le asigna una extensión de 40 hectáreas. García Rojas (2008: 25-26) dividió el sitio en 6 sectores que denominó: zona urbana, zona de señalización, cantera, zona político-administrativa, zona militar, y zona agrícola. Es preciso señalar, sin embargo, que la evidencia empleada para justificar esta organización funcional del sitio es muy endeble.

El sitio presenta distintos conjuntos arquitectónicos dispersos. Entre ellos notamos grandes cercados de piedra de planta angular, además de gran diversidad de

estructuras circulares y rectangulares. Las estructuras circulares parecen pertenecer a dos tipos: áreas de vivienda (con diámetros que oscilan entre 4 y 7 metros) y depósitos (con diámetros típicos de dos metros) (García Rojas 2008: 45). Por lo general, uno o más depósitos se ubican en la inmediata proximidad de las unidades habitacionales.

Entre los distintos sectores que componen el sitio, es especialmente interesante el denominado “sector político-administrativo”. Este sector está dominado por una gran plaza rectangular nivelada sobre una plataforma artificial que presenta una amplia rampa de acceso. Alrededor de esta plaza hay avenidas, canales empedrados, edificios con muros ortogonales y recintos rectangulares entre los que destaca la llamada “casa del cacique”. Excavaciones desarrolladas en la plaza descubrieron cuerpos humanos desmembrados en su interior (García Rojas 2008: 43-44). Si bien el arqueólogo García Rojas asigna este sector a la época prehispánica, sus construcciones bien podrían corresponder a los edificios coloniales pertenecientes a una reducción fundada por el cura franciscano José de Araujo en 1676 (Pimentel 1998: 19). De hecho, no es claro hasta qué punto la ocupación del sitio antecede al momento de la presencia española (ANDESTUDIO 1999: 76).

El sitio presenta, entre otros rasgos de interés, restos de una posible muralla defensiva de piedra de 53 metros de largo en su límite Sur, y posibles terrazas agrícolas en su flanco Este (García Rojas 2008: 47).

Además de los sitios de Jesús de Pajatén y Ochanache, son interesantes los hallazgos realizados por la “Expedición Montecristo2009” en el valle del río Montecristo. Esta expedición, que tuvo como cometido seguir una posible ruta prehispánica que comunicaba el sitio de Ochanache con el Gran Pajatén, descubrió numerosos sitios ubicados en las márgenes de este río. Entre estos sitios figuran terrazas artificiales usadas como soporte para estructuras hechas con material perecible (El Papal, La Zata, Las Caobas, El Grupo Sacha), conjuntos arquitectónicos menores en las proximidades del Gran Pajatén (Las Palmas, las Terrazas), cuevas (Traga Agua, El Otorongo, El Nicho, El oso, El Campamento), posibles terrenos de cultivo abandonados, y hasta 18 tramos de un camino prehispánico (Hidalgo y García Rojas 2010).

## **Historia cultural del PNRA**

La mejor manera de conocer la secuencia de ocupación prehispánica del territorio que actualmente ocupa el PNRA es a partir de las cronologías publicadas por los arqueólogos. En este sentido, la cronología más completa que conocemos a la fecha fue propuesta por Warren Church (1997, Cuadro 5) a partir de los resultados de sus excavaciones en Cueva Manachaqui. La secuencia de Church, ilustrada en el Cuadro 4, es sumamente extensa, prolongándose hasta el año 10,150 a.C. (APECO 2001: 141). Esta secuencia incluye tres fases precerámicas (antes de 1,500 a.C.) y cinco fases cerámicas (después de 1,500 a.C.). También presenta dos grandes vacíos de ocupación que corresponden a los períodos Horizonte Medio (700-900 d.C.) e Intermedio Tardío (900-1470 d.C.). Más adelante veremos que el supuesto *hiatus* ocupacional del Intermedio tardío podría deberse más a un mal manejo de fechados radiocarbónicos que a una ausencia real de ocupación humana.

A pesar de que la secuencia de Cueva Manachaqui es tan completa, es muy difícil interpretar a partir de ella las estrategias de adaptación territorial que desplegaron las poblaciones prehispánicas del PNRA y zonas aledañas. Esto debido a que muy pocos sitios de la región han sido objeto de excavaciones tan intensivas como las desarrolladas en esta cueva y, los pocos que si lo fueron, no han reportado una secuencia de ocupación tan extensa. De hecho, muchas de las fases de ocupación detectadas en Cueva Manachaqui – en especial las más antiguas – representan, por el momento, eventos aislados que no pueden ser correlacionados con otros sitios. No es posible saber, por ejemplo, cuáles fueron los asentamientos principales de la gente que usó ocasionalmente esta cueva durante varias de las fases iniciales de la secuencia cerámica. Esta situación cambia, afortunadamente, para las fases más tardías, en las que notamos un aumento sustancial de la evidencia de ocupación humana en distintos sectores del parque y valles adyacentes.

A continuación, se presenta una reconstrucción tentativa de la secuencia de ocupación prehispánica del parque a partir de la escasa evidencia reportada por las investigaciones arqueológicas. Esta secuencia se complementará con información histórica, relativa a los eventos ocurridos después de la llegada de los primeros conquistadores y colonizadores hispanos a la zona. Nuestro conocimiento de los hechos sucedidos durante la Colonia no es más completo, debido a la escasez de

documentos correspondientes al área Sur del territorio Chachapoya (Espinoza Soriano 1967: 236).

SECUENCIA MAESTRA ANDES CENTRALES	FASES DE OCUPACIÓN			
	Cueva Manachaqui	Gran Pajatén	La Playa	Los Pinchudos
Horizonte Tardío (1470 - 1532 d.C.)	Poblano	Abiseo	Abiseo	Abiseo
Período Intermedio Tardío (900 - 1470 d.C.)	hiatus ?	hiatus ?	despoblado	despoblado
Horizonte Medio (700 - 900 d.C.)	hiatus	hiatus ?		
Período Intermedio Temprano (200 a.C. - 700 d.C.)	Empedrada	Complejos pre-Abiseo		
	Colpar			
Horizonte Temprano (800 - 200 a.C.)	Suitacocha	despoblado ?		
Período Inicial (1500 - 800 a.C.)	Manachaqui			
Precerámico Final (2200 - 1500 a.C.)	Lavasén			
Precerámico Tardío (3000 - 2200 a.C.)	sin nombre			
Precerámico Medio/Temprano (10500 - 3000 a.C.)	sin nombre			

*Cuadro 4. Secuencia cultural de Cueva Manachaqui (tomada de Church 1997, Cuadro 5)*

### **Precerámico Temprano y Medio (10,500-3,000 a.C.)**

Esta fase de ocupación ha sido detectada, por el momento, únicamente en Cueva Manachaqui. Los estratos inferiores del talud frontal de la cueva reportaron numerosa evidencia de implementos líticos, en especial raspadores, perforadores, buriles y gran variedad de puntas de proyectil (Church y von Hagen 2008: 907). Dos fechados procesados a partir de material recuperado en estas capas arrojaron resultados de 12,200 a.P. y 11,900 a.P. (ibidem). Algunas de las puntas recuperadas son muy parecidas a las de las tradiciones paleoindio de Paiján, propia a la costa Norte del Perú, y el Inga, de la sierra central del Ecuador (Church y von Hagen 2008: 907, Lennon et al 1989: 19).

La evidencia material que corresponde a esta fase sugeriría que, durante el Período Paleoindio (10,500-8,000 a.C.), bandas errantes de cazadores habrían cruzado los fríos páramos de puna de la sierra oriental del Perú, posiblemente en persecución de manadas de venados y tarucas. Estos trashumantes habrían usado las cuevas y abrigos que encontraban en sus largos periplos – entre ellas la Cueva Manachaqui – como estaciones provisionales de descanso y como lugares para procesar las presas cazadas. Los cazadores habrían venido de lugares tan distantes como la sierra del Ecuador y, en su tránsito hacia el Sur, habrían sido responsables del poblamiento inicial de Sudamérica (Church y von Hagen 2008: 907).

### **Precerámico Tardío (3,000-2,200 a.C.)**

Durante el Precerámico Tardío, no cambia el uso que se le estaba dedicando a Cueva Manachaqui. La presencia de gran variedad de implementos líticos, incluyendo puntas de proyectil, significan que la cueva siguió siendo frecuentada por familias errantes de cazadores para refugiarse y procesar los animales cazados. Se advierte, sin embargo, un cambio en las formas de las puntas, que ahora son triangulares con una muesca basal. Dado a que puntas muy similares han sido halladas a 1,000 km de distancia en la sierra Sur del Perú, se infiere que estos cazadores seguían recorriendo grandes distancias en sus rondas anuales (Church y von Hagen 2008: 908). Además de Cueva Manachaqui, dos abrigos del valle de Chirimachay han reportado efímera evidencia de ocupación correspondiente a esta época (Church 1997, Cuadro 4).

## **Fase Lavasén (2,200-1,500 a.C.)**

La fase Lavasén, que se circunscribe temporalmente al Precerámico Terminal, marca un cambio sustancial en las estrategias de adaptación humana al ambiente que rodea la cueva. En primer lugar, análisis de sedimentos extraídos del fondo de la Laguna Baja, ubicada a escasos 2 km al Este de Cueva Manachaqui, ofrecen la primera evidencia de polen de cereales de altura domesticados (Kiwicha y Quinua) hacia del año 4,000 antes del Presente. La abundancia de pequeñas partículas de carbón entremezcladas con el polen sugiere que los antiguos ocupantes de la región quemaban los pajonales para servir sus necesidades agrícolas (Church 1996: 202, Church y von Hagen 2008: 908).

Concurrentemente con este cambio de actividad, cambia también la industria lítica de la cueva. Desaparecen los implementos de piedra usados para cazar grandes animales y procesar sus pieles. Los nuevos instrumentos corresponden a una industria simple de lascas extraídas de núcleos de piedras de granulometría gruesa, aparentemente recogidas en la localidad (Church 1996: 515). Análisis paleozoológicos testifican un aumento significativo en el consumo de mamíferos de tamaño pequeño, que posiblemente eran cazados con trampas (Church 1996, Fig. 112).

Finalmente, el interior mismo de la cueva muestra los primeros signos de modificación substancial hecha por el hombre. Las superficies de ocupación correspondientes a la Fase Lavasén de Cueva Manachaqui muestran, por vez primera, evidencia de fogones. Estos fogones tienen una estructura singular, pues presentan sus fondos rellenos de piedras (Church 1996: 264). Basándose en analogía etnográfica, Church (ibidem) concluye que los fogones habrían sido empleados para asar carne sobre las piedras calientes. Durante la Fase Lavasén, los fogones también presentan numerosas semillas quemadas de gramíneas silvestres, que posiblemente fueron consumidas.

Considerando la evidencia arqueobotánica, paleozoológica, lítica y contextual, Church (1996: 517) concluye que, durante la Fase Lavasén, Cueva Manachaqui fue utilizada como un lugar de vivienda semi-permanente por una familia pequeña que practicaba una economía mixta basada en la recolección de semillas, caza de animales pequeños, y horticultura.

## **Fase Manachaqui (1,500-800 a.C.)**

La Fase Manachaqui es una de las más importantes de la secuencia, pues marca la primera aparición de cerámica en la región. El estilo cerámico de la fase Manachaqui se presenta bien desarrollado, abarcando vasijas carenadas o semi-careadas con fondo redondeado que presentan la decoración por pastillaje como rasgo más distintivo. En Cueva Manachaqui, no sólo aparece la cerámica por primera vez, sino que también lo hace en grandes cantidades. De los 6,889 tiestos diagnósticos analizados por Church en su tesis doctoral, más de la mitad (3,697) corresponden al Período Inicial (Church 1996: 285).

Según Church, existe abrumadora evidencia que indica que, durante esta fase, cambió nuevamente el uso dedicado a esta cueva. La cueva habría sido aprovechada ocasionalmente como refugio por caminantes que viajaban grandes distancias cruzando los valles de puna. El cambio de uso de la cueva se sustenta en distintas líneas de evidencia. Por un lado, durante la Fase Manachaqui desaparece la industria lítica de la cueva y, con ella, todo indicio de las actividades domésticas a las que estaba asociada (Church 1996: 520). Los restos de animales consumidos corresponden casi exclusivamente a cuyes, que Church (ibidem) piensa fueron llevados como merienda por los viandantes<sup>3</sup>. Los fogones, por otro lado, tienen una estructura diferente, caracterizada por la presencia de una sólo piedra en su fondo. Para Church (1996: 265) esta piedra habría tenido la función de irradiar calor una vez que se consumían las brasas de las fogatas. Finalmente, las vasijas de la Fase Manachaqui – que son pequeñas, ligeras y tienen fondos redondeados que encajan perfectamente en bolsas de tela – están especialmente diseñadas para ser transportadas (Church 1996: 522). Además de Cueva Manachaqui, existen otros cinco sitios en la puna con evidencia de ocupación del Período Inicial (APECO 2001, Cuadro 42). Todos estos sitios son abrigos rocosos ubicados en la proximidad de caminos o en el fondo de los valles (Lennon et al 1989).

Para Church (1996: 352), la cerámica de la Fase Manachaqui representa un desarrollo singular en los Andes Centrales, que tiene sus paralelos estilísticos más cercanos en las culturas Machalilla y Valdivia de la costa ecuatoriana. Se notan también afinidades con tradiciones culturales tempranas de Bagua y Cajamarca. Esta

---

<sup>3</sup> Church no considera, sin embargo, que estos restos podrían corresponder a cuyes silvestres, que abundan en la zona. Precisamente la “Pampa de Cuyes”, próxima al valle de Manachaqui, ha sido denominada de esta manera por la presencia de estos animales.

afinidad estilística no habría surgido como producto de migraciones, sino que habría sido intencionalmente inducida por los habitantes de la sierra patacina para facilitar contactos e intercambio con poblaciones norteñas (Church 1996: 566). De hecho, Church piensa que durante el Período Inicial existió una “Esfera de Interacción de los Andes Orientales”, que abarcó a varios grupos asentados en el nor-oriental peruano y sur ecuatoriano (Church 1996: 565). Estos grupos buscaron ávidamente intercambiar productos e información usando la cerámica como un medio de expresión simbólica (Church 1996: 560). La teoría de Church, sin embargo, no explica por qué tantos de estos “instrumentos facilitadores de comunicación”, que supuestamente debieron ser utilizados para agilizar las transacciones, fueron abandonadas en un desolado paraje de puna.

### **Fase Suitacocha (800-500 a.C.)**

La Fase Suitacocha evidencia una continuación de los patrones establecidos durante la fase Manachaqui. La cueva continua siendo usada como lugar de descanso por viandantes, y la cerámica evidencia una marcada continuidad tecnológica. Los principales cambios observados en el estilo de las vasijas incluyen el reemplazo de formas carenadas por cuerpos globulares, y el uso de incisiones, punteados y pintura roja como principales variantes decorativas (Church 1996: 356-57). Las vasijas decoradas de la Fase Suitacocha muestran ahora una abrumadora cercanía estilística con la alfarería de la Cultura Chorrera del Sur de Ecuador (Church 1996: 408). Esta evidencia sugeriría una redefinición de los mecanismos que regían la “Esfera de Interacción de los Andes Orientales”. Esta esfera habría sido ahora usada para emparentar grupos específicos muy distantes (Church 1996: 570). Además de Cueva Manachaqui, otros cuatro sitios del Pajonal de Puna presentan evidencia de una ocupación correspondiente a la Fase Suitacocha (APECO 2001, Cuadro 42). Como en la fase anterior, todos estos sitios son cuevas que habrían sido usadas como paradas y puntos de descanso.

Como dato interesante, la cerámica de Cueva Manachaqui no presenta influencias estilísticas de la Cultura Chavín. Esta evidencia sugeriría que la antigua “Esfera de Interacción de los Andes Orientales” fue eventualmente eclipsada hacia el 500 a.C. por un nuevo sistema multiregional, ésta vez centrado en el gran templo de Chavín. Esta nueva esfera de interacción, que se consolidó fuertemente en el territorio de los Andes Centrales, marginó a las culturas ecuatorianas y, concurrentemente, a

los grupos asentados en la sierra de Pataz (Church 1996: 576, Church y von Hagen 2008: 910).

### **Fase Colpar (200 a.C. – 200 d.C.)**

La Fase Colpar, que marca el inicio del Período Intermedio Temprano (ca 1-700 d.C.), está representada por unas pocas vasijas (134 tiestos diagnósticos) que evidenciarían un uso muy esporádico de la cueva como lugar de descanso. La cerámica demuestra una marcada continuidad de los cánones estilísticos establecidos durante la Fase Suitacocha, pero se distingue por la aparición de algunas formas nuevas y por la caída en desuso de la decoración incisa y punteada (Church 1996: 415-16).

En lo que concierne a contactos interregionales, la Fase Colpar evidencia una contracción espacial significativa de las esferas de interacción en las que participaban los habitantes de la sierra de Pataz. La cerámica más representativa de esta fase muestra sus principales paralelos con la alfarería de grupos asentados en regiones montañosas ubicadas en la periferia Norte y Este del valle de Manachaqui. Son estas poblaciones las que habrían quedado marginadas de la “Esfera de Interacción Chavín” del final de la fase precedente (Church 1996: 577). Estos grupos habrían buscado intercambiar productos exóticos e información, y habrían usado las vasijas más finas como regalos políticos (Church 1996: 580).

### **Fase Empedrada (200-700 d.C.)**

La Fase Empedrada, que abarca la mayor parte del Período Intermedio temprano, es importante por varias razones. En primer lugar, esta fase marca la primera vez en que un gran sitio de la región Pataz-Abiseo presenta una ocupación equivalente a la de Cueva Manachaqui. Este sitio es el Gran Pajatén, y su ocupación inicial, llamada Pre-Abiseo, está representada por el material incluido en las capas de relleno inferiores del terraplén del Edificio 1 (Church 1988)<sup>4</sup>. Es preciso señalar, sin

---

<sup>4</sup> Church (1997, Cuadro 4) piensa, sin embargo, que la fase de ocupación inicial del Gran Pajatén podría proyectarse inclusive hasta la Fase Colpar. Es preciso señalar, sin embargo, que los fechados más tempranos recogidos en este sitio no son concordantes con la antigüedad conocida de los estilos de

embargo, que por el momento no se conoce el tipo de arquitectura que habría detentado el sitio durante esta fase, pues las construcciones monumentales conocidas son mucho más tardías (Church 1991: 20). No se puede determinar, por lo tanto, que tan importante habría sido el Gran Pajatén durante esta época.

En segundo lugar, las capas correspondientes a la Fase Empedrada en Cueva Manachaqui presentan, también por primera vez, una cantidad significativa de huesos de camélidos. Según Church (1996: 581), esta evidencia significa que el transporte mediante el uso de llamas se popularizó durante esta época. Los caminos empedrados que recorren la región, que son necesarios para que transiten estos animales, necesariamente tendrían su origen durante la Fase Empedrada (Church 1996: 582).

Finalmente, la Fase Empedrada representa la primera vez en la que la cerámica importada supera en número a la cerámica doméstica local. Las vasijas clasificadas dentro de la "Pasta C", que incluye piezas con un alto contenido de arcilla de caolín, representan el 58.3 % de la muestra total de fragmentos diagnósticos correspondientes a esta fase (Church 1996: 469). Estas vasijas importadas, que abarcan básicamente platos pintados con base anular, tienen un referente estilístico directo en la alfarería de la Cultura Recuay (Church 1996: 482). Esta evidencia sugiere una nueva redefinición de los patrones de intercambio, que durante esta fase estuvieron enfocados en poblaciones asentadas en las serranías al Sur y Este de la región. Es posible que los ocupantes del Gran Pajatén hayan fungido durante este tiempo como intermediarios en esferas de intercambio interregional, canalizando productos producidos por tribus selváticas hacia la sierra occidental (Church 1996: 581).

El Período Intermedio Temprano en el área centro andina concluye con la formación de una nueva esfera de interacción de alcance macro-regional, ésta vez comandada por las culturas Huari y Cajamarca. La ausencia de piezas representativas de estas tradiciones (en especial las altamente diagnósticas vasijas "Cajamarca Cursivo Floral") en el área de estudio podría significar que la región quedó, otra vez, fuera de una esfera de interacción dominante, y/o que se mantuvo escasamente poblada durante esta época (Church 1988: 272). Los siguientes desarrollos culturales de importancia en la región se habrían dado durante el Período Intermedio Tardío.

---

cerámica importada asociados, lo que podría sugerir un problema de contaminación de muestras (ver más adelante).

## **Período Intermedio Tardío (900-1,470 d.C.)**

El Período Intermedio Tardío es considerado como el momento en el que la Cultura Chachapoya alcanzó su máximo esplendor (Church y von Hagen 2008: 913). Es posible que durante este tiempo los sitios más representativos del valle alto del Montecristo – como el Gran Pajatén, Cerro Central, La Playa, Las Papayas y Los Pinchudos – no sólo se mantuvieran densamente ocupados, sino que también manifestaran ejemplos de su arquitectura monumental más característica<sup>5</sup>.

Para entender los patrones de organización política Chachapoya, es de vital importancia la información etnohistórica proporcionada por Waldemar Espinoza Soriano (1967). Según este historiador, la Nación Chacha o Chachapoya nunca estuvo políticamente unificada. Por el contrario, ésta estuvo disgregada en numerosos ayllus independientes regidos por un curaca y un consejo de ancianos (Espinoza Soriano 1967: 233). Sólo en tiempos de guerra se podían generar agrupamientos sociales mayores, cimentados en alianzas transitorias. Los Chachapoya se caracterizaron por compartir, sin embargo, una misma lengua, una misma cultura, y la creencia en un mismo dios principal, denominado en fuentes históricas “Curichaculla” (Espinoza Soriano 1967: 235).

En términos de patrones de asentamiento, cada ayllu Chacha contaba con un asentamiento mayor rodeado por villas y aldeas secundarias (Espinoza Soriano 1967: 234). En el caso del alto Montecristo, es tentador interpretar al sitio de Cerro Central como el asentamiento principal del valle. Este sitio tiene, según los investigadores, más de 200 estructuras, representando el más extenso de la región (Lennon et al 1989a: 54). Los sitios Chachapoya se erigían en la cima de los cerros por razones defensivas. El objetivo no fue protegerse de ayllus vecinos, sino resguardarse del acoso constante del que eran objeto por parte de tribus menos civilizadas que ocupaban regiones selváticas al oriente (Espinoza Soriano 1967: 235). En nuestra zona de estudio, estas tribus estaban representadas por los Hivitos y los Cholones, ambas caracterizadas por su intolerancia y belicosidad (Church 1996: 164, Pimentel 1998: 19). En lo que toca al valle de Montecristo, es interesante observar que los sitios Chachapoya considerados más vulnerables por estar ubicados sobre terrazas

---

<sup>5</sup> Los investigadores del PIPNRA, sin embargo, propusieron que durante el Período Intermedio Tardío la gran mayoría de sitios representativos de la Cultura Chachapoya del alto Montecristo no habían sido todavía construidos, o se mantenían desocupados (ver Church 1997, Cuadros 4 y 5). Es preciso señalar, sin embargo, que esta interpretación cuestionable puede tener su origen en un mal manejo de fechados radiocarbónicos (ver más adelante).

aluviales – La Playa y El Encanto – son los más distantes del territorio Hivito, que se extendía al Este por las partes bajas del valle. Estos dos sitios contaban, además, con una barrera protectora frontal de sitios Chachapoya construidos en sectores altos (La Playa, el Gran Pajatén y Cerro Central).

Evidencia arqueológica prueba que los Chachapoya no sólo habitaron el Bosque Húmedo Montano, sino que también ocuparon las alturas andinas por encima de los 3,000 m.s.n.m. En la zona de amortiguamiento occidental del PNRA, los sitios de Pueblo Viejo de Condormarca y Cerro Tamburco posiblemente representaron cabeceras de ayllus (Saavedra Reyes 2003: 79). Esta amplia adaptación altitudinal habría permitido a los Chachapoya cultivar gran variedad de productos agrícolas, entre ellos maíz, yuca, papas y otros tipos de cereales y tubérculos de altura. Por el momento no sabemos, sin embargo, si los Chachapoya lograron diversificar su dieta a partir de intercambios mantenidos con ayllus adaptados a pisos altitudinales específicos, o a partir de la explotación simultánea de diversos nichos ecológicos. La extensa red de caminos que cruzaba la región habría favorecido una u otra alternativa.

### **Horizonte Tardío (1,470-1,532 d.C.)**

El Horizonte Tardío corresponde al tiempo de la ocupación Inca de la región. Según Espinoza Soriano (1967: 237), la conquista y anexión del territorio Chachapoya fue obra de Túpac Inca Yupanqui, décimo en la sucesión de monarcas del Cuzco y abuelo de Huáscar y Atahualpa. Si por un lado el estado de disgregación política y territorial que manifestaban los Chachapoya anticipaban una conquista fácil, las fuentes históricas hablan de una férrea resistencia militar. Esta resistencia estuvo en gran parte facilitada por el terreno agreste y las facilidades defensivas que ofrecieron los asentamientos fortificados de altura (Cieza de León 1996[1554?]: 162, Gracilaso de la Vega 2005[1609]: 494). Según el cronista Gracilazo de la Vega (2005[1609]: 494), la entrada del ejército Inca a territorio Chachapoya se dio por el poblado de Piás. Después de someter a esta población, el ejército Inca siguió avanzando hacia el Norte atacando las guarniciones que encontraba en su camino, comenzando por Condormarca. La marcha no se detuvo hasta abarcar todo el territorio Chachapoya y alcanzar inclusive la sierra de Piura.

Una vez consolidada la conquista, Túpac Inca Yupanqui procedió a tomar las medidas necesarias para administrar la población anexada. Fundó un gran centro

administrativo a la usanza cuzqueña en Cochabamba, a aproximadamente 90 km al Norte de Condormarca. Creó la Provincia de Chachapoya y la organizó en dos *hunos* o unidades administrativas: el huno de Leimebamba y Cochabamba al Norte, y el huno de Cunturmarca y Collay al Sur (Espinoza Soriano 1967: 237). Chuquiapiundo, curaca principal de Condormarca, fue hecho líder del huno sureño. Sobre estas autoridades nativas puso un orejón Inca como gobernador, el cual habría residido en el centro administrativo recientemente creado (ibidem). La organización dual de autoridades para el territorio se mantuvo hasta el gobierno de Atahualpa, quien en 1532 designó a Guamán como *hatuncuraca* de todos los Chachapoya (Espinoza Soriano 1967: 259).

La arqueología provee sustento parcial a la información proporcionada por las fuentes etnohistóricas. Cochabamba es el centro administrativo Inca más grande del área Chachapoya, y cuenta con tres complejos de élite que son “ejemplos de arquitectura clásica Inca con albañilería de estilo Cuzco Imperial” (Schjellerup 2005: 208). En los mausoleos de la Laguna de los Cóndores se halló la momia de un noble Inca, fácilmente reconocible por la deformación de los lóbulos de sus orejas (Guillén 2002: 377). En el mismo lugar se encontraron hasta 32 kipus en perfecto estado de conservación, que sin lugar a dudas fueron empleados para regular las actividades productivas de los tributarios del territorio (Urton 2004: 26). En general, la evidencia arqueológica de la presencia Inca es abrumadora en toda el área Chachapoya.

La evidencia de la presencia Inca es también muy común en la región de Pataz-Abiseo. Esta evidencia está representada por los caminos empedrados que cruzan los valles de puna, y por los pequeños puestos de control y sitios administrativos menores asociados a ellos. Parte de la nueva red de puestos administrativos está representada por los sitios CHI-1, ubicado en el valle de Chirimachay, y “El Mirador de Alpamachay”, ubicado en las cabeceras del río Abiseo (Lennon et al 1989b: 43-45, Saavedra Reyes 2003: 32). Los Incas no sólo crearon infraestructura nueva, sino también reocuparon sitios antiguos. Así se percibe en los sitios Chachapoya de altura de Cerro Tamburco y Condormarca, que presentan arquitectura ortogonal cuzqueña (Saavedra Reyes 2003: 47, 79). Las influencias Inca se sintieron también con fuerza en los sitios Chachapoya enclavados en la espesura del Bosque Húmedo Montano. Sitios como La Playa y el Gran Pajatén presentan un importante componente Inca en su cerámica tardía. La influencia sureña en la producción alfarera fue tan fuerte, que dio lugar a la creación de imitaciones locales de piezas cuzqueñas (Bonavía 1968: 43). Sin embargo, la ausencia de arquitectura Inca en los sitios del valle de Montecristo indicaría que estas influencias fueron de tipo

indirecto y no implicaron la presencia física de administradores cuzqueños en el área (Rojas Ponce 1967).

### **Período Colonial (1,532-1,821 d.C.)**

El Período Colonial representó la desestabilización del orden social y político de las sociedades andinas. En el caso de los grupos asentados en el territorio Chachapoya, esta desestabilización aparentemente llegó tempranamente. Poco tiempo después de que Pizarro capturara al Inca Atahualpa en Cajamarca, el *hatuncuraca* Chachapoya se presentó ante el conquistador español para ofrecerle obediencia y apoyo incondicional en su empresa (Espinoza Soriano 1967: 262). Según Espinoza Soriano (1967: 263) esta actitud obedeció al hecho de que los Chachapoya nunca aceptaron su sujeción al dominio Incaico. En todo caso, Pizarro aceptó gustosamente el ofrecimiento y ratificó a Guamán como líder absoluto de los Chachapoya en el año 1533 (ibidem).

La buena relación entablada con los españoles sirvió para que en el año 1536 Alonso de Alvarado organizara la primera expedición española a territorio Chachapoya acompañado de sólo cuatro soldados a caballo y tres a pie. Durante esta expedición, Alvarado recabó numerosos objetos de oro y plata de los curacas locales para financiar una nueva expedición mejor preparada al año siguiente. Alvarado retornó con un gran contingente de soldados en 1537, y procedió a repartir las primeras encomiendas entre sus seguidores. Él mismo se arrogó los repartimientos de Cuélap, Cochabamba, Leimebamba, Pausamarca y Chilchos, ubicados en la parte Norte del territorio Chachapoya (Espinoza Soriano 1967: 272). En una tercera y última expedición conducida en 1538, Alvarado fundó la primera ciudad española en la región, San Juan de la Frontera (Espinoza Soriano 1967: 275). Luego partió hacia el Este en busca del mítico “El Dorado”.

En el territorio Chachapoya sureño, fueron tres las principales encomiendas entregadas a españoles: 1) Cajamarquilla y Condormarca al Norte, 2) Sucos y Puymal al Centro, y 3) Collay al Sur (Church 1996: 156). La encomienda de Sucos y Puymal incluyó los ayllus de Piax y Baldeboyo (Piás y Buldibuyo) en la zona altoandina, y Sucos y Puymal en la selva vecina (ibidem). Lo que siguió a continuación fue una caída dramática de la población local, en parte generada por el azote de las enfermedades traídas por los españoles, y en parte por los trabajos forzados a los que

eran sometidos los lugareños. La carga más fuerte de trabajo estuvo representada por la explotación de minas de oro, especialmente en los alrededores de Pataz, que fue fundada como asiento minero en 1564. Espinoza Soriano (1967: 237) escribe que muchos chachapoyanos buscaron escapar de las calamidades traídas por los españoles huyendo a sus antiguos emplazamientos de selva, donde permanecieron hasta 1572 e inclusive años posteriores. Este hecho tal vez explicaría algunos fechados radiocarbónicos marcadamente tardíos que miembros del PIPNRA recabaron en los sitios del Gran Pajatén y Los Pinchudos (Church 1988: Tabla 3; 1997: 236).

Las poblaciones de Hivitos y Cholones, que ocupaban la parte oriental de lo que hoy es el PNRA, aparentemente corrieron con mejor suerte. El carácter inexpugnable de sus refugios de selva les permitió resistir mejor las transformaciones traídas por el orden español. Las primeras reducciones de indios en su territorio se establecieron alrededor del año 1600 a cargo de religiosos itinerantes que bajaban de Condormarca (Church 1996: 161). En 1630, misioneros Jesuitas emprendieron una campaña evangelizadora más intensa, que pronto tuvo que ser abandonada por la violencia generada por invasiones de indios Cocama y Aguano del Huallaga central (Church 1996: 165). Después de una campaña pacificadora emprendida por Don Martín de la Riva Herrera en 1654, la región quedó expedita para un nuevo intento de evangelización (ibidem). La posta la tomaron religiosos franciscanos, quienes en 1676 fundaron las reducciones de Jesús de Ochanache, en territorio Hivito, y San Buenaventura de Apisonchuc, en territorio Cholón (Pimentel 1998: 19). Por conflictos generados entre los naturales, estas reducciones fueron abandonadas a inicios del siglo XVIII. Se crearon dos reducciones nuevas en territorio Hivito (Jesús de Pajatén y Jesús de Monte Sión) y dos en territorio Cholón (San Buenaventura del Valle y Pampa Hermosa) (ibidem). Los restos de algunos de estos pueblos representan actualmente importantes sitios arqueológicos en las inmediaciones del parque.

La presencia franciscana trajo consigo una intensa actividad comercial en el territorio que hoy ocupa el PNRA. Dos rutas comerciales se crearon para unir la sierra de la Libertad con la selva del Huallaga central. Una de estas rutas partía de Capillanía, al Norte de Condormarca, y descendía hasta Jesús de Pajatén, a partir de donde el tránsito continuaba en balsas (Church 1996: 173). La segunda ruta partía del poblado de Parcoy, seguía el curso del río Abiseo, y terminaba en la reducción de Jesús de Monte Sión a orillas del Huallaga (Church 1996: 174, Ravines 2002: 128). En el centro de esta última ruta había dos reducciones menores (Jucusbamba y Achiras)

internadas en plena selva del Abiseo (Espinoza Soriano 1967: 233). Los restos de estos poblados forman, hoy día, parte del paisaje arqueológico del PNRA. La segunda ruta aparentemente se mantuvo activa por mucho tiempo, cayendo en desuso recién a mediados del siglo XX cuando se abrió la carretera que unió Huanuco con Tingo María (Church 1996: 174).

## **Antecedentes de investigaciones arqueológicas e históricas**

Durante las primeras décadas del siglo XX, una serie de científicos y exploradores ofrecieron reportes aislados del hallazgo de restos arqueológicos en el territorio que hoy ocupa el Parque Nacional del Río Abiseo (INRENA 2003: 19, Pimentel 1998: 20, Weberbauer 2002[1920]). No obstante este antecedente, es justo afirmar que la historia de las investigaciones arqueológicas en el ámbito del Parque Nacional Río Abiseo se inicia con el descubrimiento del sitio conocido como el “Gran Pajatén”. Sólo a partir de este descubrimiento se desarrolló un auténtico interés científico en la arqueología de la selva vecina a Pataz. Este interés suscitó una serie de exploraciones e investigaciones arqueológicas que no se han detenido hasta nuestros días.

Hay dos aspectos que hacen del descubrimiento del Gran Pajatén un evento absolutamente singular dentro de la arqueología andina. En primer lugar, figura el hecho de que este excelso monumento arqueológico no fue descubierto por grandes exploradores o arqueólogos, sino por simples pobladores de un asiento minero altoandino. En segundo lugar, se debe considerar que este importante sitio prehispánico permaneció desconocido para la comunidad científica y general hasta tiempos relativamente recientes, que no se remontan más de 50 años en el tiempo. En la arqueología andina, el “Gran Pajatén” pasó a la historia por ser el último notable exponente de las grandes tradiciones arquitectónicas prehispánicas andinas en ser descubierto.

Existen dos eventos que marcan dos hitos importantes en la historia de las investigaciones arqueológicas en el territorio del PNRA. Estos eventos son la creación misma del parque (1983) y la nominación de sus sitios arqueológicos más representativos como Patrimonio Cultural de la Humanidad (1992). A partir de estos eventos, esta historia se puede organizar en tres grandes etapas con características distintas (**Cuadro 5**). La primera etapa, que bien puede denominarse “del descubrimiento y reconocimiento inicial”, antecede al momento de la creación del PNRA y abarca las primeras expediciones que derivaron en el descubrimiento e identificación inicial de los principales sitios arqueológicos del valle alto del río Montecristo. La etapa subsiguiente, que puede llamarse “de la intensificación de las investigaciones”, se enmarca entre los dos hitos temporales, y comprende una serie de esfuerzos enfocados en comprender mejor las características de la ocupación

humana prehispánica en el territorio del parque y zonas aledañas. Finalmente, la tercera etapa, que es posterior a la nominación de la UNESCO, tiene dos componentes. Por un lado, se observa el surgimiento de una marcada preocupación por garantizar la conservación de los restos arqueológicos más importantes del ecosistema de Bosque Húmedo Montano. Por otro, notamos un traslado del interés arqueológico a las zonas de amortiguamiento oriental y occidental del parque. La descripción de la historia de las investigaciones arqueológicas en el ámbito del PNRA, que sigue a continuación, está organizada respetando esta estructura de tres etapas.

### **1. La etapa del descubrimiento y reconocimiento inicial**

La etapa del descubrimiento se inicia en agosto de 1963, cuando vecinos del pequeño pueblo minero de Patáz, ubicado a 2,620 m.s.n.m., descubrieron accidentalmente el Gran Pajatén cuando organizaron una expedición a la selva vecina en busca de nuevos terrenos de cultivo (Bonavía 1968: 7, Pimentel G. y Pimentel S. 1999: 74, Ravines 1964: 6). Los expedicionarios caminaron varios días hacia el Este cruzando las partes más altas de la Cordillera Oriental para finalmente descender por la densa selva nubosa de la cuenca alta del río Montecristo. El sitio fue encontrado sobre la cima de un escarpado cerro cubierto de vegetación que se eleva 300 metros sobre el curso del mencionado río. Convencido de la importancia del descubrimiento, Carlos Tomás Torrealba, alcalde de Patáz y líder de la expedición, decidió viajar a Lima al año siguiente para llamar la atención de las autoridades intelectuales y políticas de la capital. En la gran ciudad, el llamado de Torrealba fue atendido por dos personas importantes. Por un lado, el arqueólogo Rogger Ravines, funcionario del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, quien publicó la primera nota sobre el descubrimiento en un órgano de difusión científica (Boletín del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, primavera de 1964). Por otro lado, el arquitecto Víctor Pimentel Gurmendi, miembro de la Corporación de Turismo del Perú, quien inició gestiones para organizar, con fondos estatales, una expedición a gran escala al sitio para evaluar su real magnitud.

El primer investigador occidental en alcanzar al sitio fue, sin embargo, el periodista y explorador norteamericano Gene Savoy. Savoy llevaba años dedicado a la búsqueda de sitios arqueológicos “perdidos” en la selva peruana, y no hacía mucho que se había acreditado el descubrimiento del mítico “Vilcabamba” en la selva del

Año	Responsable	Proyecto / Expedición	Institución	Sitio intervenido
1965	Gene Savoy	"Expedición Gran Pajatén"	Club Andino de Exploradores	Gran Pajatén
1965	Víctor Pimentel, Pedro Rojas Ponce	"Primera Expedición Cívico-Militar"	Corp. Nac. de Turismo, Ministerio de Educación	Gran Pajatén
1966	Víctor Pimentel, Duccio Bonavía	"Segunda Expedición Cívico-Militar"	Corp. Nac. de Turismo, Ministerio de Educación	Gran Pajatén
1973	J. Deza Rivasplata		U. Nacional de Trujillo	La Playa
1980	F. Kauffmann Doig			Los Pinchudos
1983	<b>Creación del Parque Nacional del Río Abiseo (PNRA)</b>			
1985	Thomas Lennon, Miguel Cornejo G., Warren Church	"Proyecto de Investigación Parque Nacional Río Abiseo"	U. de Colorado, U. Nacional de Trujillo	Los Paredones, La Playa, Las Papayas, Los Pinchudos, Gran Pajatén, Cerro Central
1986	Thomas Lennon, Miguel Cornejo G., Warren Church	"Proyecto de Investigación Parque Nacional Río Abiseo"	U. de Colorado, U. Nacional de Trujillo	Los Pinchudos, Gran Pajatén, El Encanto
1988	Thomas Lennon, Segundo Vásquez, Warren Church	"Proyecto de Investigación Parque Nacional Río Abiseo"	U. de Colorado, U. Nacional de Trujillo	Cueva Manachaqui, Cueva Negra, sitio CHI-1, sitios menores en Manachaqui y Chirimachay
1989	F. Kauffmann Doig, Samanez Argumedo	"Expedición Antisuyo /89"	Instituto de Arqueología Amazónica	Los Pinchudos
1990	Warren Church		U. de Yale	Cueva Manachaqui
1990	Jorge León Linares	"Tercera Expedición Cívico-Militar"	Fuerza Aérea del Perú	Gran Pajatén
1992	<b>Nominación de sitios del PNRA como Patrimonio Cultural de la Humanidad</b>			
2000	Ricardo Morales	Proyecto de Emergencia "Los Pinchudos"	Instituto de Conservación Ambiental Monumental	Los Pinchudos
2003	Liz Saavedra Reyes		U. Nacional de Trujillo	Cerro Tamburco, Mirador, Pueblo Viejo de Condormarca
2003-2005	Varios	"Proyecto Qhapac Ñan"	Instituto Nacional de Cultura	Sitios a lo largo del Camino Inca
2007	Fabián García Rojas	"Proyecto de Investigación y Puesta en Valor de Ochanache"	INC San Martín	Ochanache
2009	Christian Hidalgo L., Fabián García Rojas	"Expedición Montecristo 2009"	INC San Martín, Gov. Regional San Martín	Ochanache, Las Terrazas, Las Palmas, Los Shimbillos, cuevas y otros sitios menores

*Cuadro 5. Lista de las principales expediciones y proyectos de investigación arqueológica desarrollados en el territorio del PNRA y zonas de influencia.*

Cuzco (Savoy 1965a: 30). Con un presupuesto mínimo, Savoy organizó una expedición compuesta por cinco personas: su asistente Douglas Sharon, un minero peruano con conocimientos de cartografía, dos porteadores de Huamachuco, y él mismo. Una vez en Patáz, se le unieron varios pobladores de la localidad, incluyendo algunos que participaron en el descubrimiento original (Savoy 1965b: 3). Savoy alcanzó el sitio a mediados de septiembre de 1965, dedicándose a despejar parcialmente la maleza de algunas estructuras importantes y a desarrollar un registro fotográfico sistemático de la arquitectura, la decoración mural, y el entorno natural del sitio. De regreso a la civilización, Savoy emprendió una agresiva campaña de difusión del descubrimiento en la prensa nacional y extranjera, en la que se acreditaba haber conocido la ubicación del “Gran Pajatén” inclusive desde el año 1961 (Savoy 1965a: 30, 1965b:3).

A la fecha, no es del todo claro si Savoy realmente conoció la ubicación del sitio antes de que la expedición de Torrealba concretara su hallazgo. Dado al halo sensacionalista que Savoy siempre imprimió a los relatos de sus expediciones y descubrimientos, sus textos y aseveraciones nunca gozaron del favor de la comunidad arqueológica general (ver Isbell 1970: 237, Schjellerup et al 2005: 12). Sin embargo, es justo anotar que en los breves reportes que legó acerca de su expedición al “Gran Pajatén” incluyó varias observaciones acertadas sobre el sitio que incluso a los arqueólogos profesionales les tardó mucho tiempo asimilar.

Su vasta experiencia en la arqueología amazónica le permitió a Savoy entender que el sitio pertenecía a una tradición arquitectónica muy antigua de la selva norte peruana, a la que también se adscribía la famosa fortaleza de Kuélap (Savoy 1965a: 31). Savoy también describió el camino prehispánico que corre de Sur a Norte cruzando la puna de la cordillera oriental por encima de las cabeceras de los ríos selváticos, y del cual parten ramales que descienden hacia los mismos. Savoy reconoció esta vía como una obra distinta al Camino Real Inca, que pasa varios kilómetros al Oeste por Huamachuco, y sugirió un origen mucho más antiguo para ella (Savoy 1965b: 3). Pero más importante es el extenso registro fotográfico que Savoy hizo del sitio, y que lo muestra en un estado prístino antes de las mayores modificaciones que generarían las expediciones cívico-militares subsiguientes. Finalmente, Savoy puede ser también acreditado con ser el autor del nombre con el que el sitio es actualmente conocido. El nombre deriva de una misión religiosa de la Época Colonial ubicada en la selva vecina, que alcanzó dimensiones míticas después de encontrar un final trágico (Pimentel 1998: 19). A pesar que la ubicación del sitio no

corresponde con la de esa misión, y de los denodados esfuerzos desplegados por algunos científicos por encontrar un nombre más apropiado para el sitio (Bonavía 1968: 12, Espinoza Soriano 1967: 237), el título “Gran Pajatén” permanece por haber calado profundamente en la imaginación popular.

Después de reunir los fondos y recabar la logística necesaria para organizar una gran expedición, Víctor Pimentel Gurmendi pudo finalmente completar su propósito de reconocer el “Gran Pajatén”. La llamada “Primera Expedición Cívico-Militar” contó con el soporte de varias entidades estatales, incluyendo el Ministerio de Educación Pública, la Corporación de Turismo del Perú, el Ministerio de Guerra, el Ministerio de Aeronáutica y el Museo Nacional de Antropología y Arqueología (Ravines 2002: 83). La misión se trazó como objetivos: reconocer y e iniciar el registro del hallazgo, liberar de maleza el sitio, explorar las zonas aledañas, así como iniciar la construcción de un helipuerto (Pimentel 1967: 35-36).

La expedición llegó al “Gran Pajatén” a mediados de noviembre de 1965 por la misma ruta que meses antes había seguido Savoy. Dada la espesura de la selva, prácticamente todo el tiempo disponible fue invertido en la eliminación de la foresta tropical que cubría las estructuras ubicadas sobre la cima del cerro (Bonavía 1968: 8). A pesar de que esta acción ha sido muy criticada (ver Leo 1992: 123), la tala fue necesaria para poder tomar las primeras vistas generales del conjunto y alcanzar una noción adecuada acerca de su real dimensión. Si bien se limpió poco más de una hectárea, Pimentel (1967: 36) observó que el yacimiento arqueológico era mucho más extenso, desbordándose por las laderas del cerro hasta cubrir probablemente 50 hectáreas. Paralelamente a las acciones de eliminación de la vegetación, Pimentel se dedicó a dibujar elevaciones y perfiles de las fachadas decoradas de los edificios 1 y 2 después de que fueran liberadas de escombros. También dibujó algunos bloques tallados encontrados en el sitio.

El arqueólogo Duccio Bonavía (1968: 8), quien participó en una expedición subsiguiente, se quejó de que la Primera Expedición no contara con la participación de un arqueólogo. La crítica de Bonavía es, en gran medida, injustificada, ya que esta expedición fue acompañada por Pedro Rojas Ponce en calidad de fotógrafo oficial. Ponce tenía, en realidad, una vasta experiencia arqueológica, que ganó durante los más de 15 años que dedicó a trabajar para Julio César Tello como asistente de campo y dibujante. Ponce estuvo al lado de Tello en varias de sus expediciones arqueológicas, en las que ciertamente aprendió de él el procedimiento correcto para

desarrollar el registro inicial de sitios recién reconocidos. De hecho, Ponce fue el primero en describir la cerámica arqueológica del sitio “Gran Pajatén”, hallada principalmente sobre la superficie de un patio enlozado ubicado frente al Edificio 1. Ponce reconoció tres tipos de cerámica, uno compuesto por vasijas locales pintadas con colores rojo y sepia a la usanza Inca, otro compuesto por vasijas también locales, pero decorado con motivos triangulares en relieve que imitan la decoración mural de los edificios, y cerámica Inca importada. Con mucho criterio negó la posibilidad de que la presencia de cerámica Inca en el sitio representara evidencia de conquista o asimilación política, dado a que ninguno de los edificios del “Gran Pajatén” asimilaba rasgos arquitectónicos cuzqueños (Rojas Ponce 1967). Finalmente, haciendo gala de aguda observación, resaltó la importancia que un gran farallón de varios cientos de metros de altura que se eleva inmediatamente al Sur del sitio podría haber tenido como lugar de enterramiento de sus antiguos ocupantes (Bonavía 1968: 33).

La Primera Expedición Cívico-Militar culminó sin poder alcanzar todos los objetivos trazados. Subsistía, además, el dilema de la ubicación exacta de las ruinas, que hasta entonces no había podido ser resuelto. Víctor Pimentel G. vio la necesidad de organizar una segunda expedición al año siguiente, convocando el auspicio de básicamente las mismas instituciones estatales. La “Segunda Expedición Cívico-Militar” llegó al sitio por aire (helicóptero) a inicios del mes de junio de 1966. Esta expedición trajo consigo dos novedades importantes: a) un equipo de topógrafos liderados por el ingeniero Vicente Segura Núñez, y b) un equipo de arqueólogos liderados por Duccio Bonavía, enviado del Museo Nacional de Antropología y Arqueología de Lima. A este último equipo se unió el joven arquitecto alemán Wolfgang Wurster.

Considerando los nuevos talentos reunidos por la Segunda Expedición Cívico-Militar, fueron dos sus más grandes logros. Primero, se elaboró el primer levantamiento topográfico y arquitectónico del sitio que, por razones obvias, estuvo limitado a las partes altas del cerro que habían sido liberadas de vegetación. El plano desarrollado es el único que se conoce para el sitio del “Gran Pajatén”. En segundo lugar, esta expedición marcó el inicio de las excavaciones arqueológicas en el sitio. Dos equipos de excavación, liderados por Duccio Bonavía y por Wolfgang Wurster, se encargaron de excavar los Edificios 1 y 2, ubicados en la parte más alta del conjunto. Mientras que Wurster optó por excavar una trinchera discontinua de poca profundidad cruzando el Edificio 2, Bonavía decidió excavar dos pozos a profundidad pegados al muro Sur del Edificio 1, uno interior de 4 m<sup>2</sup> y otro exterior de 1 m<sup>2</sup>.

Dos años más tarde, Bonavía (1968) publicó un pequeño libro en el que presentó los resultados de su excavación. Son vívidas sus descripciones acerca de las dificultades que enfrentó al excavar un sitio enclavado en un ambiente de selva húmeda. Bonavía (1968: 36) refiere, por ejemplo, que la tierra de las capas superficiales del Edificio 1 estaba totalmente humedecida, a tal punto que exprimiéndola “se obtenía una buena cantidad de agua”. El nivel de humedad aumentaba conforme se profundizaba la excavación, encontrándose básicamente barro a 1 metro de la superficie. El Edificio 1 pudo haber contenido uno o más pisos internos definidos con lozas de piedra pizarra, pero la alta acidez del suelo había desecho las piedras haciéndolas semejar “pequeños fragmentos de carbón” (Bonavía 1968: 36). La excavación de Bonavía alcanzó una profundidad máxima de 1.88 metros, logrando definir hasta 7 capas distintas al interior del Edificio 1 pero, desafortunadamente, ningún piso de ocupación.

Bonavía desarrolló una detallada clasificación cerámica en base a 1,645 fragmentos recogidos en el sitio, 400 de los cuales procedieron de su excavación estratigráfica al interior del Edificio 1. Definió tres tipos cerámicos, que denominó A, B, y C. El tipo “A” es absolutamente dominante en el sitio, abarcando la totalidad de fragmentos recogidos en superficie y el 96.75% de la muestra procedente de la excavación estratigráfica. Este tipo está presente a lo largo de toda la secuencia de capas encontrada al interior del Edificio 1. Dentro del tipo “A”, Bonavía (1968: 50) reconoció dos estilos, que denominó “Abiseo” e “Inca Derivado”. El Estilo Abiseo está conformado por vasijas burdas de aparente uso doméstico, decoradas con tiras aplicadas de arcilla que forman diseños lineares rectos y curvos. El Estilo Inca Derivado incluye vasijas de manufactura más esmerada que evidencian una alta variedad de formas típicamente cuzqueñas (aribalos, platos, urpus, etc). Los tipos “B” y “C”, por otro lado, constituyen una absoluta minoría dentro de la muestra, estando representados por sólo 14 y 3 fragmentos, respectivamente. Corresponden a vasijas muy finas de superficies anaranjadas (tipo “B”) y rojas (tipo “C”). Dado al mal estado de conservación de los fragmentos, su pequeño tamaño, y la ausencia de bordes, Bonavía no pudo precisar las características de las vasijas que corresponden a estos tipos minoritarios.

Basándose en la evidencia cerámica, Bonavía (1968: 74) concluyó que la ocupación del “Gran Pajatén” se ciñó básicamente al Período conocido como “Horizonte Tardío”, que corresponde al tiempo de la expansión Inca (1470-1532 d.C.). Especuló que el sitio pudo haber sido el producto de “tropas de colonización” serranas

que, estimuladas por administradores incaicos, habrían avanzado hacia la selva para explotar nuevos terrenos de cultivo (ibid; ver también Bonavía 1998: 96, Bonavía y Ravines 1967: 67). En base a evidencia arquitectónica, Bonavía reconoció, empero, la existencia de dos posibles fases constructivas en el “Gran Pajatén”. La evidencia de estas fases estuvo dada por la reutilización de bloques decorados de arenisca como material constructivo en la fachada del Edificio 2 (Bonavía 1968: 73). Bonavía ofreció también muchas descripciones interesantes acerca de la técnica constructiva de los edificios circulares. Entre ellas destaca la detección de una técnica constructiva singular, que incidió en el uso de muros inclinados en la construcción de las plataformas de soporte de los edificios decorados y abultados (convexos) para las estructuras superiores (Bonavía 1968: 66). El arquitecto Pimentel, por otro lado, opinó que los muros abultados sólo se emplearon en los terraplenes (Pimentel y Pimentel 1999: 85).

Después de esta corta e intensa secuencia de expediciones de reconocimiento, siguió un fenómeno interesante en el área de influencia del “Gran Pajatén”. Pobladores de Patáz y de otras comunidades cercanas aparentemente intensificaron sus ingresos al valle del río Montecristo en busca de nuevos hallazgos arqueológicos. La gran cobertura periodística que acompañó a la expedición de Savoy y, especialmente, a la Segunda Expedición Cívico-Militar, llamó la atención de muchos curiosos extranjeros que pugnaron por conocer el sitio. Estos turistas se presentaban en la zona de Patáz y contrataban a los comuneros locales para que les sirvieran de guías. Esta afluencia de exploradores improvisados pronto dio lugar a una nueva serie de descubrimientos que, dada la escasa preparación de los expedicionarios, muchas veces puso en riesgo la integridad de los sitios arqueológicos.

El siguiente gran descubrimiento en el valle alto del Río Montecristo se dio en junio de 1973. Manuel Villalobos y sus hijos Noe y Oscar, vecinos de Patáz, descubrieron accidentalmente una serie de edificios circulares cuando limpiaron la vegetación de una pequeña amplia terraza aluvial cercana al río. El sitio se ubicaba próximo a la trocha que llevaba al Gran Pajatén y a varias horas de camino río arriba del mismo. Al regresar a Patáz, Villalobos dio noticia de su hallazgo al Consejo Municipal que inmediatamente lo comunicó a la prensa nacional. Sólo tres meses después llegó a la zona un grupo de arqueólogos de la Universidad de Trujillo, comandados por el profesor Jaime Deza Rivasplata, para reconocer el hallazgo. Estos investigadores denominaron al sitio “La Playa”, e hicieron un plano a mano alzada de sus estructuras más importantes. También limpiaron de maleza del único edificio del

sitio que presentaba una gradería de acceso y una cornisa perimétrica, y excavaron un pequeño pozo de 1 m<sup>2</sup> en su interior. Estos investigadores recogieron un total de 105 fragmentos de cerámica del sitio, entre los que figuraron exponentes de un estilo que Rivasplata denominó “Inca Derivado”. Sorprendentemente, esta exigua muestra también incluyó fragmentos de cerámica negra de estilo Chimú. Deza Rivasplata (1975-76: 49) interpretó el sitio como una villa periférica al Gran Pajatén, y lo asignó a una formación cultural local que cronista Guamán Poma de Ayala llamó “Imperio Yaro”.

Pocos años después del descubrimiento del sitio de “La Playa” siguió el del conjunto funerario de “Los Pinchudos”. Deza Rivasplata (1975-76: 49) refiere que este sitio fue descubierto por Santos Escobedo Quesada, comunero del pequeño caserío de Los Alisos, cuando buscaba restos arqueológicos. Escobedo, quien falleció poco tiempo después del hallazgo, encontró el sitio en una estrecha cornisa que parte del extremo Oeste del gran farallón vecino al sitio del Gran Pajatén. A diferencia de lo que ocurrió con “La Playa”, la existencia del sitio no fue divulgada, y el conjunto funerario fue objeto de visitas furtivas por muchos años. En estas visitas participaron inclusive turistas extranjeros guiados por comuneros locales. En un artículo de 1998, Duccio Bonavía publicó fotografías del conjunto funerario tomadas por el turista francés Alex Carbol en 1975. Las fotos sólo ilustran detalles, mas no vistas generales, de las cámaras funerarias (aparentemente la visita se hizo de noche). Las fotos son, empero, lo suficientemente claras para demostrar que una de las chullpas todavía conservaba su contenido original de vasijas de cerámica (Bonavía 1998, 95-3).

En junio de 1980, el arqueólogo peruano Federico Kauffmann Doig llegó al sitio guiado, cuando no, por un comunero de Los Alisos. Sólo un mes después publicó un breve artículo señalando la ubicación y describiendo el conjunto (Kauffmann 1980, ver también Kauffmann 1984). Al ser el primero en difundir la existencia del sitio, a Kauffmann le cupo el derecho de seleccionar el nombre con el que sería conocido. Como él mismo lo refiere (Kauffmann 2009: 147), el nombre “Los Pinchudos” fue tomado del apelativo que usaban los guías locales para referirse a los ídolos de madera que decoraban una de las cámaras funerarias. La descripción que hiciera Kauffmann del sitio en 1980 es importante porque evidencia el daño que sufrieron las ruinas tras años de visitas clandestinas. De las vasijas fotografiadas por Carbol sólo quedaban unos pocos tiestos, y uno de los seis ídolos de madera que decoraban la fachada de cámara N° 5 había sido sustraído a machetazos de su emplazamiento original (Kauffmann 1980: 29, 30). Kauffmann no desarrolló ninguna excavación ni

recolección de superficie, manteniendo la expectativa de realizar investigaciones detalladas del sitio funerario a futuro.

El siguiente gran hallazgo arqueológico en el valle alto del río Montecristo tuvo connotaciones más afortunadas. En el año de 1980, los biólogos Mariella Leo y Enrique Ortiz realizaban un censo de las poblaciones de monos “choro cola amarilla” en los alrededores del Gran Pajatén. Su objetivo era definir un área de protección para esta especie amenazada, que hasta hacía pocos años atrás se pensaba extinta (Leo y Ortiz 1982: 47). Accidentalmente, se toparon con una concentración de estructuras circulares de piedra dispuestas sobre grandes terrazas de soporte en la cima de un cerro de laderas muy empinadas (Lennon et al 1986: 39, 1989a: 51; Leo y Ortiz 1982: 59). El cerro se eleva aproximadamente 3.5 km al Oeste del “Gran Pajatén”. El sitio fue denominado por los biólogos “Ruinas de la Pampa de las Papayas” (abreviado: “Las Papayas”), por la abundancia de plantas silvestres de papaya (*Carica sp.*) en la zona. A pesar de la trascendencia del descubrimiento, éste no suscitó un reconocimiento inmediato por parte de arqueólogos. Sin embargo, dada la poca vistosidad de la arquitectura y la ausencia de entierros humanos, tampoco atrajo la atención de exploradores improvisados.

Los siguientes acontecimientos de relevancia relativos al área de influencia del Gran Pajatén atañen más al campo legal que al área de grandes descubrimientos. El 16 de junio de 1983, durante el segundo gobierno del arquitecto Fernando Belaúnde Terry, el Estado Peruano promulgó la Ley N° 23633 que declaró la ciudadela y fortaleza del Gran Pajatén Patrimonio de la Nación. Esta ley tuvo un antecedente directo en las expediciones cívico-militares de 1965 y 1966, que fueron organizadas durante el primer gobierno y bajo auspicio directo del presidente Belaúnde Terry. La misma ley demandó iniciar las gestiones para declarar al Gran Pajatén “Patrimonio Cultural de la Humanidad”, y sugirió emprender una campaña de promoción turística del sitio tanto a nivel nacional como internacional. Menos de dos meses después, el Estado Peruano promulgó el Decreto Supremo N° 061-83-AU, que creaba el Parque Nacional del Río Abiseo. El parque fue creado con la finalidad de establecer un santuario para las especies vegetales y animales de esta parte de la cordillera andina (incluyendo al mono choro de cola amarilla), proteger una parte importante de los suelos y el agua de la cuenca alta de los ríos Huallaga y Mayo, y preservar el entorno de una serie de sitios arqueológicos importantes. Estas dos acciones legales ofrecieron un estímulo importante para el desarrollo de investigaciones científicas en la zona, que no tardarían en llegar.

## **2. Etapa de intensificación de las investigaciones arqueológicas**

El año de 1985 marcó un punto de quiebre en la historia de investigaciones arqueológicas en el área de influencia del Gran Pajatén, ahora Parque Nacional Río Abiseo. La Universidad de Colorado en Boulder se interesó en el parque, y estableció convenios con cuatro instituciones peruanas (Instituto Nacional de Cultura, Ministerio de Agricultura, Universidad Nacional Agraria La Molina y Universidad Nacional de Trujillo) para desarrollar en él un proyecto de investigación multidisciplinario de cinco años de duración. El denominado “Proyecto de Investigación Parque Nacional del Río Abiseo” (PIP NRA) fue concebido como un estudio integral de los recursos naturales y culturales del parque, y se fijó como meta inicial desarrollar una identificación y catalogación de los recursos más importantes para poder definir las políticas más apropiadas para su conservación (Lennon et al 1986: 11). El proyecto buscó asimismo establecer procedimientos para desarrollar una adecuada gestión del parque. Estos procedimientos incluyeron, entre otras cosas, la organización de un programa de educación rural y de una escuela de guarda parques (Lennon et al 1986: 4).

El Proyecto binacional contó con dos ramas de investigación que se ejecutaron paralelamente: una centrada en los recursos culturales y otra en los recursos naturales. En tanto que el Dr. Thomas J. Lennon fue el director general del proyecto, el Licenciado Miguel Cornejo García, de la Universidad Nacional de Trujillo, fue el co-director del programa de recursos culturales. En este último programa destacó también el entonces estudiante de arqueología Warren B. Church, quien estuvo asociado al proyecto desde sus primeros días y quien a la postre se convirtió en el arqueólogo que mayor participación ha tenido en la investigación de los recursos culturales del parque. Como dato anecdótico, en el programa de recursos culturales también destacó el biólogo Ken Young quien, a pesar de estar asociado al programa de recursos naturales, se convirtió en descubridor involuntario de numerosos sitios arqueológicos en sus constantes rondas de reconocimiento de especies vegetales (Church 1988: 74, 1997: 235; Lennon et al 1987: 6).

El programa de recursos culturales del PIP NRA se fijó, desde un inicio, cuatro objetivos básicos de investigación: a) desarrollar un inventario de sitios, b) reconstruir la secuencia de ocupación humana, c) entender las estrategias de adaptación humana al medio ambiente, y d) descubrir las relaciones que tuvieron los habitantes de la localidad con otras culturas andinas y amazónicas (Church 1988: 2, Lennon et al 1989a: 43). El año de 1985 fue un tiempo de intensa actividad para los miembros del

programa de recursos culturales. Durante la temporada de campo de ese año, que se extendió de junio a agosto, se exploró la margen Norte del río Montecristo, descubriéndose dos sitios nuevos (El Encanto y Cerro Central). Se seleccionaron cinco sitios conocidos para investigaciones intensivas, desarrollándose excavaciones en cuatro de ellos (Los Paredones, La Playa, Las Papayas y Gran Pajatén). También se levantaron planos parciales de tres sitios (La Playa, Las Papayas y Los Pinchudos). Finalmente, como dato absolutamente resaltante, se tomaron las primeras muestras para desarrollar fechados radiocarbónicos de varios sitios (Lennon et al 1986).

El sitio Los Paredones fue el único investigado dentro del ecosistema de "Pajonal de Puna". Como bien lo advierten los investigadores (Lennon et al 1986: 30), este sitio, ubicado en un punto sumamente visible próximo a una ruta natural de comunicación, habría sido conocido por pastores y viajeros desde tiempos inmemoriales. De hecho, el sitio fue aparentemente inspeccionado por el biólogo alemán Augusto Weberbauer en 1919, cuando buscó establecer una conexión por tierra entre Patáz y la antigua misión colonial de Jesús de Pajatén (Weberbauer 2002[1920]: 30). Si bien la arquitectura del sitio (tres estructuras rectangulares, dos de las cuales presentan nichos trapezoidales) delata la presencia Inca, el escaso material cerámico recuperado en dos excavaciones restringidas no pudo corroborar esta afiliación cultural (Lennon et al 1986: 34, 1989a: 48).

El sitio "La Playa" fue uno de los cuatro del ecosistema de "Bosque Húmedo Montano" intensamente investigados. Se elaboró un plano parcial del sitio, en el que se registraron 16 de las 25 estructuras inicialmente reconocidas por Deza Rivasplata (1975-76: 46). Se seleccionaron para excavación tres estructuras circulares que, por su distinta configuración, podrían haber desempeñado diferentes funciones. Los resultados más interesantes se obtuvieron en el Edificio 14, que es el único dotado de cornisa y escalinatas de acceso. Una excavación en área de 21.5 m<sup>2</sup> al interior de la estructura permitió descubrir una serie de rasgos arquitectónicos hasta entonces desconocidos en los edificios circulares del río Montecristo.

Se descubrió que el Edificio 14 contenía un muro interior recto que aislaba la parte posterior de la estructura. Frente a éste, en una posición relativamente central dentro del edificio, se detectó una pequeña plataforma cuadrangular de piedra de 35 cms de altura. Esta plataforma fue tentativamente interpretada como un altar (Church 1988: 70, Lennon et al 1989a: 50). Finalmente, inmediatamente frente al posible altar se detectó un fogón de 70 x 70 cm de área delineado por piedras. La abundancia de

cerámica “Inca Derivado” e “Inca Imperial”, y el hallazgo de un artefacto de hierro apoyado directamente sobre la base del altar (que posiblemente corresponde al fragmento de herradura de caballo), llevó a los investigadores a concluir que el sitio sería muy tardío, posiblemente datando de fechas posteriores a 1532 (Church 1988: 70-71, 1997: 233; Lennon et al 1989a: 50-51). Como dato anecdótico, la muestra de 1,384 fragmentos de cerámica recuperada del Edificio 14 no incluyó, ésta vez, ningún tiesto Chimú (Church 1988: 70).

El equipo binacional reconoció el sitio de Las Papayas durante 5 días del mes de julio. Se elaboró un plano parcial del sitio, en el que se registraron 18 estructuras y algunos muros de contención de las terrazas de soporte. También se desarrollaron excavaciones restringidas en dos edificios circulares (Edificios 1 y 2) (Lennon et al 1986: 39). En el Edificio 1, las excavaciones corroboraron la presencia de un muro recto al interior del recinto, similar al del Edificio 14 de La Playa. El Edificio 2, por otro lado, se distinguió por presentar dos nichos trapezoidales en sus paredes (Lennon et al 1989a: 51). Si bien este rasgo es comúnmente asociado a la presencia Inca, un análisis posterior de los 161 fragmentos de cerámica recuperados en las excavaciones demostró la ausencia de influencias cuzqueñas en el sitio (Church 1997: 234). Un fechado radiocarbónico procesado del interior del Edificio 2 ofreció un rango calibrado (1 sigma) de 1300-1426 d.C., demostrando una ocupación anterior a la expansión Inca en la sierra Norte (ibidem).

Seis días del mes de julio fueron dedicados a la investigación del conjunto funerario de “Los Pinchudos”. Se reconocieron dos conjuntos de cámaras funerarias: el principal, ubicado en una cornisa alta, y uno menor ubicado al pie del acantilado. Se elaboró un plano del conjunto principal y se recogió una muestra de cerámica de superficie y restos de textiles del interior de la cámara decorada con ídolos de madera (Edificio 5) (Lennon et al 1986: 41). También se realizó un estudio in situ del material óseo humano. Se desestimó la recolección de huesos humanos por no contar con medios seguros para garantizar la integridad de las muestras durante el transporte a Pataz (Lennon et al 1986: 95). No se realizaron excavaciones en el sitio.

El sitio arqueológico que, indudablemente, concentró los esfuerzos de investigación del Proyecto Río Abiseo durante la temporada 1985 fue el Gran Pajatén. La excavación del sitio fue confiada al joven arqueólogo Warren Church, quien trabajó en el campo durante 24 días. El objetivo principal de la investigación fue elaborar una secuencia de ocupación para el sitio a partir de excavaciones verticales en edificios

selectos (Church 1988: 80-81). Los edificios seleccionados para excavación fueron dos de los más profusamente decorados: el Edificio 1 y el Edificio 2. En el Edificio 1, se ubicó inicialmente una trinchera en “L” (5 x 7 metros) para sondear tanto el centro como los lados de la estructura. Contando una serie de ampliaciones posteriores, la excavación llegó a abarcar 16 m<sup>2</sup> (Lennon et al 1986: 44). La estrategia original de excavación del Edificio 2, por otro lado, consideró simplemente completar la trinchera discontinua que Wurster había abierto en 1966 cruzando el centro de la estructura. La aparición de una serie de rasgos arquitectónicos interesantes cercanos a la superficie obligó a no profundizar más la excavación y a ampliar el área de exposición hasta 19 m<sup>2</sup> (Lennon et al 1986: 50).

Por limitaciones de tiempo, la excavación del Edificio 1 no se extendió más de 60 cms de profundidad, quedando pendiente su continuación (Lennon et al 1986: 45). La excavación del Edificio 2, por otro lado, si se dio por completada en 1985. Como dato interesante, se detectaron muchos paralelos interesantes entre esta estructura y el Edificio 14 de La Playa. Se descubrió que el Edificio 2 contó con un muro recto que aisló parte del espacio interior de la estructura (Lennon 1986: 51). Frente a este muro, se ubicó una gran piedra central de características singulares, que ya había sido descrita por Bonavía (1968: 26) y Wurster (1968:180). Finalmente, frente a este elemento central, exactamente en el mismo lugar que le correspondía al fogón del Edificio 14, se registró un curioso alineamiento de piedras formando una “U” (Church 1988: 80) (Fig. 15). Se observaron también coincidencias entre los tipos de artefactos recuperados en ambas edificaciones (morteros de piedras, cabezas de hacha, discos de piedra pulidos, artefactos de metal) (Lennon et al 1986: 53). Todas estas coincidencias sugerían que ambas estructuras tuvieron una función equivalente, posiblemente de naturaleza ceremonial (Church 1988: 81, Lennon et al 1986: 53).

Para el año 1986, los miembros del PIPNRA planificaron una intensa agenda de actividades dentro del programa cultural. Sin embargo, debido a atrasos en la obtención de permisos, sólo pudieron ejecutar una pequeña parte de las actividades programadas. El trabajo de campo tuvo una duración aproximada de un mes, y se limitó a continuar con el reconocimiento del conjunto principal de “Los Pinchudos”, a desarrollar una rápida prospección de los valles de puna próximos al valle del río Montecristo (valle de Los Chochos, Chirimachay y Manachaqui), y a completar las excavaciones en el Edificio 1 del Gran Pajatén.

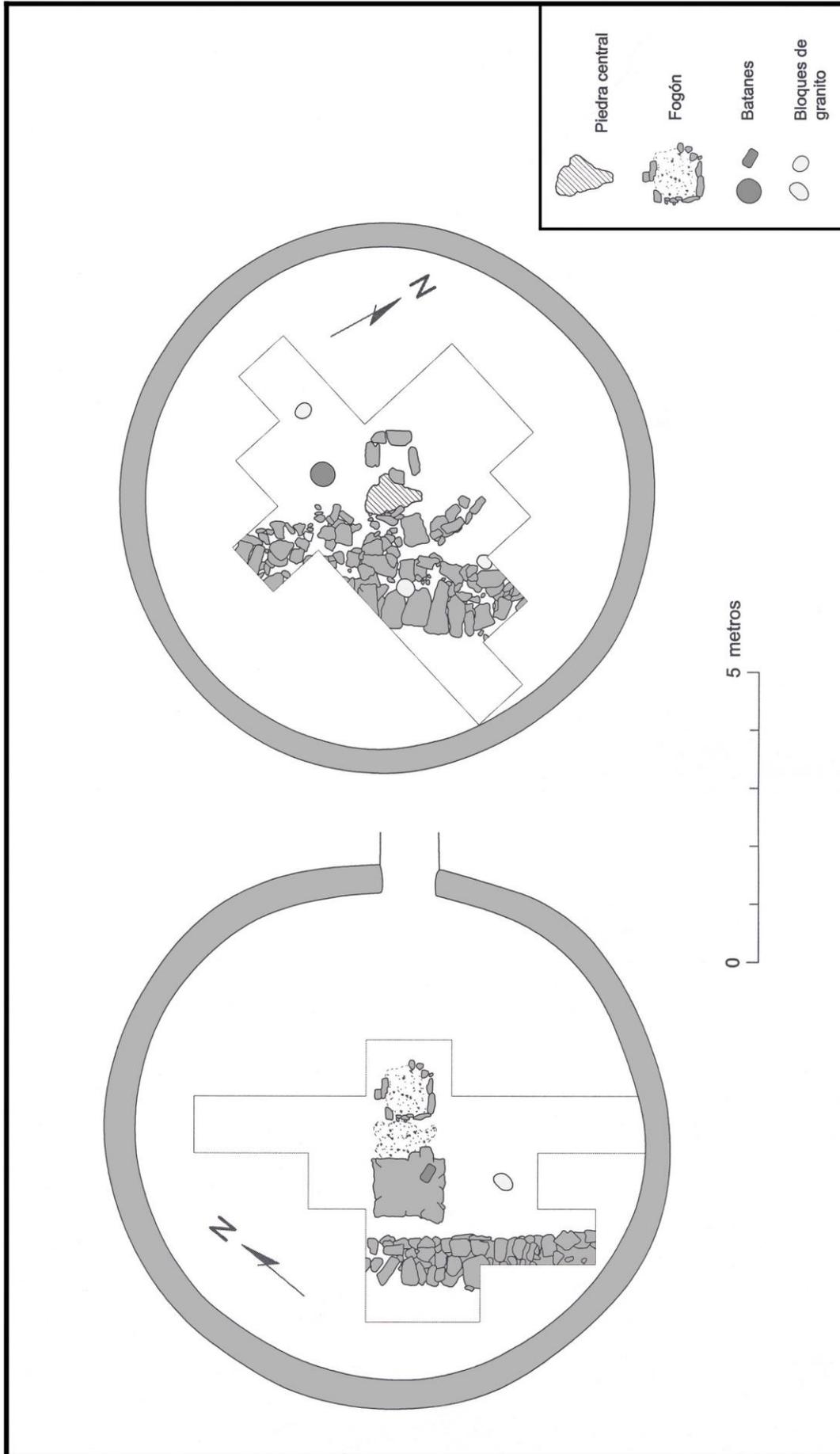


Figura 15. Comparación de las plantas internas del Edificio 14 de La Playa (izquierda) y del Edificio 2 del Gran Pajatén (derecha).  
 Dibujado de Church 1997, Fig. 9, y Lennon, Cornejo y Church 1986: 77.

En el sitio de “Los Pinchudos”, el equipo de investigación observó señas de un severo daño, debido a temblores y saqueos, ocurrido en algún momento posterior al final de la temporada pasada. Decidieron, entonces, intensificar el registro de las estructuras tomando abundantes mediciones y fotografías. También continuaron con el recojo de muestras superficiales de cerámica, textiles y otros materiales, notando la predominancia de material “Inca Imperial” y “Chimú-Inca” entre los restos de alfarería (Church 1988: 73, Lennon et al 1987: 8). Se tomaron muestras de madera de los techos derruidos y quemados de los Edificios 1 y 2 para obtener fechados radiocarbónicos (Lennon et al 1987: 7). Uno de estos fechados arrojó un rango calibrado (1 sigma) de 1515 a 1654 d.C., que corresponde a tiempos de la expansión Inca y posteriores (Church 1997: 236).

Como dato novedoso, los miembros de la Universidad de Colorado tomaron las primeras medidas inmediatas para garantizar la preservación de estas ruinas. Formaron un grupo consultor, constituido por científicos y administradores nacionales y extranjeros, para que propusieran ideas acerca de la mejor manera de desarrollar la gestión de los recursos culturales y naturales del parque (Lennon et al 1987: 6). Después de realizar una visita a Los Pinchudos, el grupo consultor recomendó cerrar definitivamente el acceso al sitio hasta que no se estabilicen las estructuras y se cuente con un plan de manejo de recursos culturales (Lennon et al 1987: 8). Tendrían que pasar, sin embargo, 14 años para que estas recomendaciones fueran atendidas.

El tiempo dedicado al reconocimiento de sitios en las alturas del páramo altoandino fue muy corto, limitándose a no más de tres días. Dos equipos de prospección actuando simultáneamente ubicaron once sitios en el valle de Los Chochos y cuatro en los valles de Chirimachay y Manachaqui (Lennon et al 1987: 6). Entre éstos últimos destacan los sitios de Cueva Negra y Cueva Manachaqui. Los resultados de esta corta prospección, sin embargo, sirvieron para planificar las actividades de una temporada de excavación futura.

Durante la temporada de campo de 1986, las excavaciones en el Gran Pajatén concitaron, una vez más, la mayor atención. A lo largo de 27 días, Warren Church tuvo la oportunidad de culminar sus excavaciones en el Edificio 1, abriendo unas pocas unidades nuevas al interior y exterior de la estructura, y profundizando 10 de las interiores hasta el estrato estéril. Church presentó los resultados de sus excavaciones estratigráficas en el Edificio 1 en su tesis de maestría (1988). Su mayor logro radica en haber encontrado evidencias de una antigua fase de ocupación en las capas más

profundas de la estructura. Esta fase, denominada por Church "Montecristo", estuvo representada por dos componentes cerámicos, uno abarcando vasijas burdas y, otro, vasijas de pasta muy fina. Estas vasijas son distintas a las de los estilos "Abiseo" e "Inca Derivado" identificados por Bonavía (1968), si bien la presencia de algunos atributos compartidos entre las vasijas de los alfares burdos evidencian continuidad cultural (Church 1988: 265, Lennon et al 1989a: 53). En lo que respecta a la cerámica fina de la Fase Montecristo, son comunes las vasijas importadas de caolín, que Church (1988: 201, 272) pensó estuvieron emparentadas con las tradiciones Recuay y Cajamarca Inicial y Temprano de la sierra norte peruana. Años más tarde, en su tesis doctoral, Church (1996: 494) desestimó la existencia de influencias cajamarquinas. Church también registró unas pocas vasijas de superficies anaranjadas y rojas, que aparentemente corresponden a los tipos "B" y "C" que Bonavía (1968) identificó en sus excavaciones (Church 1988: 186, 1997: 16).

Desafortunadamente, Church nunca pudo ubicar un piso de ocupación correspondiente a la Fase Montecristo al interior del Edificio N° 1. En un principio, pensó que las capas que contenían material de esta fase se habrían acumulado al interior de la estructura a lo largo de varios años de uso. Incluso llegó a postular que la plataforma basal del Edificio 1, que está decorada con figuras humanas, habría sido construida en una época más antigua que la parte superior, que está decorada con grecas (Church 1988: 160). Sin embargo, en artículos posteriores reconoció que todas estas capas eran material de relleno que habría sido traído de otra parte, y que la plataforma y estructura superior del Edificio 1 fueron construidas en un mismo momento (Church 1991: 14-15, 1997: 238). Church también procesó cuatro fechados radiocarbónicos a partir de material suelto encontrado al interior de las capas de relleno inferiores. Los intervalos calibrados de estos cuatro fechados oscilaron entre el 400 a.C a 100 d.C (Church 1988: 278). Desafortunadamente, este intervalo tan temprano no coincidió con la antigüedad conocida de los estilos de cerámica fina que formaban parte del componente Montecristo, dando lugar a mucha confusión. En publicaciones posteriores, Church (1991, 1997) intentó resolver este impasse adaptando los resultados de estos fechados a un intervalo más "comodo" (200 a.C. a 400 d.C. en 1991, 200 a.C. a 700 d.C. en 1996 y 1997), y ofreciendo una nueva interpretación para la cultura material de la ocupación inicial del Gran Pajatén (una mezcla de estilos correspondientes a distintas épocas) (Church 1997: 13).

Después de un cese de actividades durante el año 1987, el equipo de arqueólogos de la Universidad de Colorado volvió al Parque Nacional Río Abiseo a

inicios de 1988 para desarrollar su tercera temporada de campo. En esta ocasión, el arqueólogo Segundo Vásquez Sánchez, de la Universidad Nacional de Trujillo, fungió como co-director peruano del programa de recursos culturales. En esta nueva experiencia de trabajo, los miembros del PIPNRA decidieron apartarse de los sitios del Bosque Húmedo Montano, y centrar su atención en una serie de sitios menores ubicados a lo largo de un camino prehispánico que recorre los valles altoandinos de Chirimachay y Manachaqui (Lennon et al 1989a: 46). Estos valles son ruta obligada de todo aquél que desea alcanzar el río Montecristo desde el occidente. El objetivo principal de la campaña fue elaborar una cronología de la ocupación prehispánica en la zona de puna (Lennon et al 1989b: 5).

El equipo reconoció 11 sitios en el valle de Manachaqui y 8 en el valle de Chirimachay (Lennon et al 1989b: 9). Los sitios del valle de Manachaqui estuvieron representados por 7 abrigos, dos bases de puentes asociadas al camino, un pequeño cuarto de piedras, y un hallazgo aislado. Los sitios del valle de Chirimachay estuvieron representados por dos conjuntos arquitectónicos, cinco abrigos y un cuarto de piedra aislado (Lennon et al 1989b). Los abrigos, tan comunes en esta zona, son oquedades presentes bajo grandes peñas que rodaron desde las partes más altas de las montañas cercanas cuando se dieron los deshielos masivos del final del Pleistoceno (Church 1997: 216).

El equipo desarrolló excavaciones restringidas en cinco sitios del valle de Manachaqui y en seis del valle de Chirimachay. Las excavaciones más exitosas fueron, sin lugar a dudas, las desarrolladas en la Cueva Manachaqui. El equipo de investigación emplazó una trinchera de 6 x 1 metros en el interior del abrigo, y un cateo de 2 x 1 metros en su talud Norte. La excavación alcanzó la roca madre a un máximo de 2.10 metros de profundidad, descubriendo una secuencia de ocupación sumamente larga que se extiende desde el Período Paleoindio (ca. 10,500 a.C.) hasta el tiempo de la ocupación Inca (1470-1532 d.C.) (Church 1997: 240, Lennon et al 1989b:19, 27). En esta secuencia, las ocupaciones cerámicas están representadas por una impresionante densidad de tiestos, que alcanzó las 12, 305 piezas (Lennon et al 1989b: 67). Ocupaciones similares, si bien mucho menos densas, se detectaron en otros sitios excavados. Las investigaciones desarrolladas en los valles de Chirimachay y Manachaqui demostraron que estos parajes aparentemente desolados soportaron una presencia humana constante desde tiempos muy antiguos. El camino prehispánico que une estos sitios habría constituido una ruta activa de comunicación por lo menos desde el año 800 a.C. (Lennon et al 1989a: 54).

A pesar de las expectativas generadas por estos hallazgos, el equipo de arqueólogos de la Universidad de Colorado no retornó al Parque Nacional Río Abiseo después del año 1988. Este dramático vacío se vio prontamente compensado por una nueva expedición arqueológica. En el año 1989, Federico Kauffmann Doig organizó la Expedición Antisuyo/89, a través de la cual buscó cumplir su viejo anhelo de desarrollar una investigación concienzuda del conjunto funerario de Los Pinchudos. Contando con la presencia del arquitecto Roberto Samanez Argumedo, quien lideró un grupo de topógrafos cuzqueños, la misión asumió el objetivo de elaborar un registro arquitectónico detallado y completo del sitio (Kauffmann 2000: 89). Se elaboraron elevaciones, secciones, cortes, perfiles y plantas de las estructuras, y se presentó, por primera vez, un plano del conjunto “Los Pinchudos Bajo”, que consta de sólo dos cámaras (Kauffmann 2000, 2009: 146). Se compuso, también, la primera perspectiva del conjunto “Los Pinchudos Alto”, y se desarrollaron numerosos dibujos en detalle de las esculturas de madera que decoran su cámara principal. Kauffmann y su equipo elaboraron, en esencia, el registro arquitectónico más completo que se halla desarrollado de cualquier sitio de la cuenca del río Montecristo y adyacentes.

En el año 1990, Warren Church retornó al área del Parque Nacional Río Abiseo, ahora como estudiante de la escuela de graduados del Programa de Antropología de la Universidad de Yale. Intrigado por la densidad de restos culturales hallados al interior de la Cueva Manachaqui, decidió continuar con las excavaciones en el lugar, y así refinar la secuencia ocupacional del sitio para eventualmente definir una secuencia maestra para toda la región. Church excavó en Cueva Manachaqui durante 38 días (25 de septiembre al 4 de noviembre de 1990) sumando 29 unidades de excavación a las 8 que los miembros del Proyecto de Investigación Río Abiseo ya habían abierto en el sitio (Church 1996: 234). Al final, Church recuperó poco más de 60,000 fragmentos de cerámica, numerosos artefactos líticos, y definió una secuencia ocupacional de extraordinaria profundidad en el tiempo. Church también procesó numerosos fechados radiocarbónicos a partir de muestras de carbón recogidas de fogones y superficies de ocupación del abrigo, que ofrecieron límites temporales precisos a las fases definidas. Los resultados de sus excavaciones, especialmente en lo que concierne a las cuatro primeras fases cerámicas de su secuencia, fueron publicados por Church en su tesis doctoral de 1996.

Como enfoque teórico de su tesis, Church (1996) buscó contrastar la teoría que sugería que la ocupación prehispánica del área del Río Montecristo fue resultado de una migración tardía de gente de la sierra occidental propiciada por administradores

Incas, originalmente propuesta por Bonavía (1968:74, ver también Bonavía y Ravines 1967:67). Decidió indagar la posibilidad de que esta ocupación fuera producto de un desarrollo autóctono gestado a lo largo de varios siglos. Church aprovechó también la oportunidad para resolver dos preguntas de investigación que el equipo de especialistas del PIPNRA se había trazado desde el inicio de su intervención en el Parque Nacional: a) descubrir la antigüedad de la ocupación humana en la región, y b) descubrir los contactos y relaciones que los habitantes de la localidad tuvieron con otras culturas andinas y amazónicas.

Absolutamente notable dentro de la muestra cerámica recuperada por Church, fueron las vasijas asignadas a la Fase Manachaqui, que corresponde al período inicial de uso de la cerámica en los Andes Centrales (ca 1,500-800 a.C.). No sólo es sorprendente la densidad de capas asignables a esta fase, sino también la abundancia del material cerámico encontrado. Por ejemplo, el 53.7% del total de tiestos diagnósticos rendidos por las excavaciones corresponden a esta ocupación (Church 1996: 285). La cerámica local de la Fase Manachaqui muestra un estilo maduro e internamente consistente, que abarca vasijas pequeñas con cuerpos carenados y decoración ejecutada mediante la técnica del pastillaje. Curiosamente, los paralelos estilísticos más cercanos se dan con las culturas ecuatorianas de Valdivia y Machalilla, si bien la mayoría de atributos de diseño es compartida con culturas del centro y oriente de Cajamarca (Church 1996: 352). Esta evidencia fue utilizada por Church para proponer la existencia de una “Esfera de Interacción de los Andes Orientales”, que abarcó a varias culturas del nororiente peruano y Sur de Ecuador que buscaron intercambiar productos e información (Church 1996:565). La invención de la cerámica en el área del Río Abiseo fue resultado de un proceso singular, en el que los ceramistas locales dotaron intencionalmente sus productos con características estilísticas foráneas para facilitar la comunicación e intercambio con sociedades norteñas (Church 1996:590). La Cueva Manachaqui, que durante la fase precedente había sido usada como lugar provisional de habitación por agricultores incipientes, empezó a ser utilizada como estación de descanso por viajeros durante la Fase Manachaqui (Church 1996:517, 526). La cueva mantendría esta función por el resto de su secuencia de ocupación.

La cerámica local de las fases cerámicas subsiguientes (Suitacocha [800-500 a.C.], Colpar [200 a.C.-200 d.C.] y Empedrada [200-700 d.C.]) muestra una notable continuidad estilística y tecnológica respecto a los cánones establecidos durante la Fase Manachaqui. Para Church (1996: 551) esta evidencia descarta categóricamente

la teoría de la migración tardía de habitantes desde el Oeste. Durante la Fase Suitacocha se habría fortalecido la “Esfera de Interacción de los Andes Orientales”, estableciéndose nexos muy cercanos con la cultura Chorrera del Ecuador (Church 1996: 406). Es más, algunas vasijas exóticas encontradas en la cueva podrían ser piezas traídas directamente de la costa ecuatoriana, lo que representaría la primera evidencia de importaciones este tipo en los Andes Centrales (Church 1996: 573). La aparentemente breve Fase Colpar, habría seguido al colapso de otra gran esfera de interacción, ésta vez centrada alrededor del sitio ancashino de Chavín de Huantar. Este colapso habría determinado el cese de contactos a larga distancia. Las culturas locales de la Fase Colpar se habrían limitado a intercambiar productos con sus vecinos del flanco oriental de la cordillera Andina (Church 1996: 577). Finalmente, la Fase Empedrada evidencia un resurgimiento de los contactos interregionales, que fueron dirigidos ésta vez de forma exclusiva hacia el Oeste. La cerámica local e importada de Cueva Manachaqui evidencia gran afinidad con el estilo Recuay del área de Pashash (Church 1996: 482, 580). Durante este tiempo, el Gran Pajatén habría fungido como una “Comunidad Portal” que medió el intercambio entre sociedades amazónicas y de la serranía occidental. Esta actividad habría traído gran prosperidad a sus ocupantes (Church 1996: 606).

La investigación desarrollada por Church en Cueva Manachaqui es posiblemente la que mayor impacto ha tenido en el desarrollo de la arqueología de la zona del Río Abiseo. Son especialmente resaltantes cuatro aportes. Primero, el haber develado la notable antigüedad de la ocupación humana en la zona, y el haber demostrado que el área del Río Abiseo fue foco de desarrollos culturales singulares. Segundo, el haber demostrado la existencia de una esfera de interacción cultural muy temprana que unió distintas sociedades ubicadas a lo largo del flanco oriental de la cordillera andina. Esta interacción fue estímulo para el desarrollo cultural, y habría tenido mayor trascendencia en la evolución de sociedades complejas centro andinas que contactos similares establecidos a lo largo de la costa sudamericana (Church 1996: 568). En tercer lugar, y como Church mismo lo indica (1996: 612), su investigación demuestra el rol substancial que jugaron las culturas ecuatorianas en el desarrollo de las civilizaciones de los Andes Centrales. Finalmente, y representando un aspecto revelador, la investigación de Church prueba que un sitio aparentemente intrascendente como un pequeño abrigo rocoso de sólo 13 m<sup>2</sup> área puede contener información arqueológica sumamente valiosa. De la experiencia de investigación de Church obtenemos la importante lección que todo sitio arqueológico, no importa que tan pequeño sea, merece ser preservado.

El año de 1990 fue testigo de otra intervención de magnitud en un sitio importante del área del río Montecristo, pero que desafortunadamente no tuvo el impacto científico de la investigación desarrollada por Church. El fotógrafo Jorge León Linares concitó el interés de la Fuerza Aérea del Perú para desarrollar una nueva expedición al Gran Pajatén, que para entonces ya había recuperado su cubierta de bosque tropical. La llamada “Tercera Expedición Cívico-Militar” llegó al sitio a fines de julio en helicóptero y procedió a talar el bosque que cubría la cima del cerro (Ravines 2002: 128). Esta acción, que expuso nuevamente las estructuras arqueológicas a las inclemencias del clima, no se vio compensada con el desarrollo de nuevas investigaciones científicas. Los objetivos de esta intervención fueron meramente periodísticos, dando como principal resultado una exposición fotográfica (Church 1999: 22, Ravines 2002: 130).

### **3. Preocupación por la conservación y auge de las investigaciones en las zonas de amortiguamiento**

Al margen de lo cuestionables que podrían ser consideradas las acciones desplegadas por la “Tercera Expedición Cívico-Militar”, éstas tuvieron un resultado positivo, pues sirvieron para despertar un nuevo interés en la conservación de los sitios arqueológicos del PNRA. Este interés sería la tendencia predominante durante la década siguiente, especialmente después de que la UNESCO nominara al parque “Patrimonio Natural de la Humanidad” en el año 1990. En 1991, la Dirección Regional de Cultura de La Libertad, bajo la dirección de la Lic. Ana María Hoyle Montalva, envió a un especialista al parque (el arqueólogo Jesús Briceño) para que hiciera una evaluación del estado en el que se encontraban sus recursos culturales (Church 1999: 23). Briceño reportó las precarias condiciones de conservación de las ruinas del Gran Pajatén (ibidem). Sólo un año más tarde de esta inspección, la UNESCO extendió la categoría de Patrimonio de la Humanidad a los sitios arqueológicos del Alto Montecristo. Esta nominación representó un aliciente para apresurar la implementación de medidas de protección para los sitios en peligro.

En 1996, Briceño repitió su visita de inspección al los sitios arqueológicos del parque, haciéndola extensiva al conjunto de Los Pinchudos. Briceño constató el notable estado de deterioro que evidenciaba este conjunto, en especial la chullpa 5, que estaba en riesgo inminente de caer al abismo. El reporte de Briceño sirvió para que en mayo de 1997 el Instituto Nacional de Cultura declarara en emergencia al

santuario funerario Los Pinchudos (APECO 2001: 29). Sólo un año más tarde, el Fondo Nacional para Áreas Naturales Protegidas por el Estado (PROFONANPE) convocó un concurso de méritos para contratar los servicios de una institución que se encargara de desarrollar un diagnóstico situacional para elaborar un plan de uso público para el sector occidental del PNRA y sus zonas de influencia. El concurso fue ganado por la Asociación Peruana para la Conservación de la Naturaleza (APECO), que procedió a contratar a un panel de expertos que pudiera preparar una propuesta consistente. Entre estos expertos figuraban Warren Church y el conservador Ricardo Morales Gamarra.

En 1998, los expertos contratados por APECO hicieron nuevas inspecciones oculares a los sitios del PNRA. Ellos concluyeron que los sitios arqueológicos del Bosque Húmedo Montano del PNRA se encontraban en un “estado de conservación deficiente, en niveles de emergencia generalizada, y crítico para el caso específico de Los Pinchudos” (APECO 2001: 156). En un anexo del documento final que fue preparado por APECO, Ricardo Morales incluyó un proyecto completo de conservación de emergencia para ser implementado en el complejo funerario de Los Pinchudos. Este proyecto fue presentado al año siguiente, por cuenta y riesgo de este investigador, a distintas organizaciones extranjeras dedicadas a financiar proyectos de conservación de bienes culturales monumentales. La propuesta de Morales concitó el interés de la “World Monuments Fund”, la “American Express Company” y la “National Geographic Society”, que finalmente otorgaron los fondos necesarios para la ejecución del proyecto de emergencia (Morales 2002: 92).

En el año 2000, Morales convocó un grupo de especialistas, que incluyó arqueólogos, artistas, conservadores, arquitectos e inclusive carpinteros, para poner en marcha el “Proyecto de Emergencia Los Pinchudos”. El equipo desarrolló sus trabajos de campo entre agosto y septiembre de ese año (Morales et al 2002: 7). Las labores de conservación fueron precedidas por una etapa de excavación dirigida por los arqueólogos trujillanos Luis Valle y Luis Coronado. Uno de los logros más importantes de estos excavadores fue el haber obtenido evidencia concreta que confirma que la construcción del complejo se dio de manera secuencial, posiblemente a lo largo de varias décadas. Esta evidencia está representada por la disposición de las chullpas 2 y 4, que tapan parcialmente la decoración mural externa de las chullpas 1 y 5 y, de manera más contundente, por el hallazgo de los restos de una antigua cámara funeraria enterrada bajo los cimientos de la chullpa 7 (Morales et al 2002: 7 y 11).

El equipo de conservadores liderado por Morales desarrolló un tratamiento de conservación integral del conjunto. Este trabajo tuvo cuatro componentes: a) recuperación y consolidación de estructuras, b) limpieza y fijación de enlucidos y capas de pintura, c) protección de esculturas de madera, y d) restricción del acceso del público mediante la instalación de una reja de madera. Tal vez el componente que demandó una mayor cantidad de tiempo y esfuerzo fue el de recuperación de la estabilidad de las estructuras. Esta actividad implicó el sellado de grietas, el tratamiento de cabeceras de muros expuestas, el apuntalamiento de pisos, el reemplazo de piezas faltantes en basamentos, y la anastilosis. Este último procedimiento demandó reponer en su lugar piedras de los muros que yacían caídas al pie de las estructuras usando como guía fotografías antiguas de las chullpas. En algunos casos, la anastilosis implicó también el retiro de materiales constructivos dañados, para luego retornarlos a su posición original después de un tratamiento de consolidación con resinas epóxicas y acrílicas (Morales et al 2002: 39). La estructura que demandó la mayor atención de los conservadores fue la chullpa 5, que es la única decorada con esculturas colgantes de madera. Gran parte del muro que bordea la entrada de la estructura se había desprendido y estaba en peligro de colapso. Los conservadores procedieron a desmontar la sección dañada del muro, y a reintegrarla con sus mismos bloques constructivos y en su posición original. Al concluir su esforzada tarea en el sitio, el equipo liderado por Ricardo Morales pudo jactarse de haber desarrollado la “primera intervención conservacionista metodológicamente interdisciplinaria que se ejecuta en el recurso cultural del Parque Nacional Río Abiseo” (Morales et al 2002: 40). Es justo añadir también que esta intervención es la única de su tipo que se ha implementado en cualquier sitio arqueológico del PNRA y de su entorno inmediato.

Después de la valiosa intervención de Morales en el sitio de Los Pinchudos siguió una etapa de relativa calma en las actividades arqueológicas dentro del parque. En los años siguientes, la atención de los investigadores se mudó a las comarcas aledañas al PNRA. La primera década del nuevo milenio trajo consigo un interés por profundizar nuestro conocimiento acerca de la ocupación prehispánica en las zonas de amortiguamiento oriental y occidental del parque. El medio seleccionado para ampliar este conocimiento consistió en la prospección y reconocimiento de superficie de sitios arqueológicos.

A partir del año 2003, el Programa Qhapac Ñan integró la sierra oriental de La Libertad dentro de su campo de acción. Este programa de investigación, que

actualmente tiene carácter multinacional, surgió en el año 2001 con el objetivo de registrar, conservar y poner en valor la red de caminos existente durante el Imperio Incaico (INC 2009: 1). Los arqueólogos que participan en este proyecto vienen desarrollando recorridos pedestres de distintos tramos del camino Inca (o *Qhapaq Ñan*) registrado detalladamente la disposición de la calzada principal y los sitios asociados a ella. Durante los años 2003 a 2005, personal del referido programa prospectó el camino principal y ramales secundarios que recorren la zona de amortiguamiento occidental del PNRA, identificando 23 sitios arqueológicos a lo largo de su curso (INC 2006, 2008).

Al tiempo que transcurría el año inicial de estos recorridos, Liz Saavedra Reyes, estudiante de la Universidad Nacional de Trujillo y alumna del profesor Miguel Cornejo García, realizó un estudio paralelo de los principales sitios arqueológicos ubicados al Oeste del PNRA. El objetivo de su investigación fue entender las estrategias de adaptación territorial de la Cultura Chachapoya en el sector occidental del parque (Saavedra Reyes 2003: 1). A esta investigadora le cabe el mérito de haber desarrollado descripciones detalladas y elaborado planos arquitectónicos de tres grandes sitios monumentales que hasta entonces eran poco conocidos (Mirador de Alpamachay, Cerro Tamburco y Pueblo Viejo de Condormarca). Ella también es responsable de haber difundido la existencia de una serie de mausoleos Chachapoya ubicados en la región de Condormarca que sorprenden por su similitud con el complejo funerario de Los Pinchudos.

Paralelamente a las actividades realizadas en el sector occidental, personal de la Dirección Regional de Cultura de San Martín inició su reconocimiento de sitios arqueológicos ubicados en la zona de amortiguamiento oriental del parque. En el año 2004, el arqueólogo Fabián García Rojas hizo un reconocimiento inicial del sitio de Ochanache, ubicado en las afueras y en la inmediata proximidad del límite nororiental del parque. Tres años más tarde, este investigador consiguió financiamiento de la Municipalidad Provincial de Mariscal Cáceres para desarrollar las primeras investigaciones en el sitio. Durante cuatro meses de arduo trabajo (noviembre de 2007 a febrero de 2008), García Rojas registró los principales componentes arquitectónicos del asentamiento y excavó parcialmente siete de ellos (García Rojas 2008). Entre sus hallazgos más notables figura un contexto de cuerpos humanos desmembrados enterrados bajo la que podría ser la plaza principal del sitio. No todas las excavaciones desarrolladas por García Rojas reportaron, empero, información tan significativa. Desafortunadamente, el exiguo tamaño y poca representatividad de la muestra

cerámica total recuperada (241 tiestos diagnósticos) impidió establecer juicios concretos sobre cronología y función de estructuras.

Más ambicioso aún que el proyecto de investigación de Ochanache fue la “Expedición Montecristo 2009”, desarrollada también por personal de la Dirección Regional de Cultura de San Martín. Esta expedición, dirigida por el arqueólogo Christian Hidalgo López y comandada en el campo por García Rojas, tuvo como objetivo reconocer un posible camino prehispánico que conectaba el sitio de Ochanache con el Gran Pajatén a lo largo del valle del Montecristo. El proyecto también contempló registrar cualquier resto arqueológico que podría ubicarse a lo largo de esta ruta. La expedición – que además de arqueólogos contó con la presencia de un conservador, un topógrafo, una bióloga y numeroso personal de apoyo – partió el 4 de noviembre de 2009 del centro poblado de Pajatén (ubicado en proximidad de la desembocadura del río Pajatén en el Jelache), adentrándose en la selva. Después de 79 días de dura marcha, los últimos integrantes del equipo fueron rescatados con helicóptero del sector “Las Palmas”, ubicado en la inmediata proximidad del Gran Pajatén (Hidalgo López 2010, comunicación personal).

En términos estrictos, los expedicionarios no pudieron alcanzar la meta trazada al no poder llegar al Gran Pajatén. A pesar de esta contrariedad, la expedición no puede dejar de considerarse exitosa pues descubrió una serie de sitios a lo largo del curso del río Montecristo que hasta entonces eran desconocidos para la ciencia (Hidalgo López y García Rojas 2010). Es preciso señalar, sin embargo, que ninguno de los sitios reconocidos se aproxima en dimensiones o monumentalidad a los complejos arqueológicos de la parte alta del valle, como son el Gran Pajatén o Cerro Central. Los sitios más complejos identificados no pasan de ser conjuntos arquitectónicos menores. Sitios mayores podrían ubicarse, empero, sobre la cima de las montañas aledañas, que no fueron reconocidas. Además del nuevo registro de sitios, los expedicionarios lograron detectar también hasta 18 segmentos de un camino prehispánico continuo, 11 de los cuales se circunscriben al espacio físico del valle del Montecristo (Hidalgo López y García Rojas 2010: 40-41).

Con el final de la “Expedición Montecristo 2009” se cierra el capítulo de investigaciones arqueológicas en el área del Parque Nacional del Río Abiseo. Como se ha descrito al inicio de esta sección, este capítulo se abrió 45 años atrás. Las investigaciones arqueológicas en el PNRA no se pueden dar, empero, por concluidas, pues es mucho lo que falta todavía por conocer acerca de las antiguas culturas que

ocuparon la región (ver sección siguiente). Por lo pronto, los arqueólogos de la dependencia del Ministerio de Cultura de San Martín ya están planeando una nueva expedición de reconocimiento en el parque, que esta vez desarrollará un “barrido” del valle de Montecristo partiendo de los sitios mejor conocidos del sector occidental (Hidalgo López 2010, comunicación personal).

## **Evaluación de la Investigación Arqueológica en el PNRA**

Para evaluar los alcances de aproximadamente 45 años de investigaciones arqueológicas en la zona del Parque Nacional del Río Abiseo es imperativo tener en cuenta, ante todo, las grandes dificultades que el clima y el terreno accidentado de la región imponen a las actividades de campo. Una primera gran dificultad está representada por las enormes distancias que es preciso recorrer para alcanzar los sitios del valle de Montecristo. El viaje, que toma todo un día de marcha forzada desde el Puesto de Control de Chigualén, se puede realizar a lomo de mula en el tramo que corresponde a los altos valles de puna (aproximadamente 2/3 partes del recorrido). Dentro de la selva misma, sin embargo, este recorrido se tiene que desarrollar a pie. Las condiciones de la trocha de selva son muy difíciles, debiéndose negociar numerosas charcas de fango, cambios radicales en la inclinación del camino, pendientes muy marcadas, grandes raíces y árboles caídos que dificultan el paso, y una superficie de tránsito muy estrecha, a veces enmarcada por profundos abismos cuando se transita cruzando las laderas de cerros. Trochas de este tipo no sólo consumen las energías de los viandantes, sino que dificultan sobremanera el transporte de equipos de excavación a los sitios intervenidos, el suministro constante de viveres a los grupos de investigación internados en la selva, y el retiro del campo de los materiales excavados (Lennon et al 1986: 21, 95). El factor transporte aumenta, por ende, los costos de los proyectos de investigación arqueológica, afectando significativamente la duración de las temporadas de campo.

El medio ambiente de selva también impone severas restricciones al desarrollo de las investigaciones arqueológicas. El denso crecimiento vegetal hace muy difícil resolver temas de investigación muy básicos, como pueden ser definir la extensión de sitios y su organización interna. Muchas veces es difícil inclusive determinar la extensión de estructuras individuales. Los suelos ácidos de selva tienden a borrar huellas de actividad humana pasada, incluyendo los rasgos y artefactos que las componen. Investigadores que han excavado edificios circulares de los sitios Chachapoya del valle han reportado el fuerte efecto corrosivo que estos suelos ejercen sobre las lajas que conformaron sus pisos (Bonavía 1968: 36, Church 1988: 117, Lennon et al 1986: 35). Los arqueólogos, incapaces de definir superficies de ocupación, no pueden identificar los artefactos que fueron usados sobre ellas, y no pueden esgrimir juicios de función confiables. La acidez de los suelos también afecta a los fragmentos de cerámica, deformándolos y dificultando su identificación estilística

(Church 1988: 191, 233). Los suelos saturados de agua, por otro lado, no permiten una clara visualización de estratos y otras huellas de actividad humana (ej, hoyos de poste). Dificultan el recojo de muestras, y hacen de tareas tan simples como zarandear la tierra excavada una labor imposible (Bonavía 1968: 35). Finalmente, las raíces de los árboles que crecen dentro de las estructuras son otro elemento que distorsiona o destruye contextos arqueológicos (Deza Rivasplata 1975/76: 47)

El medio ambiente de selva también afecta el estado emocional de los investigadores. La vida en el campamento de selva es muy dura, especialmente si la estadía tiende a prolongarse varias semanas. Además de tener que asimilar los rigores físicos de excavar en suelos fangosos, los arqueólogos deben soportar las inclemencias del clima, el acoso de insectos y otros animales ponzoñosos, pobres condiciones de higiene, y severas incomodidades para descansar. No menos importante es la preocupación constante de saber no poder contar con una atención médica oportuna en caso de producirse una súbita enfermedad o accidente. Todos estos factores mellan la voluntad de los excavadores, propiciando sentimientos de hartazgo y fervorosos deseos de retornar a casa. El clima puede representar un elemento determinante para concretar el pronto retorno, pues un lluvia torrencial repentina puede decretar el cierre prematuro de una excavación (Church 1988: 72, Lennon et al 1986: 30, 40).

Si consideramos todos los factores que dificultan el trabajo arqueológico en la selva del Montecristo, no sorprende lo poco que las investigaciones desarrolladas hasta el momento han revelado acerca de sus antiguos ocupantes. Otro factor que ha repercutido en el pobre estado de conocimientos es que han sido relativamente pocos los proyectos de investigación que se propusieron recabar información significativa sobre la ocupación humana en la zona. Si bien no es limitada la lista de expediciones y proyectos arqueológicos que se han concentrado en ésta área relativamente pequeña, un número significativo de estas intervenciones estuvo enfocado en resaltar aspectos estéticos de la arquitectura monumental de los sitios Chachapoya más distintivos. Entre los proyectos que siguieron un derrotero contrario a esta tendencia figura prominentemente el Proyecto de Investigación Parque Nacional del Río Abiseo, dirigido por Thomas Lennon y co-directores peruanos (Miguel Cornejo García y Segundo Vásquez Sánchez).

La mejor manera de evaluar los avances logrados por lo proyectos que buscaron recabar información acerca de estrategias de adaptación humana a la selva

del alto Montecristo es a partir del estado de resolución de las preguntas de investigación planteadas por sus participantes. En resumen, se puede decir que son cuatro las grandes preguntas de investigación que los arqueólogos llegados al área de Parque Nacional Río Abiseo han intentado resolver mediante métodos científicos:

1. ¿Qué tan extensa es la ocupación humana prehispánica en el área del río Montecristo?
2. ¿Cuál fue la función que cumplieron las estructuras de piedra de los sitios de selva, y cuál fue la función de los sitios mismos?
3. ¿Qué tan antiguos son estos sitios, y cuál es su secuencia de ocupación?
4. ¿De dónde vienen los antiguos ocupantes del valle de Montecristo?

Lo que sigue a continuación es una evaluación del estado de resolución de estas interrogantes, esbozada a partir de una revisión detallada de la literatura publicada. La discusión está severamente sesgada en favor de los resultados proporcionados por el PIPNRA. Esta actitud responde a que fue precisamente este proyecto el que alcanzó los avances más significativos en lo que toca a la comprensión de patrones de organización y conducta del poblador prehispánico de la zona.

## **1. Extensión de la ocupación humana**

No es raro encontrar en las publicaciones que describen los sitios arqueológicos del Alto Montecristo sentencias que concluyen que existió “una alta densidad de población” en la zona (Church 1997: 239, Cornejo 1992: 37, APECO 2001: 128). Sin embargo, es necesario recalcar que esta densidad nunca ha sido medida adecuadamente. Tampoco se ha comprobado si esta densidad es significativamente mayor a la reportada, por ejemplo, en otros valles del amplio territorio Chachapoya, como pueden ser las riberas del Utcubamba (Bolaños 2009: 32).

La mejor manera de registrar la densidad de la ocupación humana prehispánica en un área geográfica determinada es a partir de planos que ilustren la extensión total de sitios y su distribución en el espacio. Desafortunadamente, en el caso del valle de Montecristo, sólo cuatro de los siete grandes sitios reconocidos (La Playa, Las

Papayas, Los Pinchudos, y El Gran Pajatén) cuentan con planos topográficos y arquitectónicos. En tres de esos casos, los planos existentes son claramente parciales. El único plano conocido del Gran Pajatén, por ejemplo, sólo cubre una extensión aproximada de 1.2 ha, existiendo reportes que indican que el sitio es mucho más amplio, pudiendo abarcar hasta 50 hectáreas (Bonavía 1968: 32, Pimentel 1967: 36). El sitio de “Las Papayas”, por otro lado, es descrito como abarcando “100 edificios, incluyendo un gran número de estructuras más pequeñas para almacenaje” (Lennon et al 1986: 39). El plano existente, sin embargo, sólo ilustra 18 estructuras (Lennon et al 1989, Fig. 11). Finalmente, no es claro qué tan completo es el plano elaborado por los miembros del PIPNRA del sitio de “La Playa”. Por lo pronto, este plano sólo ilustra 16 de las 25 estructuras inicialmente reportadas por Deza Rivasplata (1975-76: 46). El único sitio de la región del Montecristo que, gracias a su pequeña extensión y clara visibilidad, ha sido levantado en su totalidad es el conjunto funerario de Los Pinchudos. Paradójicamente, en este caso el esmero en el registro ha sido excesivo, pues tres proyectos distintos han elaborado igual número de planos arquitectónicos (Kauffmann 2009: 142, Lennon et al 1986, Mapa 4, Morales 2002: 7). Todos estos planos son muy similares.

Al problema del carácter incompleto de planos, mencionado en el párrafo anterior, hay que sumar también el problema de la imprecisión de los mismos. Con la única posible excepción de Los Pinchudos, los planos de los sitios del valle de Montecristo son imprecisos por haber sido elaborados con equipos de registro muy simples. El plano del Gran Pajatén, que está próximo a cumplir 45 años de antigüedad, fue probablemente elaborado con una plancheta. El equipo de arqueólogos del PIPNRA, por otro lado, usó una brújula de mano y una cinta métrica para levantar planos de sitios arqueológicos (Lennon et al 1986: 24, 1989b: 7; APECO 2001: 150). Cabe destacar también que ninguno de los planos de sitios arqueológicos del río Abiseo cuenta con coordenadas UTM, que representan el medio más confiable para referirlos en mapas de ubicación exactos.

En el ámbito del río Abiseo, los vacíos existentes en el registro de arquitectura arqueológica no sólo atañen a sitios que muestran concentraciones evidentes de estructuras en superficie. Distintos investigadores que han recorrido las partes altas del valle reportan haber visto numerosos restos de muros dispersos a ambos lados de la quebrada (Church 1988: 68, Savoy 1965b: 4, Weberbauer 2002[1920]: 32). Estos muros podrían ser restos de extensos sistemas de andenerías agrícolas (Lennon et al 1989a: 55). Incluso parece haber existido un antiguo camino de selva que conectaba

los principales asentamientos de la región. Según Church (1988: 67), la presencia de este camino se vislumbra todavía por rasgos en el paisaje como cortes y nivelaciones en las terrazas próximas al río. Pues bien, ninguno de estos restos arqueológicos ha sido objeto de un levantamiento o registro en un mapa.

Si queremos mejorar nuestra comprensión acerca de la densidad de la ocupación humana en la región del río Montecristo, y entender la organización del paisaje político prehispánico, es imperativo realizar mejoras sustanciales en el registro de sitios arqueológicos. Por lo pronto, es muy difícil discernir, por ejemplo, cuál fue el lugar central del valle, si es que realmente existió alguno. También tenemos que considerar la posibilidad de que haya existido un patrón de fraccionamiento político en la región, con distintos ayllus Chachapoya explotando los recursos de la selva con sus propios puestos de avanzada.

El registro de sitios de puna, que son más accesibles y presentan mejores condiciones de visibilidad sobre el terreno, es más completo por lo menos en el caso de los valles intensamente prospectados por el PIPNRA (Chirimachay, Manachaqui y los Chochos). En estos valles, los sitios demostraron estar directamente asociados a un camino prehispánico que corre de Sur a Norte (Lennon et al 1986: 93). El registro de sitios elaborado por el personal del Qhapac Ñan (INC 2006, 2008) en sectores más distantes de este camino (Buldibuyo a Condormarca) muestra, por otro lado, las mismas deficiencias anotadas para el caso del alto Montecristo. Lo mismo ocurre con los sitios detectados en el sector oriental del parque.

## **2. Identificación de función de sitios y estructuras**

Para entender el paisaje político de una región también es importante identificar la función de desempeñaron los sitios que formaron parte del sistema de asentamiento. Si bien sitios de proporciones medianas como el Gran Pajatén pueden ser catalogados como una “villa” (Bonavía 1998: 90), si esta villa es el único sitio de la región que concentraba arquitectura residencial de elite, queda en evidencia su preeminencia como centro político. Los grandes centros de poder regionales se pueden distinguir también por presentar una inusual concentración de *kollkas* o estructuras de almacenamiento de comestibles. Estas *kollkas* fueron comúnmente aprovechadas por grupos dominantes para acopiar y redistribuir alimentos, y ganar prestigio a partir de esas actividades (Kauffmann 2009: 63). Estos dos ejemplos

simples ilustran lo importante que es la identificación funcional de estructuras individuales para develar temas de investigación más amplios como pueden ser las estrategias de organización regional de civilizaciones antiguas.

En la arqueología del valle del río Montecristo, se han desarrollado algunos intentos por develar la función de edificios arqueológicos. Estos intentos no siempre han tenido resultados concordantes. Los edificios decorados del Gran Pajatén, por ejemplo, han recibido una variedad de interpretaciones que incluyen el de simples viviendas (Bonavía 1968: 78), graneros (Kauffmann 2009: 84), estructuras ceremoniales o residencias de elite (Pimentel y Pimentel 1999: 88), hasta lugares semi-públicos de consumo ritual de bebidas y manufactura de objetos de oro (Church 1988: 301). La importancia del sitio dentro del sistema local de asentamiento varía concurrentemente con la validez de una u otra interpretación.

Al evaluar las limitaciones que afectaron las interpretaciones funcionales de estructuras en la arqueología local resaltan tres problemas. Primero, el poco interés centrado en desarrollar investigaciones de carácter funcional. Segundo, una pobre selección de criterios y atributos que pueden respaldar fehacientemente una asignación arqueológica de función. Finalmente, se observa, si bien de manera más restringida, un problema de dispersión de colecciones.

## **2.1. Falta de interés en estudios funcionales**

Tal vez uno de los mayores obstáculos que nos impide manejar nociones precisas acerca del uso que los antiguos ocupantes del valle de Montecristo dedicaron a sus edificios es, paradójicamente, la falta de atención que los proyectos que pasaron por el área prestaron a investigaciones de carácter funcional. Este problema no es ajeno a las actividades desarrolladas por el personal del PIPNRA. Las excavaciones relativamente extensas que los miembros de este proyecto realizaron en el Gran Pajatén, por ejemplo, estuvieron enfocadas principalmente en resolver preguntas de orden cronológico (Lennon et al 1989a: 52). Lo mismo se puede decir de las excavaciones menores desarrolladas en otros sitios del valle (Church 1991: 8) e inclusive en los sitios ubicados en las alturas del Pajonal de Puna (Lennon et al 1989b: 5). El único sitio en el que se intentó una auténtica aproximación de análisis funcional fue el de La Playa. Los resultados de esta indagación se evaluarán más adelante.

Pero aún así el interés de la mayoría de excavaciones desarrolladas por este proyecto haya sido de orden cronológico, no faltaron en éstas ensayos de interpretación funcional. La calidad de estas interpretaciones se vio, sin embargo, ofuscada por el empleo de un método de excavación poco apropiado para revelar estrategias de uso de espacios. Los arqueólogos de la Universidad de Colorado excavaron la arquitectura a partir de cuadrículas individuales de 1 m<sup>2</sup>, que eran comúnmente profundizadas por separado. Estas cuadrículas ofrecieron un área de exposición muy pequeña, en la que era fácil pasar por alto asociaciones importantes de restos y artefactos. No sorprende, por lo tanto, que los miembros PIPNRA no hayan sido capaces de reconstruir una sola vasija cerámica a partir de las muestras de fragmentos que recogieron del interior de las estructuras excavadas. Tampoco sorprende que no hayan podido definir la presencia de hoyos de poste dentro de los edificios circulares. Estos hoyos podrían haber sido identificados en áreas de exposición más amplias a partir de ligeros cambios de coloración del suelo. Finalmente, hasta ahora representa un autentico misterio la procedencia de los 839 tiestos<sup>6</sup> que Church recogió de la capa interpretada como “piso de ocupación” del Edificio 1. ¿Acaso representaron estos fragmentos restos de vasijas que fueron usadas al interior de la estructura y abandonadas en el lugar (es decir, desechos de tipo “primario” y “de facto”, según la clasificación de Schiffer [1972, 1977, 1983])? ¿Acaso representan basura que fue acumulada al interior del edificio cuando éste dejó de ser usado (desechos de tipo “secundario”, según la clasificación de Schiffer [ibidem])? La manera cómo fue planteado el método de excavación del Edificio 1 no permite dar solución a este dilema.

Otro problema común en las excavaciones desarrolladas por el equipo del PIPNRA fue el énfasis excesivo dado a la exposición del espacio central de las estructuras circulares. Las áreas marginales de estos edificios, en cambio, prácticamente no fueron tocadas. Estas áreas podrían haber contenido información útil para establecer determinaciones funcionales confiables. Este problema se observa claramente en los edificios circulares que evidenciaron tener un muro interior recto. Al excavar estos edificios, el equipo del PIPNRA se contentó con registrar la disposición del muro y definir la ubicación de sus piedras. El espacio interior que era delimitado por ese muro, por otro lado, nunca fue investigado. Esta omisión es grave, porque es posible que este espacio haya encerrado evidencia que haya permitido, por ejemplo, establecer diferenciaciones claras entre los edificios habitacionales de elite y los de la

---

<sup>6</sup> Este conteo sólo considera los tiestos excavados durante la temporada de 1985 (Lennon et al 1986, Apéndice A).

gente común. El uso que le fue dedicado a estos espacios interiores restringidos continua siendo un misterio.

La falta de interés en estudios de función también determinó que otros tipos de estructuras ocasionalmente presentes en los asentamientos de selva nunca fueran investigadas. El caso más elocuente se refiere a las estructuras rectangulares, que han sido detectadas, por ejemplo, en el Gran Pajatén (Bonavía 1968: 16) y en La Playa (Lennon et al 1986, Mapa 2). En este último sitio, los investigadores de la Universidad de Colorado reportan la presencia de grandes cercados rectangulares de piedras en el extremo Este del asentamiento (Lennon et al 1989a: 50). Dada la abundancia de restos de camélidos en el lugar, Church (1997: 233) propuso que estas estructuras podrían corresponder a corrales para llamas. Esta inferencia, sin embargo, nunca ha sido contrastada con evidencia material.

## **2.2. Pobre selección de criterios funcionalmente significativos**

Otro problema que ha afectado la identificación de la función desplegada por edificios, en este caso en estudios que si estuvieron enfocados en esta temática, ha sido la poca rigurosidad que se ha seguido en la selección de criterios considerados distintivos de función. Al no especificar (y justificar) claramente qué tipo de evidencia puede ser considerada representativa de una función u otra, los arqueólogos no fueron capaces de establecer juicios de función confiables. La ausencia de criterios claros ha llevado, en los casos más extremos, a que inclusive los miembros de un mismo proyecto ofrezcan interpretaciones contradictorias en base a un mismo tipo de evidencia.

Este problema se vislumbra claramente en el estudio de función de estructuras que los miembros del PIPNRA desarrollaron en el sitio de La Playa. Tres edificios circulares de características distintas fueron excavados bajo la presunción que representaban diferentes funciones (estructura ceremonial, vivienda común y depósito). Al final de la investigación, la hipótesis de trabajo se consideró validada si bien la evidencia recuperada no corroboró fielmente las funciones inferidas. La identificación de la supuesta estructura ceremonial (Edificio 14) se fundamentó fuertemente en el hallazgo de una plataforma central con características de altar (Church 1988: 70). Sin embargo, sorprenden los argumentos presentados por los líderes del equipo cuando intentaron desvirtuar la posibilidad de que un rasgo similar

encontrado al interior del Edificio 2 del Gran Pajatén haya tenido aplicaciones rituales (Lennon et al 1986: 51). Estos investigadores opinaron que estas concentraciones de piedras tuvieron un uso más bien práctico, ligado al soporte de un poste central (ibidem). Esta opinión ya había sido ofrecida por los investigadores que originalmente reconocieron las piedras centrales de los Edificios 1 y 2 del Gran Pajatén (Bonavía 1968: 63, Wurster 1968: 180). Al final, la interpretación ceremonial del Edificio 14 se fundamentó en el hallazgo de una serie de artículos “raros” (cristal de cuarzo, hacha de piedra, espátula de cobre, disco de plata, disco de piedra con orificio en el centro y cerámica fina) que fueron tentativamente interpretados como “ofrendas” (Lennon et al 1986: 38). Si bien estos artículos pueden haber cumplido esta función, hubiera sido recomendable que los excavadores fundamentaran esta conclusión haciendo alusión a otros casos arqueológicos en los que hallazgos similares justificaran una interpretación concordante. Por lo pronto, resulta problemático que algunos de estos artículos fueran también encontrados dentro de espacios interpretados como de estricto carácter secular. Tal es el caso de un artefacto de cobre hallado al interior del Edificio 7 de La Playa (Lennon et al 1986: 37), y de varios cristales de cuarzo encontrados en los niveles de ocupación cerámicos de Cueva Manachaqui (Church 1996: 387, 526, 536, 545).

En el estudio desarrollado en La Playa, la asignación funcional más endeble correspondió, precisamente, al edificio interpretado como depósito (Edificio 7). Esta interpretación se fundamentó en el hallazgo de un reducido número de fragmentos de cerámica en su interior (Lennon et al 1986: 37, 1989a: 50). En nuestra opinión, la identificación de un área de almacenamiento debería fundamentarse, más que en la ausencia de cerámica, en la presencia de fragmentos de vasijas de almacenamiento (ver, por ejemplo, Bawden 1977: 157-59). Otro tipo de evidencia que validaría esta interpretación habría involucrado concentraciones inusualmente altas de granos (ver Anders 1981: 399)<sup>7</sup>, polen de plantas domesticadas<sup>8</sup>, o inclusive huesos de roedores (ver Pozorski y Pozorski 1986: 387). La obtención de este tipo de evidencia requiere una estrategia de recolección muy delicada, que en este caso los miembros del PIPNRA aparentemente no tuvieron la oportunidad de aplicar.

---

<sup>7</sup> Si bien se podría suponer que la extrema acidez de los suelos de selva no permitirían que este tipo de evidencia sobreviva, Church (1988: 277) reporta haber hallado granos de maíz carbonizados en una capa profunda del Edificio 1 del Gran Pajatén.

<sup>8</sup> Muestras de polen recuperadas de los sedimentos de la Laguna Baja en el valle de Manachaqui permitieron a los miembros del PNRI identificar la presencia de plantas domesticadas hacia el año 4,000 a.P. (Church 1996: 517).

El problema de pobre selección de criterios de identificación funcional se observa también en la interpretación que esbozara Church acerca del Edificio 1 del Gran Pajatén. Church (1988: 300-301) dedujo que esta estructura tuvo “por lo menos una función semi-pública relacionada con el consumo ritual de líquidos y, tal vez, la confección de objetos de oro”. Actividades relacionadas con el dispendio de chicha como estrategia de poder fueron inferidas a partir del hallazgo de fragmentos de grandes tinajas, que estuvieron ausentes en las excavaciones desarrolladas en la parte exterior de la estructura (Church 1988: 293-94). La asignación de esta función especial para el Edificio 1, sin embargo, queda desvirtuada por dos motivos: a) Church nunca demostró que estos fragmentos representaran basura de tipo “primario” o “de facto” (ver Schiffer 1972, 1977, 1983), y b) Church aparentemente no reparó en que el Edificio 5 de La Playa, tentativamente interpretado como una vivienda común, también presentó este tipo de vasijas (ver Lennon et al 1986: 36).

La evidencia de manufactura de artefactos de oro, por otro lado, se fundamentó en el hallazgo de un gran canto rodado de granito con algunas huellas de uso y, también, en la cercanía de la zona aurífera de Pataz (Church 1988: 266-67). Esta interpretación es, a su vez, endeble por tres razones: a) la supuesta herramienta de orfebre, a la que Church hace alusión, no se aproxima en nada a los elaborados instrumentos líticos que los antiguos metalurgistas peruanos usaron para producir adornos de metales preciosos (ver Shimada 1994: 205), b) Church no probó la existencia de láminas, prills y/o mena de oro en sus excavaciones, y c) no se conocen, a la fecha, artefactos de oro laminado que puedan adscribirse a la Cultura Chachapoya. Tal como ha sido abordado el tema de la función desplegada por el Edificio 1, se puede concluir que este asunto no ha sido resuelto de manera satisfactoria.

Para concluir, otro tema relacionado con la pobre selección de criterios para determinar la función de estructuras antiguas, que es propio a todos los investigadores que trabajaron en el área del río Montecristo, se refiere a la reticencia a usar la analogía etnográfica o la información etnohistórica como apoyo a las interpretaciones. En otras regiones, este tipo de evidencia ha probado ser de mucha utilidad a la hora de desentrañar la función y utilidad desplegadas por antiguas estructuras arqueológicas. Un caso ejemplar propio a la arqueología andina se refiere a la manera como Uhle (1991[1903]: 11) empleó las descripciones ofrecidas por el cronista Estete (1533) para descifrar la ubicación del antiguo “Templo de Pachacámac” en el gran santuario costeño. Cabe resaltar que esta identificación se vio muy dificultada por el

hecho que esta estructura, de por sí poco voluminosa, yacía prácticamente cubierta por escombros al momento de que Uhle la reconociera.

### **2.3. Dispersión de colecciones**

Un tercer problema que puede afectar la formulación de interpretaciones funcionales confiables en la arqueología del río Montecristo es el de dispersión de colecciones. Un problema de este tipo se genera cuando distintos individuos recogen material arqueológico de una misma estructura (o grupos de estructuras) en distintos momentos. Al final, cada individuo maneja una muestra incompleta del contenido original de esta estructura. Si las muestras no se pueden contrastar y combinar a futuro, será muy difícil llegar a discernir cuál fue el equipamiento original de la estructura y determinar, por añadidura, su función primigenia.

Este problema se percibe con nitidez en el complejo funerario de Los Pinchudos. Como lo demuestran las fotografías publicadas por Bonavía (1998: 95) y las observaciones iniciales hechas por Kauffmann Doig (1980: 29), el complejo fue objeto del despojo de parte de sus ofrendas cerámicas en manos de turistas y otros visitantes por lo menos hasta el año 1980. Este hecho, de por sí, ya representó un golpe devastador para cualquier intento de interpretación funcional futuro. El equipo de la Universidad de Colorado, por su parte, procedió a hacer una recolección cerámica de superficie en el sitio en los años 1985 y 1986 (Lennon et al 1986: 41, 1987: 8). Finalmente, arqueólogos que trabajaron para el equipo de conservación dirigido por Ricardo Morales procedieron a excavar las estructuras en el año 2000 y a recoger las piezas cerámicas restantes (Morales et al: 7).

En el caso de los Pinchudos, las piezas recogidas por los visitantes ocasionales pueden darse por irremediabilmente perdidas<sup>9</sup>. Hasta el momento no es claro si las colecciones realizadas por los miembros del PIPNRA y por equipo de excavación que trabajó para Morales se pueden combinar, ni qué tan representativas son del equipamiento original de las estructuras.

---

<sup>9</sup> Uno de los aríbalos fotografiados por un turista francés en 1975, y que aparecen en la publicación de Bonavía (1998), aparentemente fue a dar a, y es actualmente exhibido en, el centro de interpretación del PNRA presente en el local del SERNANP de Patate.

El problema que revisten estas colecciones incompletas es que no necesariamente van a permitir desentrañar patrones culturales significativos. Por ejemplo, tal como ocurrió en otras regiones andinas (Duviols 2003: 184), es posible que cada una de las chullpas que componen el conjunto funerario de Los Pinchudos haya sido usada por un ayllu distinto. La procedencia social de los individuos enterrados en las chullpas podría ser descifrada a partir de diferencias sutiles en el estilo y composición de los ajuares cerámicos presentes en ellas. Si las muestras cerámicas accesibles a los arqueólogos son poco representativas, estas diferencias no podrán ser percibidas.

El caso ocurrido con Los Pinchudos ofrece, en todo caso, una lección importante de cómo se debe proceder en caso de encontrarse nuevamente un sitio de esta naturaleza. De manera ideal, a las noticias iniciales de su descubrimiento, se debe proceder a “cerrar” el sitio a cualquier posibilidad de visita humana. A continuación, se debe proceder a convocar la asistencia de un arqueólogo para que inicie las investigaciones pertinentes. Este arqueólogo deberá implementar una estrategia consistente de recolección de muestras que le permita resolver las interrogantes planteadas en el párrafo anterior.

### **3. Antigüedad y duración de la ocupación humana**

Otro tema que ha generado numerosos desacuerdos entre investigadores se refiere a la antigüedad de la ocupación humana en el área del río Montecristo. Warren Church (1991: 20, 1997: 235), a partir de sus excavaciones en el Gran Pajatén, piensa que la ocupación de este sitio se remonta a la fase conocida como “Formativo Tardío” (ca. 400-200 a.C.). Federico Kauffmann Doig (1984: 51, 2000: 81, 2009: 27), basándose en las características de las estructuras funerarias de Los Pinchudos, sostiene que la ocupación data del período “Horizonte Medio” (ca. 600-1000 d.C.). Investigadores que han estudiado restos Chachapoya en otras regiones sostienen que esta cultura se remonta a los años 800 d.C. (Guillén 2002: 351, Valle Álvarez y Coronado Tello 2004: 2, von Hagen 2005: 9) o 1000 d.C. (Ravines 2002: 138). Finalmente, Duccio Bonavía (1998: 93), considerando al hallazgo frecuente de cerámica Inca en los sitios del río Montecristo, piensa que estos datan del período de la expansión incaica (1470-1532 d.C.).

En arqueología, la manera clásica de resolver temas de relacionados a antigüedad y duración de ocupaciones humanas en sitios y regiones es a partir de la elaboración de secuencias cerámicas y del uso de fechados radiocarbónicos. En términos ideales, estas dos formas de medir el tiempo se pueden combinar incrementando la confiabilidad de los resultados. Un caso ejemplar del empleo de ambos métodos para elaborar una secuencia ocupacional se vislumbra en la investigación desarrollada por Warren Church (1996) en Cueva Manachaqui. La secuencia elaborada por Church está fundamentada en análisis de más de 6,800 fragmentos diagnósticos de cerámica (además de otras piezas líticas) procedentes de depósitos estratificados, y cuenta con el respaldo de 19 fechados radiocarbónicos (Church 1996: 273, Tabla 4).

Desafortunadamente, aún no se han encontrado depósitos culturales densamente estratificados similares a los de Cueva Manachaqui en los sitios ubicados en el valle del Montecristo. Esta ausencia ha menoscabado la posibilidad de armar secuencias cerámicas extensas. En el Alto Montecristo, el uso de la cerámica como indicador cronológico se ve también complicado por las propiedades corrosivas de los suelos ácidos de selva. Estos suelos suelen deformar los tiestos al punto de dificultar su identificación estilística. La tarea de armar secuencias culturales en el valle del Montecristo parece depender, más que en ninguna otra región, en la utilización de fechados radiocarbónicos. De hecho, se han procesado unos pocos fechados procedentes de un número limitado de sitios. Sin embargo, los resultados obtenidos, más que clarificar nuestro entendimiento acerca de la antigüedad de la ocupación humana de la zona, han generado una serie de interpretaciones cuestionables. Dos de las conclusiones más controversiales derivadas a partir del análisis de estos fechados proponen que: a) la ocupación de los sitios del Alto Montecristo es muy tardía y relativamente corta, y b) existen períodos muy extensos de tiempo durante los cuales la región permaneció deshabitada. En algunos casos, estos juicios controversiales se han visto refrendados por una mala interpretación de la evidencia cerámica asociada a los niveles de ocupación y/o contextos que fueron fechados.

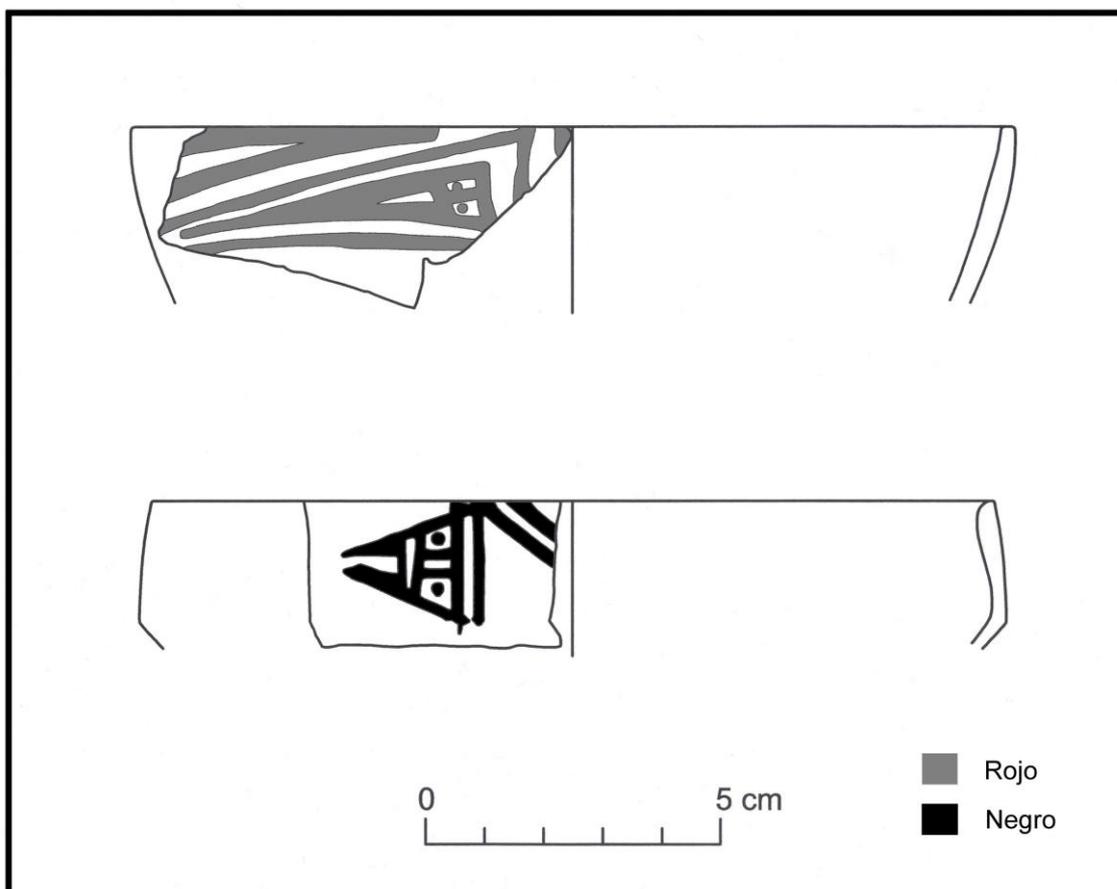
Nosotros pensamos que son dos los problemas relacionados con los fechados recabados en los sitios del Alto Montecristo que han inducido a conclusiones erradas. El primer problema se refiere a un posible caso de contaminación de muestras, evidente en los fechados más tempranos recabados en el Edificio 1 del Gran Pajatén. El segundo problema es de orden metodológico, y se refiere a la cuestionable práctica de pretender resolver secuencias ocupacionales extensas a partir de fechados únicos.

Un último problema de interpretación cronológica, derivado ésta vez del estudio de materiales y sus asociaciones, se refiere al error de confundir pisos y eventos de abandono con secuencias de ocupación.

### **3.1. Muestras contaminadas**

El posible problema de contaminación de muestras, detectado en los niveles de relleno más profundos del Edificio 1 del Gran Pajatén, se vislumbra en la falta de coherencia entre los fechados obtenidos y el estilo de la cerámica asociada. Cuatro fechados procesados de estas capas ofrecieron un rango temporal conjunto que oscila entre los años 400 a.C. y 100 d.C. (Church 1988: 278, 300). El material cultural procedente de estas capas que pudo ser correlacionado con secuencias cerámicas conocidas (notablemente vasijas importadas hechas con arcilla blanca de caolín) evidenció correspondencias con las tradiciones Recuay y Cajamarca Inicial y Temprano (Church 1988: 200-201, Lennon et al 1987: 12).

El problema que reviste esta correlación es que los estilos cerámicos aludidos tienden a ser más tardíos que el intervalo de tiempo definido por los fechados radiocarbónicos citados. En una revisión relativamente reciente de la evidencia cerámica y radiométrica correspondiente a las formaciones culturales que ocuparon la sierra de Ancash durante el Período Intermedio Temprano (ca 1-700 d.C.), George Lau (2002/04: 181) concluyó que la Cultura Recuay se habría desarrollado entre los años 250 y 650 d.C. En lo que toca a la secuencia de la Cultura Cajamarca, el estimado más confiable ofrecido para la antigüedad de la Fase Cajamarca Temprano la ubica entre los años 200 y 450 d.C. (Matsumoto 1994: 184). En una publicación reciente, Church (1996: 494) ha pretendido desvirtuar la posibilidad de que hayan existido influencias Cajamarca en el área del paisaje cultural Pataz-Abiseo. En contra de esta aseveración, es necesario recalcar que los platos de caolín con borde carenado y base anular expandida que figuran prominentemente en las capas profundas del Edificio 1 del Gran Pajatén (Church 1988, figs 44 y 46) son altamente distintivos de la tradición Cajamarca Temprano (ver Julien 1988: 65; Fig. 12-3). Incluso se notan marcadas coincidencias en el estilo de diseños que son propios al sub-estilo Cajamarca Pintado Lineal y los presentes en algunas vasijas correspondientes, en este caso, a la Fase Empedrada de Cueva Manachaqui (Julien 1988: 65, **ver figura 16**).



*Figura 16. Comparación de los diseños pintados en platos de caolín de la Fase Empedrada (arriba) y del estilo Cajamarca Pintado Lineal (abajo). Dibujado de Church 1996, Fig. 103 x, y Matsumoto 1994, Fig. 13-1.*

Por el momento, es muy difícil hallar una explicación al marcado desfase temporal que evidencian los fechados de las capas profundas del Edificio 1. La interpretación más lógica para esta distorsión aludiría a un problema de contaminación de muestras, generado posiblemente por la lixiviación de componentes químicos en los trozos de carbón provocada por suelos ácidos saturados de agua, o inclusive la filtración capilar de contaminantes procedentes de suelos calcáreos. Cualquiera que sea la explicación, la experiencia recaba por Church en su intento de fechar las capas más profundas del Edificio 1 del Gran Pajatén nos deja una importante lección. En el futuro, se debe evitar fechar ocupaciones muy tempranas detectadas en sitios expuestos del Alto Montecristo mediante el método radiocarbónico. En la medida de lo posible, estas ocupaciones deben ser fechadas a través de muestras recolectadas en sitios “secos”, como suelen ser tumbas y entierros en abrigos rocosos.

Otra lección importante que nos deja el reconocimiento de este desfase temporal es que ya no es posible sugerir la existencia de un *hiatus* de 1400 años de duración en la ocupación del Gran Pajatén (Church 1988: 300, Lennon et al 1987: 38). Si consideramos que la Fase Abiseo podría tener un inicio más temprano que el propuesto (ver más adelante), y que la ocupación de la Fase Montecristo evidenciada en las capas profundas del Edificio 1 podría ser mucho más tardía, este *hiatus*, si existe del todo, sería mucho menos prolongado.

### **3.2. El uso de fechados únicos para resolver secuencias ocupacionales**

Otro problema que ha tendido a ofuscar los intentos por desentrañar la antigüedad de la ocupación humana en la región del río Montecristo se refiere al uso de fechados únicos. Los intervalos de tiempo que ofrecen los fechados radiocarbónicos pueden no coincidir del todo con el período total de ocupación de un sitio. Siempre es conveniente, por lo tanto, procesar varias muestras procedentes, en la medida de lo posible, de contextos representativos de distintos momentos de la ocupación del yacimiento. Un problema más serio se alude a la procedencia de las muestras que son objeto del análisis cronométrico. Si el arqueólogo selecciona para fechar muestras procedentes de contextos que no corresponden al momento más importante de ocupación y que, por el contrario, podrían ser producto de actividades aisladas ocurridas después del apogeo de esta ocupación, el fechado resultante generará interpretaciones temporales erradas.

Estos problemas se han dado en el caso de Los Pinchudos. En el año 1986, miembros del PIPNRA tomaron dos muestras de carbón de las chullpas 1 y 2 para procesar fechados radiocarbónicos (Lennon et al 1987, Apéndice A). Sólo una de estas muestras fue objeto de análisis, arrojando un rango calibrado muy tardío de 1515 a 1654 años d.C. (Church 1997: 236). Para los investigadores, el hallazgo de (algunas) piezas de cerámica Chimú-Inca e Inca en las estructuras respaldaba el fechado tardío (*ibidem*). La conclusión ineludible a la que llegaron es que “la construcción y uso del complejo [se *dio*] durante la época Inca” (APECO 2001: 148).

Contrariamente a esta opinión, proponemos que el único fechado existente para el sitio de Los Pinchudos sólo indica que una de las chullpas del sitio registra actividad muy tardía, que inclusive podría datar de tiempos posteriores a la llegada de los españoles. No hay razón para proyectar el resultado para este fechado a todo el

sitio, que podría tener un origen más antiguo. La presencia de cerámica Chimú-Inca e Inca en algunas chullpas (cuya proporción real nos es desconocida) sólo indica que en tiempos tardíos el sitio fue considerado un lugar sagrado que ameritaba la entrega de ofrendas. Este carácter sagrado bien pudo haberse gestado a lo largo de varios años e inclusive siglos de ocupación. El fechado obtenido no tiene por qué ser, por lo tanto, representativo de todo el tiempo de uso, ni mucho menos del momento de construcción de este complejo funerario.

Un antecedente interesante que demuestra la complejidad del uso temporal de los sitios funerarios Chachapoya está representado por los mausoleos de la Laguna de los Cóndores. Estos mausoleos están conformados por seis chullpas que, como Los Pinchudos, fueron construidas dentro de un abrigo rocoso presente en un acantilado de piedra caliza (Guillén 2002: 353). Cuando los arqueólogos reconocieron inicialmente el lugar, encontraron numerosos restos de la cultura Inca dentro de las cámaras funerarias, incluyendo vasijas distintivas, la colección más extensa de quipus hallada en cualquier sitio de la selva sudamericana, y más de 200 momias (Guillén 2002, Urton 2004, von Hagen 2005). Un fechado radiocarbónico procesado de uno de estos quipus arrojó un rango calibrado de 1546-1618 d.C. (Urton 2004: 26).

A pesar de la abrumadora evidencia que parecía sugerir un origen Inca para los mausoleos, los arqueólogos no se precipitaron en sus conclusiones. Un estudio minucioso demostró que el sitio tenía una ocupación inicial Chachapoya que posiblemente se remontaba al año 800 d.C. Así lo demostraban el estilo arquitectónico de las chullpas principales, las decoraciones de sus muros, y las pictografías en los farallones que, dicho sea de paso, muestran marcadas coincidencias con Los Pinchudos. La investigación demostró que los Incas sólo reocuparon el sitio de enterramiento, construyendo dos chullpas nuevas (una de ellas insertada entre dos construcciones antiguas) que fueron llenadas con los cuerpos extraídos de las cámaras funerarias Chachapoya (Guillén 2002: 359). Esta interesante experiencia de investigación nos alerta de que todavía falta mucho que descubrir acerca del sitio de Los Pinchudos.

Un problema similar al descrito para el caso de Los Pinchudos, que ésta vez no implicó el uso de fechados radiocarbónicos, se dio en el sitio de La Playa. En el año 1985, el equipo de investigación del PIPNRA excavó tres edificios circulares de este sitio. Entre las estructuras excavadas figuraba el Edificio 14, que es el único ornamentado con una cornisa y evidentemente el más importante del asentamiento.

Cuando se excavó el piso interior de este edificio se halló, entre algunos objetos de posible carácter votivo, un curioso artefacto de hierro (parte de una posible herradura) apoyado a uno de los lados de la base del “altar” central (Lennon et al 1989a: 50). A pesar de que la excavación reportó cantidades abrumadoras de cerámica Inca y Chachapoya, este hallazgo único determinó que el período de ocupación del sitio fuera asignado al “tiempo de la ocupación española” (Lennon et al 1989a: 51). Incluso se sugirió que el origen tardío del sitio explicaría su ubicación anómala, que favorece una terraza aluvial alta en lugar de la cima de un cerro (Church 1988: 71).

En términos arqueológicos, resulta sumamente riesgoso pretender develar el período de ocupación de un sitio a partir de evidencias aisladas, no importa qué tan confiable pueda ser su asociación a pisos de ocupación. Para explicar mejor esta problemática se puede establecer una comparación con una experiencia que nos resulte más familiar. Un inspector municipal que tenga como misión determinar cuánto tiempo llevamos ocupando un predio, haría muy mal en usar como única evidencia un periódico fechado dos días atrás que encuentre sobre una mesa en el recibidor de nuestra casa. El fragmento de herradura hallado por los miembros del PIPNRA en el Edificio 14 no sólo no es representativo del tiempo de ocupación del sitio, sino que inclusive podría aludir a actividades post-abandono. Documentos etnohistóricos y hallazgos realizados en distintos sitios arqueológicos del Perú prueban que muchos sitios fueron usados continuamente para actividades rituales a lo largo de la Época Colonial e inclusive Republicana. El padre jesuita Pablo Joseph de Arriaga (1999[1621]: 35), por ejemplo, indica haber encontrado una lanza española con su hierro en una cueva donde habían momias prehispánicas. Otros extirpadores de idolatrías del siglo XVII reportan haber hallado monedas de plata ofrendadas a antiguas huacas de la Provincia de Cajatambo (Duviols 2003: 656).

Hay que tener en cuenta que La Playa es el sitio Chachapoya del valle de Montecristo más accesible desde la sierra vecina, y que el Edificio 14 es ciertamente el más vistoso del lugar. Esta estructura representa, por ende, un emplazamiento ideal para encontrar evidencia de actividades votivas posteriores a la conquista. Algunos de los oferentes podrían haber pertenecido a las familias Chachapoya que huían de los puestos de control español establecidos en la sierra aledaña (Espinoza Soriano 1967: 237).

### 3.3. Confusión entre eventos de abandono y secuencias de ocupación

Desde que se desarrollaron las primeras investigaciones arqueológicas en los sitios Chachapoya del Alto Montecristo, a los estudiosos les llamó la atención las grandes cantidades de material Inca que se encontraba sobre su superficie. Entre los sitios que evidenciaban esta situación figuran notablemente el Gran Pajatén (Bonavía 1968, Rojas Ponce 1967), La Playa (Deza Rivasplata 1975/76) y Los Pinchudos (Kauffmann Doig 1980, 1984). De hecho, esta evidencia fue empleada por el arqueólogo peruano Duccio Bonavía (1968: 74, 1998: 96) para proponer su teoría de la “serranización de la selva”, que sugiere que los sitios del Alto Montecristo fueron creados por colonos serranos instigados por administradores Incas. Esta teoría concluye que la ocupación de los sitios del Alto Montecristo se restringe al período conocido en la arqueología peruana como “Horizonte Tardío” (ca 1470-1532 d.C.). La conclusión inevitable es que durante el período precedente conocido con el nombre de “Intermedio Tardío” (ca 900-1470 d.C.) la región habría permanecido prácticamente deshabitada (ver Church 1997, Cuadro 5, APECO 2001: 134). Esta aseveración es problemática, pues el precisamente el Intermedio Tardío el tiempo durante el cual las ocupaciones Chachapoya de la sierra nororiental peruana alcanzaron su máximo esplendor (Church y von Hagen 2008: 913).

En oposición a esta propuesta, nosotros pensamos que los materiales arqueológicos que los excavadores encuentran sobre los últimos pisos de ocupación de estructuras y sobre la superficie de sitios sólo son representativos de la última fase de ocupación de los asentamientos. Esta fase precede el abandono de los sitios. Pretender hacer de esta “fase de abandono” representativa de todo el período de ocupación de un sitio es un error parecido al de fechar ocupaciones extensas mediante marcadores cronológicos únicos (ver discusión anterior). De hecho, nosotros pensamos que existe evidencia que prueba que los sitios del Alto Montecristo, como ocurrió en otras regiones Chachapoya, si fueron ocupados durante el Intermedio Tardío. Esta evidencia, si bien por ahora muy escasa, alude a unos pocos fechados radiocarbónicos y a la cerámica doméstica de la Fase Abiseo, que Bonavía (1968: 43) denominó “Estilo Abiseo”.

La evidencia radiométrica atañe a dos fechados procesados a partir de muestras recolectadas en los sitios de Las Papayas y el Gran Pajatén. Estos fechados arrojaron rangos calibrados de 1300-1426 d.C. (Church 1997: 234) y 1325-1430 d.C. (Church 1988: 282), respectivamente. En el caso del sitio de Las Papayas, la ausencia

de cerámica Inca representó un fuerte aliciente para respaldar la validez del fechado (Church 1997: 234, APECO 2001: 146). Es necesario recalcar, sin embargo, que el sitio de Las Papayas fue objeto de excavaciones muy restringidas que debieron ser interrumpidas por las inclemencias del clima. No se puede descartar del todo, por ende, la existencia de contextos Inca en el sitio. Tampoco podemos caer en el error de considerar a estos dos fechados como representativos de todo un período de ocupación. Los fechados si representan, empero, indicios válidos que advierten sobre la existencia de ocupaciones previas a la expansión Inca en la región.

La cerámica doméstica propia al “Estilo Abiseo” puede representar un indicador más confiable acerca de la profundidad temporal de la ocupación humana en el valle. Esta cerámica evidencia un estilo maduro, con una marcada variedad de formas de bordes altamente diagnósticas (Church 1988: 259) y un estilo decorativo singular y distintivo (Bonavía 1968: 43, Church 1988: 253). En general, el estilo de esta cerámica es marcadamente diferente al de componentes domésticos equivalentes propios a tradiciones serranas de la época (Church 1988:260-261). Se puede descartar, entonces, la probabilidad de una difusión occidental. También se debe descartar la teoría de un surgimiento espontáneo, pues componentes cerámicos de este tipo suelen desarrollarse a lo largo de extensos períodos de gestación. Durante estos períodos, la organización de la producción cerámica tiende a mostrar la particularidad de ser altamente resistente al cambio, lo que determina que vasijas muy tempranas sean prácticamente indistinguibles de vasijas muy tardías (Rice 1984: 252). En este sentido, resulta interesante la observación hecha por Church (1988: 265, 1996: 550) acerca de la marcada continuidad estilística que manifiestan las vasijas domésticas propias a la Fase Montecristo del Gran Pajatén (que se puede incluir en el Período Intermedio Temprano, ca 1-700 d.C.) y las del Estilo Abiseo. Esta evidencia corroboraría un largo período de evolución para este estilo cerámico, que difícilmente puede circunscribirse a los 60 años de duración del Horizonte Tardío (APECO 2001: 146).

#### **4. Origen del poblador prehispánico del Alto Montecristo**

Otro tema de investigación que ha captado la atención de los estudiosos que han pasado por el valle alto del Montecristo se refiere al origen de sus antiguos ocupantes. Duccio Bonavía (1968, 1998), gestor de la teoría de la “serranización de la selva”, piensa que el origen se encuentra en los Andes occidentales. Kauffmann Doig

(2009: 27) comparte esta opinión, pero piensa que la irrupción de gente altoandina se dio durante el período conocido como “Horizonte Medio” (ca 600-1000 d.C.). Warren Church (1988, 1996), por otra parte, es el más férreo opositor de la teoría del origen foráneo. Según él, la extendida secuencia de ocupación detectada en Cueva Manachaqui prueba que los grandes testimonios arquitectónicos del bosque húmedo montano del Montecristo son producto de un largo proceso evolutivo gestado en la localidad (Church 1996: 550).

Hasta el momento, la forma cómo los arqueólogos interesados en los procesos culturales ocurridos en el Parque Nacional del Río Abiseo han buscado esclarecer el problema del origen de sus más antiguos ocupantes es a partir de la elaboración de secuencias cerámicas. En estas secuencias, los estilos cerámicos implicados son caracterizados al detalle con el propósito de establecer comparaciones interregionales (ver Bonavía 1968, Church 1988, 1996). En principio, si algún componente cerámico del área del Abiseo muestra marcadas afinidades estilísticas con alguno de una región vecina que tiene un origen más temprano, o se sabe fue objeto de un intenso proceso de difusión, la teoría de la migración desde afuera gana un fuerte respaldo. Desafortunadamente, y como el mismo Church (1988: 270-71) lo admite, la gran mayoría de secuencias cerámicas regionales con las que se pueden establecer paralelos estilísticos están mal caracterizadas o cuentan con un deficiente soporte de fechados radiocarbónicos. Otro elemento que dificulta las comparaciones es que las muestras cerámicas recuperadas en el área del Abiseo tienden a presentar deficientes condiciones de conservación.

Sorprende que a la fecha no se haya intentado resolver la pregunta del origen cultural a partir de análisis especializados aplicados sobre la evidencia ósea humana. Deborah Blom y sus colegas (1998: 240) han sentenciado con claridad que “sólo el estudio de restos esqueléticos humanos en combinación con evidencia arqueológica puede proporcionar los datos necesarios para responder preguntas relativas a movimientos poblacionales”. La región del Alto Montecristo cuenta con una excelente muestra de material óseo humano en la que se pueden desarrollar análisis químicos y estudios de indicadores genéticos que son útiles para detectar posibles migraciones. Esta muestra incluye, principalmente, los 186 individuos (153 cráneos) recuperados del complejo funerario de Los Pinchudos (Bracamonte Ganoza 2004: 18). También hay colecciones potencialmente útiles en el sitio de “Cueva de Muertos” (APECO 2001: 186), los mausoleos ubicados en los alrededores de Los Alisos (Church 1997: 221, Tandaypan Villacorta y Alemán Castillo 2008: 45-46), e inclusive los numerosos

conjuntos funerarios presentes en las inmediaciones de Pueblo Viejo de Condormarca (Saavedra Reyes 2003: 57-62). Estas colecciones todavía deben ser, empero, debidamente excavadas y recolectadas.

Si aplicamos análisis especializados en estas muestras, podríamos descubrir la presencia de individuos foráneos entre las poblaciones locales. Por ejemplo, Kauffmann Doig (2009: 74) ha sugerido que los mausoleos de Los Pinchudos podrían albergar restos de administradores incaicos venidos desde lejos. La hipótesis de Kauffmann se puede contrastar fácilmente desarrollando un estudio de isótopos de estroncio en muestras dentales del sitio. Un estudio de este tipo permitió a Nicole Slovak y sus colegas (2009) detectar la presencia de individuos venidos del sitio ayacuchano de Conchopata en los cementerios de Ancón, ubicados al Norte de Lima.

También se podría desarrollar una caracterización biológica de la población del Alto Montecristo a partir de un análisis de rasgos epigenéticos. Estos rasgos, que aluden a singularidades morfológicas de estructura ósea que son heredadas de padres a hijos, tienden a mostrar patrones consistentes en poblaciones cerradas (Blom et al 1998: 245). Una vez caracterizadas las poblaciones locales, se podría medir su grado de distancia biológica con grupos vecinos. Warren Church (1988: 183, 1996: 532, 536), por ejemplo, descartó categóricamente, a partir de un detallado análisis estilístico de la cerámica presente en los niveles inferiores del Edificio 1 del Gran Pajatén y de Cueva Manachaqui, cualquier influencia cultural amazónica en el desarrollo de las sociedades del Alto Montecristo. Sería interesante usar evidencia esquelética para contrastar esta hipótesis empleando, como muestra comparativa, los restos óseos que están siendo encontrados en el sitio de Ochanache, ubicado en la zona de amortiguamiento oriental del PNRA (García Rojas 2008: 55). A un nivel más avanzado, se podría incluso determinar el índice de diversidad de haplogrupo de ADN mitocondrial de la población enterrada en el complejo funerario de Los Pinchudos, para definir si existe algún grado de similitud estadística con índices similares representativos de poblaciones amazónicas (ver Lewis et al 2007).

Finalmente, sería interesante también estudiar las técnicas de momificación empleadas en las momias del Apisunchu para determinar si se siguieron procedimientos similares a los empleados en las momias Chachapoya-Inca de la “Laguna de los Cóndores” (Guillén 2003: 298). Estas momias se encuentran actualmente almacenadas en un local comunal del poblado de Piás, y son fácilmente accesibles a los investigadores (Fig. 17). Por lo pronto, ya se observa una marcada

similitud en la posición exageradamente flexionada de los cuerpos. Si se detectan coincidencias significativas, se podrá concluir que los procesos culturales acaecidos en el área de Leymebamba también trascendieron en la región del Abiseo.



*Figura 17. Foto de una de las momias del Apisuncho, conservada en un local comunal del pueblo de Piás.*

En resumen, el valle alto del Montecristo y su entorno inmediato poseen una amplia y variada muestra de colecciones óseas humanas en las que se pueden desarrollar una variedad de análisis químicos, biológicos e inclusive tecnológicos. Varios de estos análisis están enfocados en resolver preguntas de investigación que tienen especial ingerencia en la región. Una pregunta que particularmente ha intrigado a varios investigadores que han pasado por la zona se refiere al lugar de origen de los antiguos habitantes del Alto Montecristo.

## **Factores que propician el deterioro de sitios arqueológicos**

Los libros y artículos que abordan el tema de los recursos culturales del Parque Nacional del Río Abiseo abundan en referencias acerca de la variedad de factores que propician el deterioro de los restos arqueológicos que éste contiene. A partir de estos textos aprendemos que las antiguas edificaciones de barro y piedra que encontramos en el parque constituyen, de por sí, entidades sumamente frágiles. El ecosistema de bosque húmedo montano, en el que muchas de estas edificaciones están inscritas, no sólo presenta grandes obstáculos para la investigación arqueológica, sino también una amplia variedad de factores que ponen en riesgo la integridad y estabilidad estructural de las construcciones prehispánicas. Si bien la selva presenta, por otro lado, el efecto positivo de restringir el acceso humano a los yacimientos arqueológicos, advertimos en estos textos que los sitios del parque no han sido del todo inmunes al problema de saqueo y deterioro causado por visitantes ocasionales. La incidencia de estos problemas es mayor en los sitios del ecosistema de Pajonal de Puna, dada las mayores ventajas de visibilidad y accesibilidad que éste presenta.

En esta sección se identifican y evalúan los principales factores de deterioro que afectan a los sitios arqueológicos del Parque Nacional del Río Abiseo y sus zonas vecinas, partiendo de una detallada recopilación de información presente en publicaciones arqueológicas. Son tantos y tan variados los factores mencionados en estas publicaciones, que la evaluación debe ser precedida por una clasificación de agentes de degrado. La clasificación propuesta comienza por establecer una diferenciación de factores a partir de su origen o foco de gestación, distinguiéndose dos categorías: a) factores intrínsecos y, b) factores externos. Los factores externos son, a su vez, diferenciados en función del tipo de agente que causa el deterioro. Aquí se distinguen también dos categorías: a) factores naturales y, b) factores antrópicos. Se concluye que el poder destructivo de estos factores se magnifica cuando componentes de distintas categorías actúan en combinación.

### **1. Factores Intrínsecos**

Los factores intrínsecos aluden a defectos en los materiales, técnicas y/o diseño constructivo que ponen en riesgo la estabilidad de estructuras. En otras palabras, aluden a problemas que tienen su origen en las construcciones mismas, y

que dificultan su supervivencia en medios climáticos hostiles. Estos problemas bien pueden haber sido conocidos por los arquitectos que diseñaron y construyeron las edificaciones. Sin embargo, ellos sabían que, desarrollando un mantenimiento periódico y tomando medidas preventivas mínimas, estos problemas podían ser fácilmente controlados. Una vez que se dio el abandono de los sitios y cesó el mantenimiento y desaparecieron los medios de protección, los defectos y debilidades inherentes a las construcciones poco a poco empezaron a degradar internamente las obras arquitectónicas convirtiéndolas en ruinas. En la literatura especializada, se han identificado tres factores de naturaleza intrínseca en las edificaciones del área del río Abiseo: a) el uso de bloques constructivos friables, b) el uso de argamasa y enlucidos de barro, y c) el empleo de rellenos de arcilla en los terraplenes de los edificios circulares del bosque.

#### a) Uso de bloques constructivos friables

Este problema fue advertido por Ricardo Morales (2002, Morales et al 2002) en el sitio arqueológico de Los Pinchudos. Morales (Morales et al 2002: 39) observó que algunas piedras usadas como material constructivo en los mausoleos de Los Pinchudos presentaban evidencia de fatiga o fracturas debidas, principalmente, a su relativa debilidad (piedra caliza) y a las enormes presiones a las que estaban sometidas. Una vez detectados estos bloques problemáticos, Morales (ibídem) procedió a retirarlos dejando un apuntalamiento provisional, para luego reinsertarlos en su lugar después de haber sido consolidados con sucesivos baños de resinas acrílicas y epóxicas. Bloques que ocupaban posiciones importantes de soporte (por ejemplo, la base del terraplén sobre el que se yergue un mausoleo) podían inducir el colapso de toda la estructura en caso de despedazarse.

Un problema similar se detectó en las lajas que componen las escalinatas de acceso de los edificios circulares del Gran Pajatén. Si bien la gran mayoría de estas lajas está en buen estado, muchas han perdido la capa de cimentación sobre la que estaban asentadas, quedando en precario equilibrio. Estas lajas están en peligro de partirse si se genera presión sobre su superficie superior, ya sea por causas naturales (la caída de la rama de un árbol) o humanas (un visitante distraído que camina sobre ellas) (APECO 2001: 165).

#### b) Uso de argamasa y enlucidos de barro

Todas las edificaciones prehispánicas que se encuentran dentro del perímetro del PNRA y en su entorno inmediato son ejemplos de mampostería mixta de piedra y

tierra. En este tipo de construcciones, la resistencia de la matriz de tierra es la que define la estabilidad de los muros (Vargas Neumann 2009, comunicación personal). Desafortunadamente, la arcilla como mortero tiene propiedades de adhesión muy limitadas, que se ven especialmente comprometidas si tiene que unir piedras pesadas o soportar muros altos. La arcilla, además, se vuelve plástica rápidamente al entrar en contacto con el agua. Edificios de mampostería mixta expuestos al agua pierden rápidamente su estabilidad.

Los efectos negativos de la arcilla como material constructivo se hacen más evidentes en el caso de los enlucidos. En regiones húmedas, enlucidos de arcilla desaparecen rápidamente si se da una mínima exposición a las lluvias. Muchos autores piensan, por ejemplo, que los edificios del Gran Pajatén decorados con mosaicos hechos con lajas de pizarra llevaron originalmente enlucidos de arcilla pintados de colores similares a los de Los Pinchudos (Kauffmann Doig 2000: 91, Morales 2002: 96, Pimentel y Pimentel 1999: 87). Estos enlucidos han desaparecido por la acción de las lluvias, dejando una visión distorsionada de las estructuras. Evidentemente, los edificios decorados habrían lucido todo su esplendor cuando estuvieron en uso y debidamente protegidos con coberturas estables.

El uso de enlucidos con un fuerte componente de arcilla presenta una desventaja adicional que se manifiesta claramente en sitios “secos”. Ciertos tipos de arcilla (en especial las de partículas muy finas como la montmorilonita) presentan un alto índice de contracción al secado. Enlucidos que contienen estas arcillas en grandes cantidades, en lugar de formar superficies homogéneas y lisas, evidencian un gran número de grietas y craqueladuras. Estas grietas representan puntos débiles a partir de los cuales se inician los desprendimientos. El problema de los enlucidos craquelados se vislumbra claramente en los mausoleos de Los Pinchudos. Aquí son también evidentes las acciones desesperadas adoptadas por los constructores de las estructuras para revertir esta situación. Ellos optaron por incluir grandes cantidades de paja desmenuzada en la mezcla del enlucido para contrarrestar la formación de fracturas durante el secado (Kauffmann Doig 2000: 91) (Fig. 18).

#### c) Uso de rellenos de arcilla en terraplenes de edificios circulares

Este singular factor intrínseco de deterioro ha sido detectado con especial nitidez en los edificios circulares decorados del Gran Pajatén. Cuando Wolfgang Wurster y Duccio Bonavía excavaron dos de estas estructuras en 1966, notaron que sus muros exteriores presentaban un curioso perfil curvo (convexo) (Bonavía 1968: 64,



*Figura 18. Foto del enlucido de la chullpa 4 de Los Pinchudos mostrando el craquelado y la paja incluida en la mezcla.*

Wurster 1968: 175). Bonavía (1968: 66) observó que sólo los muros de las estructuras superiores mostraban esta peculiaridad, en tanto que los muros de los terraplenes inferiores evidenciaban una curiosa inclinación hacia afuera. Para Bonavía, las dos curiosas formas que adoptaban estos muros respondían a principios de diseño práctico (ibidem). Años más tarde, Pimentel y Pimentel (1999: 85) rectificaron la observación hecha por Bonavía, acotando que sólo el paramento exterior de los terraplenes mostraba un perfil ligeramente convexo. Warren Church (1988: 150), por su parte, convocó la asistencia de un arquitecto para que interpretara el curioso desfase de las piedras del muro del paramento del Edificio 1 visible en el dibujo de un perfil de excavación elaborado por Bonavía. El arquitecto concluyó que el muro dibujado parecía estar colapsando hacia fuera (ibidem). Esta opinión fue compartida por Kauffmann Doig (2009: 90), quien concluyó que el perfil curvo de los muros de los edificios circulares del Gran Pajatén se debe a presiones ejercidas desde adentro por suelos saturados de agua.

El principal problema estructural que revisten los edificios circulares del Gran Pajatén se refiere al fuerte componente arcilloso de los rellenos de sus terraplenes. Estos rellenos están saturados de agua (Bonavía 1968: 36) y la arcilla, al mojarse,

aumenta su volumen. Los rellenos empiezan a ejercer una fuerte presión sobre los muros de contención del edificio, volcándolos hacia fuera. Evidentemente, este problema no habría sido percibido por los ocupantes originales de las estructuras, pues durante su tiempo de uso los edificios se mantuvieron secos gracias a la presencia de techos.

## **2. Factores Externos**

Los factores externos, a diferencia de los intrínsecos, tienen su origen en elementos ajenos a los patrones y componentes constructivos de las edificaciones prehispánicas. Estos factores se pueden clasificar en dos grupos tomando en consideración el tipo de agente que causa el deterioro. Por un lado tenemos factores naturales, que aluden a elementos propios al medio ambiente natural donde se encuentra el sitio arqueológico. Por otro lado tenemos factores antrópicos, que atañen al deterioro ocasionado (de manera voluntaria o inadvertida) por el hombre moderno.

### **2.1. Factores naturales**

La literatura publicada abunda en referencias sobre factores de orden natural afectando la preservación de estructuras arqueológicas dentro del PNRA y sus zonas aledañas. La lista de factores citados incluye temblores (Lennon et al 1987: 8), fallas geológicas y desprendimientos de grandes rocas (Morales et al 2002: 33), erosión por lluvias (Bonavía 1968: 15; Pimentel 1967: 37, 1969: 13; Ravines 2002: 84), erosión por vientos (Morales et al 2002: 33), raíces de árboles que desplazan piedras de pisos y muros (Deza Rivasplata 1975-76: 47, Kauffmannn Doig 2009: 86, Pimentel 1967: 37, APECO 2001: 165, Wurster 1968: 177), líquenes, hongos y algas que crecen sobre los muros (PNUD/UNESCO 2002[1994]: 22), suelos muy ácidos (Church 1988, Tabla 2; WCMC 2002[1990]: 12), ríos que erosionan terrazas aluviales (Cornejo 1992: 36-37, PNUD/UNESCO 2002[1994]: 20) y hasta daño ocasionado por animales salvajes (Lennon et al 1987: 7, 1989a: 52). Como se puede observar, la lista de estos factores es sumamente amplia, hecho que ofrece una idea del peligro de desaparición en el que se encuentran los recursos culturales del parque.

Un aspecto digno de resaltar acerca de los agentes de degrado de orden natural es que muchos de ellos se combinan con los factores intrínsecos mencionados

con anterioridad, magnificando su poder destructivo. Ya se señaló el efecto pernicioso que ejercen las lluvias sobre los morteros y enlucidos de barro. Otro ejemplo claro está representado por los pisos de lajas de los edificios circulares de los sitios Chachapoya del parque. En condiciones secas, como las que rigen en la costa peruana, estos pisos soportarían el paso del tiempo sin sufrir mayores alteraciones. Dentro del medio ambiente hostil de selva, empero, las raíces de las plantas y los suelos ácidos atacan y corroen las lajas a tal punto que causan su desaparición. Los arqueólogos que luego llegan a la zona encuentran severas dificultades al intentar precisar la ubicación de los antiguos pisos de las estructuras (Bonavía 1968: 36, Deza Rivasplata 1975-76: 47, Church 1988: 129, Lennon et al 1986: 52, Ravines 2002: 124). Muchas de las piedras graníticas que componen los muros del Gran Pajatén, por otro lado, literalmente se convierten en arcilla cuando son sometidas a cambios higrotérmicos bruscos (APECO 2001: 165).

## **2.2. Factores antrópicos**

Los factores antrópicos aluden a actividades desarrolladas por el hombre moderno dentro o en las inmediaciones de sitios arqueológicos, que ponen en riesgo la conservación de los mismos. Estas actividades bien pueden estar dirigidas específicamente al saqueo de los objetos que estos sitios contienen, o pueden aludir a acciones no ligadas con la depredación que, sin embargo, pueden también causar un daño sustantivo. La literatura especializada y nuestras propias observaciones de campo concluyen que son seis las principales acciones destructivas que el hombre moderno ejerce sobre los recursos culturales del PNRA y zonas aledañas. Estas acciones incluyen: a) el huaqueo, b) la tala del bosque, c) la quema de pastos y malezas, d) la agricultura, e) la ganadería, y f) el turismo descontrolado. Vamos a poner mayor énfasis en la descripción de estos factores pues pueden ser fácilmente contrarrestados mediante la implementación de campañas educativas y otros medios preventivos.

### **a) El huaqueo**

El huaqueo se puede definir como la sustracción ilegal de piezas y artefactos de sitios arqueológicos. Esta acción puede tener una variante muy violenta, que implica excavar y destruir un sitio para extraer sus contenidos. También puede tener una variante más sutil, que involucra simplemente retirar objetos expuestos sobre la superficie de los sitios o en los muros de estructuras. Estos objetos pueden ser tan

pequeños como un fragmento de cerámica decorado, pero su sustracción no por eso deja de representar un expolio de los contenidos de un sitio. Ejemplos de esta última variante serán mencionados cuando nos refiramos al tema del “turismo descontrolado”.

El huaqueo atenta directamente contra la investigación arqueológica, porque sustrae objetos e información valiosa que los arqueólogos emplean para interpretar ocupaciones antiguas. En el caso del PNRA, existen claros reportes de huaqueo violento ocurrido en el sitio de Los Paredones. Aquí, los saqueadores emplearon una barreta para excavar el sitio y sustraer los tesoros imaginados enterrados en su interior (Lennon et al 1986: 30, APECO 2001: 148). También hay evidencia de huaqueo con destrucción de arquitectura en los mausoleos Chachapoya ubicados en las inmediaciones de Los Alisos (Tandaypan Villacorta y Alemán Castillo 2008: 42-43) y de Pueblo Viejo de Condormarca (Saavedra Reyes 2003: 57, 59).

#### b) La tala del bosque

La tala del bosque es un problema que ha estado íntimamente relacionado a las distintas expediciones que pasaron por los sitios del valle alto del Montecristo, en especial el Gran Pajatén y La Playa (ver Bonavía 1968: 76, Church 1999: 22, Deza-Rivasplata 1975-76: 46, Pimentel 1967: 37, APECO 2001: 150-151, Ravines 2002: 128). Si bien estas expediciones persiguieron fines loables, inadvertidamente aportaron a la destrucción de los sitios al eliminar la cobertura natural que los protegía.

En la literatura especializada se reconocen tres efectos destructivos que la tala de árboles ejerce sobre los sitios arqueológicos contenidos en el bosque. En primer lugar figura el riesgo que implica cortar las ramas altas de los árboles, que al precipitarse a tierra pueden colapsar los muros de edificios (Wurster 1968: 177). En segundo lugar, figura el efecto de paraguas que ejercen las copas de los árboles, que atenúan el impacto de las gotas de lluvia sobre las estructuras de mampostería mixta que yacen varios metros abajo (APECO 2001: 66). Cuando la cubierta vegetal es eliminada, las precipitaciones caen con fuerza sobre los muros, lavando sus morteros y enlucidos. En tercer lugar, los árboles altos también actúan como inhibidores del crecimiento vegetal sobre el suelo de selva. Su sombra impide que los rayos solares alcancen tierra y promuevan el crecimiento de nuevos brotes. Comúnmente, cuando los árboles viejos son eliminados, se observa un crecimiento intenso de bosque secundario, con numerosos brotes que pugnarán por alcanzar altura (Leo 1992: 123, PNUD/UNESCO 2002[1994]: 21-22). Estos nuevos brotes bien pueden arraigarse

entre las piedras que componen los muros de estructuras arqueológicas, y al crecer sumarán a la destrucción causada años atrás por los árboles viejos (APECO 2001: 168).

c) La quema de pastos y malezas

La quema de pastos es un problema vigente en muchos valles del pajonal de puna, especialmente en aquellos ubicados en la zona de amortiguamiento occidental del PNRA (Fig. 19). Los ganaderos prenden fuego a los pastos secos con la esperanza de que sus cenizas alimenten el surgimiento de brotes verdes. Un problema común a estos fuegos es que generalmente se salen de control y se extienden hacia los sitios arqueológicos. El fuego fractura las piedras de muros antiguos, altera la cerámica que yace en superficie, y destruye pequeños restos orgánicos que los arqueólogos recogen para determinar qué productos comía la gente y a qué actividades se dedicaba.



*Figura 19. Efectos de la quema de pastos en el valle de Manachaqui.*

Un situación aún más grave se ha dado en la selva. En el caso del Gran Pajatén, existen reportes que indican que la maleza que fue cortada en operaciones

pasadas de limpieza de las ruinas fue quemada a poca distancia de las construcciones (Bonavía 1968: 76, APECO 2001: 151, Wurster 1968: 173-74). Aparentemente, estas operaciones no tomaron en cuenta que el cerro sobre el que se yergue el sitio es una formación de piedra caliza (Arce Helber 2002: 73). Del mismo material son muchos de los bloques constructivos empleados en los edificios circulares. Pues bien, la piedra caliza ( $\text{CaCO}_3$ ) al ser expuesta a temperaturas que oscilan entre los  $650^\circ$  y  $900^\circ$  C, se descompone en *cal* ( $\text{CaO}$ ) y *dióxido de carbono* ( $\text{CO}_2$ ) (Rice 1987: 98). En otras palabras, el fuego literalmente convierte en polvo a la piedra caliza. La quema de maleza es tal vez la actividad más destructiva que se pueda efectuar en este sitio arqueológico.

#### d) Agricultura

La agricultura, tal y como la practican los habitantes que viven en la zona de amortiguamiento del PNRA, es una actividad de bajo impacto que no tiene por qué entrar en conflicto con la preservación de sitios arqueológicos. Sin embargo, si esta actividad se practica al interior de estos sitios su efecto puede ser devastador. El primer problema se genera cuando los yacimientos arqueológicos son “acondicionados” para servir como superficies agrícolas. Los campesinos comúnmente parten por retirar las piedras que obstruyen los futuros terrenos de cultivo, y a veces proceden inclusive a nivelar el terreno. No se dan cuenta que, al actuar de esta manera, están desmantelando muros, estructuras y una variada gama de contextos arqueológicos.

Este problema fue detectado por Warren Church (1997: 221) en el sitio de “El Ushnu”, ubicado en las inmediaciones de Pataz. El propietario de los terrenos que rodean el sitio había procedido a desmantelar sus estructuras para construir cercos (ibidem). Una situación muy similar habría determinado el desmontaje de aproximadamente 20 estructuras del sitio de Pueblo Viejo de Condormarca (Saavedra Reyes 2003: 46). Nosotros, por nuestra parte, constatamos las profundas alteraciones que actividades agrícolas modernas habían causado a la arquitectura de la reducción colonial de “Jesús de Pajatén”, ubicada en la zona de amortiguamiento oriental del parque. A finales de la década de 1980, el sitio fue usado como campo de cultivo de coca y acondicionado para este efecto. Según nos contó un guarda parques de la zona, los cicales desaparecieron hace aproximadamente 15 años al ser infestados por un hongo. Todavía se puede ver, sin embargo, una que otra planta de coca viva en las inmediaciones del lugar.

El segundo efecto devastador que ejerce la agricultura atañe a los sembríos mismos. Incluso si el sitio arqueológico no es previamente desmantelado, el acto mismo de plantar causa un daño significativo. Al cavar y remover la tierra para depositar las semillas, los campesinos están alterando materiales arqueológicos que pueden yacer a pocos centímetros de la superficie. La magnitud del daño se verifica en el hecho que las actividades de siembra se extienden de manera sistemática a lo largo de grandes extensiones. El daño posterior lo ocasionarán las raíces de las plantas en crecimiento. Este tipo de daño ocurrió en sitios de valle de Montecristo como el Gran Pajatén (Bonavía 1968: 60, APECO 2001: 151) y La Playa (Leo 1992: 124). En el primer sitio, los pobladores locales que participaron en la “Primera Expedición Cívico-Militar” ubicaron una plantación de coles sobre una plaza embaldosada del sitio (Bonavía 1968: 16).

#### e) Ganadería

La ganadería es una práctica económica altamente favorecida por las comunidades que habitan la zona de amortiguamiento occidental del PNRA. El tipo de animales criados tiende a ser de gran peso y volumen corporal, como reses y caballos. Al margen del impacto negativo que esta actividad pueda ejercer sobre los recursos naturales del parque (ver INRENA 2003: 105-106), este tipo de ganadería también puede menoscabar la conservación de bienes culturales. Además de la quema de pastos antes descrita, existen dos formas puntuales en las que la cría de ganado entra en conflicto con la preservación de restos arqueológicos. Una forma se refiere a las alteraciones que realizan los pastores de espacios y estructuras arqueológicas para adaptarlos a sus fines. Otra forma es el daño que causan los animales cuando transitan sobre sitios y estructuras arqueológicas.

El primer problema fue advertido por miembros del PIPNRA en Cueva Manachaqui. Entre 1985 y 1986, un grupo de arrieros excavó aproximadamente 20 cms de gran parte del talud frontal de la cueva para crear un espacio nivelado y más cómodo para dormir (Lennon et al 1987: 13, 1989a: 48). Dado a que Cueva Manachaqui es un sitio arqueológico densamente estratificado, esta excavación superficial derivó en la eliminación de una serie de capas correspondientes a la ocupación arqueológica más tardía del sitio (Church 1996: 250). Desafortunadamente, Cueva Manachaqui no es el único sitio de la región que reporta este tipo de alteración. Numerosos abrigos rocosos de los valles de Manachaqui y Chirimachay son comúnmente usados como refugio por los ganaderos y por el ganado mismo (Lennon

et al 1989b: 36, 39, 55). En todos los casos, los animales de gran peso alteran significativamente los contenidos de las capas arqueológicas superficiales.

Uno de los principales efectos negativos que estos animales ejercen sobre los artefactos arqueológicos contenidos en estas capas es su destrucción por trituración. Cuando Warren Church excavó en Cueva Manachaqui, le llamó la atención el reducido tamaño de los fragmentos cerámicos que encontró en ella. Según él, la explicación más plausible para este fenómeno residía en que los tiestos fueron fracturados por la fuerte presión ejercida por el peso de animales y personas (Church 1996: 245). La destrucción por compresión que ocasiona el ganado no se restringe a pequeños artefactos arqueológicos. El continuo tránsito de ganado y arrieros por los caminos empedrados de la región ha causado el desfase, hundimiento y rodamiento de muchas de sus piedras. Los comuneros de Condormarca reparan periódicamente estos caminos con la intención de mantenerlos transitables. Sin embargo, dado a que sus intervenciones no siguen ningún criterio técnico, estas personas están ocasionando la alteración irremediable de la antigua calzada arqueológica (APECO 2001: 148).

#### f) Turismo descontrolado

Incluso antes de que la existencia de los más importantes sitios arqueológicos del valle alto del Montecristo fuera divulgada por medios periodísticos o científicos, éstos ya reportaban un importante número de visitas informales. Estos visitantes, que actuaban sin ninguna supervisión, muchas veces se comportaron de manera irresponsable alterando los sitios o sustrayendo parte de sus contenidos. Los sitios más afectados por estas visitas ocasionales fueron comúnmente los que contenían la arquitectura más espectacular, es decir, el Gran Pajatén y Los Pinchudos. Ya se ha mencionado el despojo del que fue objeto éste último sitio, que perdió gran parte del contenido cerámico de sus chullpas e inclusive una talla de madera. En Los Pinchudos, sin embargo, la irresponsabilidad de los visitantes fue mucho más allá. Sin razón aparente, éstos prendieron fuego a las dos chullpas más distantes del complejo, causando el colapso de sus techos y la destrucción de sus contenidos (Lennon et al 1987: 7, Morales et a 2002: 8, 9).

El Gran Pajatén tampoco ha escapado a los despojos y otras alteraciones causadas por visitantes. La literatura especializada abunda en menciones acerca de objetos que se sabía existían en el sitio y que inspecciones recientes no pudieron detectar. Entre esos objetos figuran prominentemente tallas en piedra (Bonavía 1968: 25, Church 1999: 23, Leo 1992: 124, APECO 2001: 152) e inclusive una de las dos

pedras “huanca” que se erigían sobre los patios embaldosados del sitio (APECO 2001: 152). Otra ausencia importante se refiere a las grandes piedras redondas de granito que Bonavía (1968: 20) observó alineadas a lo largo del filo frontal del patio embaldosado del Edificio 1 en 1966. Estas piedras inclusive figuran en una fotografía publicada por Wolfgang Wurster (1968: 167), quien participó en la misma expedición que Bonavía. Pues bien, cuando Warren Church excavó este edificio en 1985, estas piedras ya habían desaparecido (Church 1988: 267). Un estudio de las fotografías tomadas del sitio en distintas épocas nos permite inclusive advertir la secuencia del despojo. En una de las primeras fotos del sitio tomada por Gene Savoy en 1965, se observan dos de estas piedras redondas ubicadas en la parte más alta de la escalinata de acceso al Edificio 1 (Savoy 1965a: 30). En fotografías subsiguientes de la “Segunda Expedición Cívico-Militar” sólo se puede observar una de estas dos piedras (Pimentel 1969: 11; Pimentel y Pimentel 1999: 77, 79; Ravines 2002: 97). Esta evidencia sugiere que incluso las expediciones científicas que pasaron por el sitio podrían ser responsables de parte de las pérdidas.

Los efectos negativos del turismo descontrolado no se ciñen a la sustracción de objetos de sitios arqueológicos. En otros casos los turistas, al circular por zonas no aptas para el tránsito humano, causaron involuntariamente daño a las estructuras arqueológicas. Uno de estos problemas se observa en la pared exterior de la Chullpa 5 de Los Pinchudos. Esta chullpa es muy voluminosa y ocupa prácticamente todo el espacio que ofrece la cornisa natural que soporta al sitio. Los turistas que buscaron alcanzar las chullpas más distantes del conjunto comúnmente se asieron fuertemente a la pared de la chullpa 5 para no caer al vacío. Al actuar de esta manera, no sólo afectaron las piedras del muro, sino también desprendieron parte de su enlucido de barro (APECO 2001: 169). Otros elementos constructivos que están en severo riesgo de destrucción son las lajas que componen las escalinatas y los patios embaldosados del Gran Pajatén, que están siendo afectadas por las botas pesadas de montañista que suelen portar los visitantes (Church 1999: 26).

En conclusión, tal es la fragilidad de las estructuras arqueológicas del valle alto del Montecristo, y tan malas las experiencias pasadas con el turismo informal, que no sorprende que los distintos planes de uso público que han sido propuestos para el territorio cultural hayan coincidido en recomendar el cese inmediato de la actividad turística en el valle (INRENA 2003: 124, Lennon et al 1987: 8, APECO 2001: 20). Si bien esta política no tiene por qué regir a perpetuidad, es importante tomar medidas urgentes para garantizar la conservación de los sitios y la seguridad de sus

contenidos. Una vez que este requisito haya sido satisfecho, se puede pensar en la implementación de un turismo de bajo impacto en el Parque Nacional del Río Abiseo.

## Referencias citadas

- Anders, Martha B.  
1981 Investigation of state storage facilities in Pampa Grande, Peru. *Journal of Field Archaeology* 8: 391-404.
- ANDESTUDIO  
1999 *Parque Nacional Río Abiseo, Sector Oriental: Diagnóstico Situacional para un Plan de Uso Público*. Fondo Nacional para Áreas Naturales Protegidas por el Estado - Fondo Fiduciario Canadá, Lima.
- APECO  
2001 *Parque Nacional del Río Abiseo, Sector Occidental: Diagnóstico Situacional para un Plan de Uso Público*. Fondo Nacional para Áreas Naturales Protegidas por el Estado - Fondo Fiduciario Canadá, Lima
- Arce Helber, Siegfried  
2002 Notas sobre la geología de la ruta Patatz-Gran Pajatén. *Boletín de Lima* 24(128): 73-75.
- Bawden, Garth L.  
1977 Galindo and the Nature of the Middle Horizon on the North Coast of Peru. Tesis doctoral, Harvard University, Cambridge, Massachussets.
- Blom, Deborah E., Benedikt Hallgrímsson, Linda Keng, María C. Lozada y Jane E. Buikstra  
1998 Tiwanaku 'colonization': bioarchaeological implications for migration in the Moquegua Valley, Peru. *World Archaeology* 30(2): 238-261.
- Bolaños, Aldo  
2009 Sistema de valoración de monumentos arqueológicos en planes de manejo. El caso del Plan Maestro de Manejo y Conservación de Kuélap y su entorno. *Arqueología y Sociedad* 20: 9-40.
- Bonavia, Duccio  
1968 *Las Ruinas del Abiseo*. Universidad Peruana de Ciencias y Tecnología, Lima.  
1998 La colonización incaica de la selva alta. *Arkinka* 34: 88-96.
- Bonavía, Duccio y Rogger Ravines  
1967 Las fronteras ecológicas de la civilización Andina. *Amaru* 2: 61-69.
- Bracamonte, Florencia  
2004 Los Pinchudos: un acercamiento a las características físicas de su población. *Revista Arqueológica Sian* 15: 18-19.
- Church, Warren Brooks  
1988 *Test Excavations and Ceramic Artifacts from Building No. 1 at Gran Pajatén, Department of San Martín, Peru*. Tesis de Maestría, University of Colorado, Boulder.  
1991 La ocupación temprana del Gran Pajatén. *Revista del Museo de Arqueología* 2: 7-38.

- 1996 *Prehistoric Cultural Development and Interregional Interaction in the Tropical Montane Forest of Peru*. Tesis doctoral, Yale University, Boston.
- 1997 Mas allá del Gran Pajatén: conservando el paisaje prehispánico Patá – Abiseo. *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia* 7: 205-248. Universidad Nacional de Trujillo, Trujillo.
- 1999 Loving it to death: the Gran Pajatén predicament. *The George Wright Forum* 16/4: 16-27.
- 2004 Manacachi: buscando las raíces de los Chachapoya. *Revista Arqueológica Sian* 15: 4-5.

Church, Warren B. y Adriana von Hagen

- 2008 Chachapoyas: cultural development at an Andean cloud forest crossroads. En *The Handbook of South American Archaeology*, editado por H. Silverman y W.H. Isbell, pp. 903-926. Springer, New York.

Cieza de León, Pedro

- 1996[1554?] *Crónica del Perú, Segunda Parte*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Cornejo García, Miguel

- 1988 Acerca de la distribución de los grupos culturales en la selva alta del Departamento de San Martín. *Yunga* 3: 33-45.

Deza Rivasplata, Jaime

- 1975/76 “La Playa”, un complejo arqueológico en la Cuenca del Abiseo. *Boletín del Seminario de Arqueología PUC* 17-18: 43-50.

Duviols, Pierre

- 2003 *Procesos y Visitas de Idolatrías, Cajatambo, siglo XVII*. Instituto Francés de Estudios Andinos, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Espinoza Soriano, Waldemar

- 1967 Los señoríos étnicos de Chachapoyas y la alianza hispano-chacha. *Revista Histórica* 30: 224-330.

García Rojas, Fabián Esteban

- 2008 *Proyecto “Investigación y Puesta en Valor del Sitio Arqueológico de Ochanache, Cuenca del Río Jelache, Distrito de Huicungo, Provincia de Mariscal Cáceres, Departamento de San Martín*. Informe de excavaciones. Dirección Regional de Cultura de San Martín, Moyabamba.

González, Elena y Rafo León

- 2002 *Chachapoyas: El Reino Perdido*. AFP Integra, Lima.

Guillén, Sonia E.

- 2002 Las momias de la Laguna de los Cóndores. En *Chachapoyas: el Reino Perdido*, editado por E. González y R. León, pp. 345-387. AFP Integra, Lima.
- 2003 De Chinchorro a Chiribaya: los ancestros de los mallquis Chachapoya-Inca. *Boletín de Arqueología PUCP* 7: 287-303.

- Hagen von, Adriana  
2005 *Los Chachapoya y la Laguna de los Cóndores*. Biblos S.A., Lima.
- Hidalgo López, Christian y Fabián Esteban García Rojas  
2010 *Informe de la Expedición Montecristo 2009*. Dirección Regional de Cultura San Martín, Gobierno Regional San Martín, Moyabamba.
- Inca Gracilazo de la Vega  
2005[1609] *Comentarios Reales de los Incas*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- INC  
2006 *Programa Qhapac Ñan: Informe por Cuencas Hidrográficas del Registro de Tramos y Sitios. Campañas 2003-2004*. Instituto Nacional de Cultura, Lima  
2008 *Programa Qhapac Ñan: Región Norte*. Proyecto de inventario y registro del patrimonio cultural arqueológico de la Nación, Instituto Nacional de Cultura, Lima.  
2009 *Qhapaq Ñan: Plan cuatrienal 2006-2010*. Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- INRENA  
2003 *Parque Nacional Río Abiseo: Plan Maestro*. Imprenta CANO s.r.l., Lima.
- Isbell, William H.  
1970 Review of Duccio Bonavia: Ruinas del Abiseo. *American Antiquity* 35(3): 237.
- Joseph de Arriaga, Pablo  
1999[1621] *La Extirpación de la Idolatría en el Pirú*. Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas", Cuzco.
- Julien, Daniel G.  
1988 *Ancient Cuismancu: Settlement and Cultural Dynamics in the Cajamarca Region of the North Highlands of Perú, 200 B.C. - A.D. 1532*. Tesis doctoral, University of Texas, Austin. University Microfilms International, Ann Arbor.
- Kauffmann Doig, Federico  
1980 Los Pinchudos: exploración de Ruinas intactas en la selva. *Boletín de Lima* N° 7.  
1984 Pucullos y figuras antropomorfas de madera en el Antisuyo. *Cielo Abierto* Vol. 10, N° 29: 45-52.  
2000 Los Pinchudos: guardianes de un mausoleo cercano a Pajatén. *Arkinka* 52: 80-93.  
2009 *Constructores de Kuélap y Pajatén, Los Chachapoyas*. Escuela de Posgrado Universidad Ricardo Palma, Derrama Magisterial, Lima.
- Lau, George F.  
2002/04 The Recuay Culture of Peru's north-central highlands: A reappraisal of chronology and its implications. *Journal of Field Archaeology* 29: 177-202.

- Lennon, Thomas, Warren Church y Miguel Cornejo  
 1986 *Informe Final 1985, Investigaciones sobre los Recursos Culturales en el Parque Nacional del Río Abiseo.* Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- 1989a Investigaciones arqueológicas en el Parque Nacional Río Abiseo, San Martín. *Boletín de Lima*, Vol. 62, Nº 11: 43-56.
- Lennon, Thomas, Miguel Cornejo García y Warren Church  
 1987 *Informe Final 1986, Investigaciones sobre los Recursos Culturales en el Parque Nacional del Río Abiseo.* Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- Lennon, Thomas, Segundo Vásquez S. y Warren Church  
 1989b *Informe Final 1988, Investigaciones sobre los Recursos Culturales en el Parque Nacional del Río Abiseo.* Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- Leo, Mariela  
 1992 Problemática del Parque Nacional Río Abiseo. *Amazonía Peruana* 11(21): 109-144.
- Leo, Mariela y Enrique Ortiz  
 1982 Un parque nacional "Gran Pajatén". *Boletín de Lima* Vol.4, Nº 22: 47-60.
- Lewis Jr, Cecil M., Jane E. Buikstra y Anne C. Stone  
 2007 Ancient DNA and genetic continuity in the south central Andes. *Latin American Antiquity* 18(2): 145-160.
- Matsumoto, Ryoza  
 1994 Dos modos de proceso sociocultural: el Horizonte Temprano y el Período Intermedio Temprano en el valle de Cajamarca. En: *El Mundo Ceremonial Andino*, editado por L. Millones y Y. Onuki, pp. 167-197. Editorial Horizonte, Lima.
- Morales Gamarra, Ricardo  
 2002 Los Pinchudos: arquitectura funeraria en Río Abiseo, San Martín (Parte 1). *Arkinka* 76: 92-101.
- 2004 Arquitectura Chachapoya: análisis de la tecnología constructiva e iconografía. *Revista arqueológica Sian* 15: 16-17.
- Morales Gamarra, Ricardo, Luis Valle Álvarez, Warren Church y Luis Coronado Tello  
 2002 Los Pinchudos: mausoleo policromo de los Andes nor-orientales del Perú. *Revista arqueológica Sian* 12: 3-41.
- Pimentel Gurmendi, Víctor  
 1967 Pajatén. *Fénix: Revista de la Biblioteca Nacional del Perú* 17: 34-38.
- 1969 Pajatén *Cultura y Pueblo*, Año 5, Nº 15-16: 10-13.
- Pimentel Gurmendi, Víctor y Victor Pimentel Spissu  
 1999 Gran Pajatén. Parque Nacional Río Abiseo. *Arkinka* 39: 74-91.
- Pimentel Spissu, Víctor  
 1998 Gran Pajatén: breve reseña histórica. *Revista Arqueológica Sian* 5: 18-21.

PNUD/UNESCO

2002[1994] Estado de conservación del Complejo Arqueológico del Río Abiseo, i informe del Proyecto Regional de Patrimonio. *Boletín de Lima* 24(128): 18-25.

Pozorski, Shelia y Thomas Pozorski

1986 Recent excavations at Pampa de Llamas-Moxeke, a complex Initial Period site in Peru. *Journal of Field Archaeology* 13: 381-401.

Ravines, Rogger

1964 Grupo arqueológico en la Selva. *Boletín del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* 1(1): 6.

1967/68 Reseña de Duccio Bonavia: Las Runas del Abiseo. *Revista del Museo Nacional* XXXV: 335-336.

2002 Arqueología del Río Abiseo: atisbos y disquisiciones. *Boletín de Lima* 128: 76-140.

Rice, Prudence M.

1984 Change and conservatism in pottery-producing systems. En *The Many Dimensions of Pottery*, editado por S. Van der Leeuw y A. Pritchard, pp. 231-294. Universiteit van Amsterdam, Amsterdam.

1987 *Pottery Analysis: A Sourcebook*. The University of Chicago Press, Chicago.

Rojas Ponce, Pedro

1967 The ruins of Pajatén. *Archaeology* 20(1): 9-17.

Saavedra Reyes, Liz Emery

2003 *Prospección Arqueológica en el parque Nacional del Río Abiseo y sus Zonas de Amortiguamiento*. Informe de prácticas pre-profesionales presentada a la Escuela Académico Profesional de Arqueología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Trujillo, Trujillo.

Savoy, Gene

1965a Pajatén: ¿umbral de El Dorado? *Revista Caretas*, Octubre 12-22: 29-31.

1965b El Gran Pajatén expedition: a lost pre-Inca civilization in the eastern Andes. *Andean Air Mail & Peruvian Times*, Vol. XXV, No 1294: 3-4.

Schiffer, Michael B.

1972 Archaeological context and systemic context. *American Antiquity* 37(1):157-165.

1977 Toward a unified science of the cultural past. En *Research Strategies in Historical Archaeology*, editado por S. South, pp.13-40. Academic Press, New York.

1983 Toward the identification of Formation Processes. *American Antiquity* 48(4):675-706.

Schjellerup, Inge

2005 *Incas y Españoles en la Conquista de los Chachapoya*. Instituto Francés de Estudios Andinos, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

- Schjellerup, Inge, Víctor Quipuscoa, Carolina Espinoza, Víctor Peña y Mikael Kamp Sorensen  
2005 *Redescubriendo el Valle de los Chilchos: Condiciones de Vida en la Ceja de Selva, Perú*. The Nacional Museum of Denmark, Ethnographic Monographs, No. 2, Copenhagen.
- Shimada, Izumi  
1994 *Pampa Grande and the Mochica Culture*. University of Texas Press, Austin.
- Slovak, Nicole M., Adina Paytan y Bettina A. Wiegand  
2009 Reconstructing Middle Horizon mobility patterns on the coast of Peru through strontium isotope analysis. *Journal of Archaeological Science* 36: 157-165.
- Tandaypan Villacorta, Arturo y Javier Alemán Castillo  
2008 Región La Libertad – Sierra. En: *Programa Qhapac Ñan: Región Norte*. Proyecto de inventario y registro del patrimonio cultural arqueológico de la Nación, Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- Uhle, Max  
1991[1903] *Pachacamac: Report of the William Pepper, M.D., LL.D. Peruvian Expedition of 1896*. The University Museum of Archaeology and Anthropology, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- Urton, Gary  
2004 Identidades sociales y lecturas alternativas en los khipus de la Laguna de los Cóndores. *Revista Arqueológica Sian* 15: 26-27.
- Valle Álvarez, Luis y Luis Coronado Tello  
2004 Los Pinchudos y sus esculturas de madera. *Revista Arqueológica Sian* 15: 14-15.
- Weberbauer, Augusto  
2002[1920] La salida de Patáz al Huallaga estudiada en la ruta de Pajatén. *Boletín de Lima* 24(128): 27-33.
- Wurster, Wolfgang W.  
1968 Die Urwaldruienen von Pajatén. En *Oasenstädte und Zaubersteine im Land del Inka*, editado por H.D. Disselhoff, pp. 164-185. Safari Verlag, Berlin.